



José Zorrilla

Honra y vida que se pierden, no se cobran, mas se vengan

△▽

Introducción

△▽

En un rincón de Castilla,
allá en el fondo de un valle,
sobre tres cerros distintos
hay tres torres semejantes.
Castillos los llaman unos,
otros atalayas árabes,
mas su origen positivo,
a la verdad no se sabe.
Un río humilde, el *Esgueva*,
la falda a los cerros lame,
y entro huertas y majuelos
lleva a rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
con que tapiza su margen,
y ambas filas de colinas
que le interrumpen el aire,
hay derramados sin orden
más de un ciento de lugares
que, amasados todos ellos,
un pueblo tal vez no valen;
pues los pueblos con el río,

y las huertas de la margen,
las colinas que le cercan
en dos bandas desiguales,
y los tres cerros distintos
con tres torres semejantes,
de tal modo unos en otros
vegetan, pasan o yacen,
que todo el conjunto entero,
sin que esto lo dude nadie,
tomando nombre del río,
forma sin disputa el valle,

△▽

Primera parte

I

Está la noche expirando,
y allá en el fin de la sombra,
en vacilante crepúsculo
tiñe el Oriente la aurora.
La luna en el Occidente
su pálida luz ahoga,
y las estrellas la siguen,
luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
de los árboles sin hojas,
y con espejos de hielo
Esgueva sus aguas orla.
Ostenta el campo escarchado
trémula, alumbrada alfombra,
que a veces parece el alba,
y agua a veces silenciosa,
que allá en las sombras, confusa,
humeando se evapora.
Se oye el murmullo del río,
que por la pesquera rota
se filtra, tornando el agua
en espuma bulliciosa.

Ya en copos blancos se eleva
trenzada y murmuradora,
ya cae en hebras de plata
y se arrastra tumultuosa;
ya trepando por las piedras
se columpia de una en otra,
ya, por evitar un canto,
serpenteando se encorva,
y ya, tornando a ser agua,
susurra en la hierba tosca.
Allá, en la opuesta ribera,
se alcanza una torre octógona
con que la frente de un cerro
entre brezos se corona.
Un pueblo frente por frente,
junto a las aguas sonoras,
con casas de tierra y ramas,
de hidalgo y leal blasona;
y una casa que más lejos
de la orilla y de las otras
puede pasar por alcázar,
según au menta en las formas,
yace al pie de una colina,
olvidada, triste y sola,
con lienzos en las ventanas,
que honores de vidrios gozan.
Entre una luz y los lienzos
cruza a veces una sombra
que, sobre ellos destacada,
parece bien que se asoma;
y a veces, inmoble y fija,
cubre la ventana toda,
cual si estorbar pretendiera
paso a la vista curiosa;
a veces semeja un hombre
que, vuelto el rostro a la antorcha,
dibuja un bulto sin gesto
que descansa en una gola;
y a veces, rauda pasando,
de un rostro el perfil contorna,
de agudo y crespo bigote

que con la gorguera toca.
Mas puede a veces dudarse
si es una o son dos las sombras,
si pasean o si danzan,
si luchan o si retozan;
porque hay puntos en que cruzan
dos bultos de varia forma,
una cabeza con rizos,
con barba y bigotes otra.
Casi al pie de la colina
en que la casa se apoya,
hacia el pueblo más cercano
una senda desemboca.
Un hidalgo a pasos lentos
la vuelta del cerro toma;
un mozo trae adelante,
debajo una yegua torda,
y un largo ropón oculta
lo demás de su persona.
Tendió a la casa la vista,
tembló, paróse y tendióla
por todo cuanto en el valle,
abarca, sombría y torva,
Echó pie a tierra, y a poco,
la mirada escrutadora
alcanzó la luz movible
por entre la puerta rota,
En faz de asombro y de duda
o de vergüenza y de cólera,
la planta trémula tuvo,
y agachándose en la sombra,
clavó en la puerta los ojos,
y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta; un mancebo,
la faz envolviendo toda
de un gabán entre las pieles,
en apostura amorosa
de una mujer se despide
que a despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
en voz sofocada y ronca,

sonó en el umbral un beso,
cerró la puerta la moza,
y el galán, pasando el vado,
hacia la torre se torna.
Cuando él llegó al pie del puente,
ya con mano vigorosa
a sendas aldabonadas
el otro a su puerta dobla.
Abrióla al fin la mujer,
y al cerrarla cuidadosa,
ya por Oriente venía
la tornasolada aurora.

II

El codo sobra la mesa,
sobre la mano ambas sienes,
entrambas cejas fruncidas,
arrugada la ancha frente,
la otra mano en la cintura,
los pies en un taburete,
en un sillón de vaqueta
está meditando Pérez.
Una lámpara de hierro
a un lado en la mesa tiene,
cuya luz, lucha oscilando,
con el día que amanece.
Al otro lado un tintero,
y en el centro unos billetes
cuya firma está abrasando
con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
por los apretados dientes,
y mal ahogados suspiros
dentro del pecho le hierven.
«¡Mendo Abarca!... Que me place.
Un día tras otro viene,
y honra con honra se paga,
vida por vida se pierde.»
Esto en voz baja diciendo,
asíó la luz de repente,
y a voces en la escalera

llamó a Margarita, Pérez.
Subió al punto la muchacha
tranquila, hechicera, alegre,
mostrando en la tez de rosa
sus abriles diez y nueve.
Y es la niña un embeleso,
una hermosura de Oriente,
cogido el cabello en trenzas
que con dos agujas prende;
cintura escasa y flexible
que cimbrea y se estremece,
tez morena, negros ojos,
paso resuelto y pie breve.
Con la sonrisa en los labios,
y con la paz en la frente,
rebosando amor y hechizos
que irresistibles parecen,
entró por el aposento
preguntando:-¿Qué me quieres?-
Pérez, bajando los ojos
contestóla:- Que te sientes.-
Sentóse,,y siguió el marido:
-¿Tienes, querida, presente
cuánto tiempo ha nos casamos?
-Sí por cierto: treinta meses.
-Pues eso ha que nuestra honra
nos prestamos mutuamente.
-Y ahora, ¿a qué recordarme.....
-Dime, ¿y esto, cuántas veces
si se pierde se recobra?
-¿A qué viene esto, Rui Pérez?
-¿Sabes, Margarita mía,
que cada sentido tiene
una puerta por do sale
nuestra honra y nunca vuelve?
-¡Pero.....
-¿Y sabes, Margarita,
que no sois más las mujeres
que un alcázar donde la honra
guardada los hombres tienen?
-¡Por Dios, Pérez, que no alcanzo

lo que con esto pretendes!

-¿Sabes que un alma con honra
otra alma con honra quiere,
porque es justo que se guarden
las reinas para los reyes?

-¡Pero.....

-¿Y sabes, Margarita,
que el marido que la pierde,
compra una marca de infamia
que lleva en el rostro siempre?

-¡Pero.....

-¿Y sabes, Margarita,
que en tanto que no la vengue,
ni de hidalgo ni de hombre
el vano nombre merece?

-¡Pero.....

-¿Y sabes, Margarita,
que si por ella no vuelve,
hasta las dueñas escupen
de su blasón los cuarteles?

-¡Mas yo.....

-¿Y sabes, Margarita,
que. nació hidalgo Rui Pérez,
y no ha de vivir sin honra
aunque al mismo Dios le pese?

-¡Cielo.....

-¿Y sabes, Margarita,
que un remedio hay solamente
para dolencia tan grave.....

-¡Pero escucha.....

-Y que es la muerte?

¡Pero.....

-¡Silencio!

-¡Oye.....

-¡Calla!

Más hablando no me afrentes,
y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles
Y esto diciendo, a la cara
tiróla Rui los billetes,
y ella cayó de rodillas

clamando: «¡Cielos, valedme!»

Pasaron unos instantes
en silencio tan solemne,
que de entrambos corazones
contarse los golpes pueden.
Pérez, crispados los puños,
atenazados los dientes,
amoratados los labios,
fuego por los ojos vierte.

Margarita, de rodillas,
doblada al pecho la frente,
cruzadas las blancas manos,
pálida como la muerte,
correr por ambas mejillas
deja una lágrima ardiente,
que resbalando hasta el suelo,
en vapor se desvanece.

Pérez, inmóvil de rabia
en el sillón se mantiene,
y ella, de miedo y vergüenza,
convulsiva se estremece.

Al cabo, con voz sombría
dijo a Margarita, Pérez:

-Mujer, yo adoraba en ti;
por tu capricho más leve,
por solo un cabello tuyo
hubiera muerto mil veces.

¿Y el amor que compré un día
con vida y con alma ¡imbécil!
hollandando tus juramentos,
así en mi ausencia me vendes?

-Perdón, clamó Margarita,
¡Oh, me detesto!....

-Detente,
que con que tú te aborrezcas,
él mi honra no me vuelve.

Pero ¡por Dios! que no es tarde....

-¡Cielo santo! ¿Qué pretendes?
¡Perdón, perdón! ¡A tus plantas
me arrastraré eternamente!

-Y el polvo en que tú te arrastres,

¿podrá mi honra volverme?
-¡Lloraré al pie de tu lecho,
velando mientras tú duermes!
-Y ¿qué sueño ha de acudir
a quien sin honra se acueste?
-¡Seré menos que tu esclava!
¡Besaré el polvo que huelles!
-Y ¿qué harás con esas manos
que toman estos billetes?
-¡Perdón!
-Pídesele al cielo,
que él solo dártele puede.

III

Es un salón cuadrilongo
dentro de la antigua torre
en que desterrado habita
don Mendo Abarca y Quiñones.
Sobre un tapiz toledano
bordado en torno de flores,
hay una imagen de Cristo
colgada de dos cordones.
De la alta bóveda ojiva,
por medio una argolla corre
otro cordón que sustenta
una lámpara de cobre.
En una de las paredes
hay un nicho y dos balcones,
y el sol pasa macilento
por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado,
gigantesca en dimensiones,
hay, a guisa de herrería,
una chimenea, en donde
se exhala en llamas y en humo,
tendido en seis pies de bronce,
amenazando un incendio,
muy cerca de medio roble;
y de cara hacia la llama,
magro, silencioso, inmóvil,
entre enterrado y tendido

dentro de un sillón, un hombre.

Una mujer no muy lejos
en silencio borda o cose
una alfombrilla de sedas
que sobre un cojín recoge.

Entre ellos el ruido sordo
de la chimenea se oye,
y afuera el cierzo que zumba
en los ángulos del Norte.

En cuanto a ambos personajes,
siguen sus meditaciones
sin que al parecer al uno
nada del otro le importe.

Cada cual en su trabajo
su atención entera pone,
ella contando sus hebras,
él contando sus tizones.

Al fin, rompiendo el silencio,
dijo la mujer al hombre:

-¡Estás triste!

-No; cansado
de velar toda la noche.

Y como volviendo en sí,
el que respondió turbóse.

Rápida, mas de hito en hito,
ella un punto contemplóle;
mas él siguió:-¿No lo sabes?

Volveremos a la corte.

Soltó la alfombra Leonor,
y acariciando a Quiñones,
le dijo:-¡Y me lo ocultabas!

-Quise sorprenderte: el Conde
me escribe ayer que a mi antojo
la vuelta de Madrid tome

-Y ¿será pronto?

-Muy pronto,
que ya me cansa esta torre,
donde hemos estado un año
escondidos como hurones.

-¡Cuánto he rezado a ese Cristo
porque a este día nos torne!-

Don Mendo se puso en pie
al escuchar este nombre,
y llorando de contento,
ella del cuarto salióse.

En esto, por otra puerta
entró el paje Diego López,
y ante su señor llegando,
cortésmente saludóle.

-¿Que tenemos? en voz baja
preguntó al mozo Quiñones.

-Nada, señor; ha seis días
que huyeron ambos.

-¿Adónde?

-Imposible adivinarlo;
la casa registró anoche.

-¿De quién hubiste las llaves?

-La escaló por los balcones.

-¿Y qué?

-La casa desierta,
las camas hechas, los cofres
cerrados, no falta nada;
todo en silencio y en orden.

-¿Y nadie responde de ellos?

-¡Imposible! Unos pastores
dicen que le vieron solo
pasar el puente ha dos noches,
pero que al ponerse el sol
iban los dos por el bosque.

-¿Los dos, y volvía Pérez.....

-Solo.

-¡Es bien extraño!.... López,
dentro de muy pocos días
volveremos a la corte.

-Está bien, señor.

-Escucha:

para lo de ayer disponte.

-¿Dos caballos?

-Por supuesto.

-¿A qué hora será?

-A las doce.

Dejó el aposento el paje,

y entre sí mismo Quiñones
murmuró: «¡Si volvió Pérez,
y sospechando.... ¡Oh entonces,
mañana mismo a Madrid,
y ahí se las haya el buen hombre!»
Y al calor de la fogata
sobre la mano durmióse.

VI

Está la torre que habita
don Mendo, junto al Esgueva,
en una colina obscura,
sin árboles y sin hierba,
sin foso que la circunde,
sin torres que la defiendan,
desmantelados los muros,
derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
entre dos postes de piedra,
tiene un puente levadizo
suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
otra torre más pequeña,
en cuyo centro macizo
hay torcida una escalera,
y alzado el puente de noche,
aislada la torre deja,
de modo que a un tiempo mismo
sirve de puente y de puerta.
Por inútiles, sin duda,
sus ventanas y luceras
hanlas tornado en balcones
y suprimido las rejas;
y es justo, a nuestro entender,
que tal mudanza sufrieran,
pues sirven de, algo en la paz
y eran estorbo en la guerra.
Era la noche siguiente,
y la media noche apenas;
el cierzo airado zumbaba
del olmo en las ramas secas,

y murmuraban las aguas
azotando las riberas,
atropellando, sonoras,
raíces, algas y piedras,
haciendo con sus espumas
espejos, lazos y trenzas.
El cielo, entro opacas nubes
velando luna y estrellas,
el valle, el río y la torre
encapotaba en tinieblas.
No brillaba en los linderos
la luciérnaga rastrera,
no había parleras aves
que cantaran en la selva,
ni insectos que susurraran
entre la flexible hierba;
no había pajizas flores
que en los céspedes crecieran,
ni pastores que velaran,
ni silbado ras culebras,
ni lobos que con la luna
cruzaran por la pradera;
que es la noche, sobre oscura,
de Diciembre, opaca y negra,
y húmeda, gruesa y pesada,
acosa al aire la niebla.
Bajóse en la torre el puente,
y, transponiendo la cuesta,
dos hombres hacia los vados
echaron por una senda.
¿Traes las llaves? dijo el uno.
-Sí, señor.
Y allá, ¿quién queda?
-Martín Muñoz, en la escala;
durmiendo, la camarera,
y Lucas, con los caballos,
aguarda junto al Esgueva.
Los demás, hacia la corte
irán ya lejos, y apenas....-
Una ráfaga, silbando,
el resto arrastró con ella.

Entonces, de entre la sombra
alzóse, callada y lenta,
una figura embozada
que mucho a un hombre semeja.
Tanto guarda de fantasma
como de humano conserva,
porque ella anda o se desliza
sin que al moverse se sientan
el compás de sus pisadas
o el rumor de sus espuelas;
y el murmullo que se escucha
dentro de su boca misma,
no se sabe si es que gime,
conjura, amenaza o reza.
Pero hombre, ilusión o duende,
al pie de la torre llega,
y sin vacilar un punto,
con una escala de cuerdas
asiendo el balcón más bajo,
desembozándose trepa,
y de un corredor desierto,
se pierde por las revueltas.
En una apartada alcoba,
a la luz de una linterna,
la esposa de Mendo Abarca
sola y destocada sueña;
y los labios la sonrén,
y la lengua balbucea,
y toda la paz del alma
la faz dormida refleja.
Con el fin de su destierro
descuidada devanea,
y la pasan por la mente
viajes, luminarias, fiestas;
y con sus mil armonías
de campanas y pependencias,
obras, caballos y carros,
se finge una corte entera.
Los nobles que la visitan,
las damas que la contemplan,
los lacayos que la aguardan

y los pajes y las dueñas;
los billetes de convite,
las joyas y las preseas,
todo la pasa en tumulto
en ilusión halagüeña.
En esto, el mismo fantasma
asomó osado en la puerta,
corrió por dentro el cerrojo,
contempló un punto a la bella,
y luego, ahogando la luz,
dejó la estancia en tinieblas.
Se oyó en la sombra un suspiro.....
Y en faz de rauda tormenta,
siguió estrellándose el cierzo
en las pintadas vidrieras.
Las puertas, estremecidas,
sobre los quicios retiemblan;
y silba, -y cruje, y se rasga
con ímpetu en las troneras;
y ni gemidos, ni pasos,
tornan a oírse, ni quejas;
todo el viento lo devora,
lo mata, sofoca o lleva.
A poco, don Mendo y López
tornaron la misma senda,
y tornó a oírse del puente
rechinando la cadena,
y oyóse que el uno hablaba
y el otro daba respuesta.
-¡Cogió las cartas!
-Sin duda.
-Más vale así.
-Que no vuelvan:
pasado mañana, López,
a Madrid damos la vuelta.
Cruzaron ambos el puente,
volvió a sonar la cadena,
y siguió el viento zumbando
por los ángulos y rejas.
Y en esto, en el balcón mismo,
la misma escala de cuerdas

cayó al campo, y el mismo hombre
bajó embozado por ella.
Llegó al suelo, y percibióse
de Pérez la voz severa,
que a lo lejos murmuraba
como quien conjura o reza:
«Quien a hierro mata, es justo
que igualmente a hierro muera:
HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN,
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.»

V

Vino un día, y otro día,
y vino un mes, y otro mes,
y año tras año venía;
el segundo concluía,
y pasaron hasta tres.

Pérez desapareció,
su casa quedó en escombros,
don Mendo a Madrid volvió,
y con estruendo y asombro
la torre se desplomó.

Contaron de ello, medrosas,
las gentes varias consejas
y fábulas espantosas;
de amoríos las hermosas,
y de visiones las viejas.

Quién dijo (y a tal contar
el más valiente se pasma)
que vio, el alba al despuntar,
junto a la torre vagar
blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que, atravesando
de noche por la pradera,
la colina coronando,
vio hasta cien almas danzando
en derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
un hidalgo de lugar
que, arrugando el entrecejo,
contara que un moro viejo
huyó de verla pasar.

Ni un muchacho revoltoso
a quien, por calmar el llanto,
contaran en son medroso
aquel cuento tan famoso;
y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
con un espectro galán,
y que una devota bella
le alcanzó a ver después de ella
en casulla o balandrán.

Todo eran apariciones,
raros acontecimientos,
secretas conversaciones,
todo ruidos y visiones
y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,
otros toparon enanos,
otros hogueras volantes,
otros mágicos errantes,
y otros brujas y gitanos.

Y alguno, más entendido,
más ducho o más suspicaz,
creyó allí haber sorprendido
algún amor protegido
con el murmullo falaz.

Vino un día, y otro día,
y vino un mes, y otro mes,
y el tercer año corría;
el segundo concluía,

y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
y olvidadas las consejas,
los mozos las despreciaron,
las muchachas se casaron,
y se murieron las viejas.

Con esto, el miedo pasó
y el valle quedóse en calma;
Mendo Abarca no volvió,
ni a nadie se apareció
Pérez en cuerpo ni en alma,

Segunda parte

VI

En un salón adornado
con alfombras toledanas,
con pabellones de sedas,
con mecheros y con lámparas,
vestido de terciopelos
festonados de oro y plata,
cercado de taburetes
y de cojines de grana,
hay hasta cuatro personas
en plática sosegada,
que esperan como en familia
alguna cosa que tarda.
Una es don Mendo Quiñones,
otra es una antigua dama,
otra es doña Leonor,
y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
la ceremoniosa usanza
de aquellos revueltos tiempos
de fiestas y de batallas.
corpiño y falda turquí
bordados de seda blanca,
con dos filas de botones

de costosa filigrana;
desnudo el cuello y los hombros
bajo un collar de esmeraldas,
con un lazo de brillantes
que por una cruz remata;
los cabellos divididos
en dos trenzas derribadas,
que a ambos lados se recogen
en dos agujas de plata;
y en la mano un abanico
con que la faz del sol guarda,
tras de cuyo varillaje
mira a salvo y no es mirada.
Con igual lujo y riqueza
está engalanado Abarca:
el jubón de terciopelo,
acuchilladas las mangas,
capotillo carmesí,
calzón negro y gola blanca,
y en un cinturón de seda
colgados estoque y daga.
De aquestos tres personajes,
Quiñones y las dos damas,
el cuarto los atavíos
está contemplando en calma.
Empieza en una corona,
y en un acicate acaba;
tanto conserva de monje,
como de soldado guarda.
El gesto tiene severo
y la frente despejada,
empinados los bigotes,
espesa y luenga la barba.
El jubón negro y sin cuello,
el ropón tocando en capa,
la gola negra y sencilla,
botas, espuelas y espada.
Si fija en otro sus ojos,
no pueden con sus miradas;
si habla, le escuchan atentos;
no le importunan si calla.

Mas su mirada es modesta,
contenidas sus palabras;
si reconviene no ofende,
y si aconseja no cansa,
Los valientes le saludan,
los pordioseros le aguardan,
las damas le reverencian,
los cortesanos lo halagan.
Y algunas lenguas mordaces
sólo un defecto lo achacan:
ser celoso en demasía
de la honra y buena fama.
Es capellán de Quiñones,
con quien tiene mesa y casa,
y a quien salvó vida y honra
dicen que en una batalla
De entonces, él y don Mendo
un punto no se separan;
son un cuerpo y una sombra,
cuerpo y sombra con un alma.
Es a un tiempo secretario,
consejero, amigo y guarda;
don Mendo, sin su presencia
ni come, ni abre las cartas;
a un sermón y a un desafío
igualmente le acompaña.
Procura evitar contiendas,
pero una vez empeñadas,
el cáliz por el estoque,
por la malla el ropón cambia;
y a pretexto de padrino,
da la postrer cuchillada.
Ni es de extrañar que esto sea,
porque en los tiempos que alcanza,
los obispos son alcaides,
y sus palacios son plazas;
no pagan pecho a sus reyes,
mantienen a sueldo lanzas;
antes de prestarle ayuda,
juzgan despacio su causa,
y como más les va en ello

le acuden o se desmandan;
y viven entre placeres
con familiares y damas.
Así como es el espejo
es la imagen que retrata,
y así como andan los reyes,
la corte y vasallos andan.
Tales son los personajes
que en plática sosegada
esperan como en familia
alguna cosa que tarda.
Al fin, al doblar sonoro
de una ligera campana,
abriéronse los balcones,
entró el sol de la mañana,
y de galanes y hermosas
fuéase llenando la sala.
Oyóse el rumor del pueblo
que abajo se agita y pasa,
y el capellán y Quiñones,
haciendo venia a las damas,
salieron hacia la iglesia
donde doblan las campanas,
porque es el día del Corpus
y está la corte de gala.

VII

Al doble y revuelto son
de campanas y atabales
hierve y bulle un pueblo entero
en plazas, rejas y calles.
Es un bello sol de Junio
que derramado se esparce
por techos, plazas y torres,
gran farol de fiesta grande.
Sus rayos de grana y oro
se quiebran y se deshacen,
se estremecen y reflejan
en pizarras y cristales.
De los sueltos pabellones
de los tapices brillantes

que orlan, visten y coronan
los balcones desiguales,
en cada hebra de oro y plata
y en cada lazo ondulante
reverberan mil colores
que tornasolan el aire.
Entre guirnaldas de flores,
entre velos y cendales,
entre abanicos de plumas,
entre dueñas y entre pajes,
decoran las celosías,
que descorren fiestas tales,
cuantas damas de Castilla
dentro de la villa caben.
La luz de un sol tan alegre,
la interposición del aire,
los suntuosos atavíos
y el placer de los semblantes,
hacen que de cada hermosa
finjan en ensueño un ángel
los enamorados ojos
de los felices galanes.
¡Cuántos hidalgos osados,
deteniendo el paso errante
al pie de unos miradores,
contemplan un gesto grave!
¡Cuánto celoso mancebo,
al revolver de una calle,
el sombrero hasta los ojos
aguarda amoroso trance!
¡Cuánta dueña en una reja,
en tanto la dama sale,
espera en faz compungida
que el audaz citado pase!
¡Cuántos suspiros se ahogan
entre el son interminable
con que el gentío murmura,
cuando del pecho se parten!
¡Cuánta ardorosa mirada
intercepta el velo frágil,
de una pluma que un tercero

cruzó entre ambos un instante!
¡Cuántos ojos arrobados,
en otros del cielo imagen
se topan, detrás de aquellos
otros ojos centellantes!
¡Cuántas citas amorosas
camino a escondidas se abren
entre aquel rumor confuso
que un millón de bocas hace!
Calmando al fin del gentío
la voz sorda y susurrante,
diez maceros a caballo
la gente por medio parten.
Bajáronse los sombreros,
y tornáronse anhelantes,
impacientes y curiosos,
mil rostros hacia una calle.
Pasaron lanzas y cruces,
alabardas y estandartes,
cirios, clérigos, soldados,
mangas y comunidades;
pasaron urnas, reliquias,
chirimías y ciriales,
congregaciones y escuelas,
nobles, juntas y hermandades.
hasta que al fin, de improviso,
levantó su voz gigante
el pueblo, que vio a lo lejos
la engalanada falange
de hidalgos, condes y duques,
obispos y cardenales,
que en torno del rey Enrique
traen a su Dios por delante.
Quedábale a Enrique cuarto,
por don de sus mocedades,
el fastidio y la osadía
de placeres y desmanes;
que aun niño, rompiendo el yugo
del respeto al Rey su padre,
tuvo en Segovia una corte
con pueblo y leyes aparte.

Y allí, anegado en deleites,
sin conocer vasallaje,
pasó los años primeros
siempre en faz de rebelarse.
Hoy, ya Rey, abrió su corte
a cuanto ilusorio y grande
quiso con sus Reales culpas
de las suyas escudarse
Vinieron aventureros
sin más haber que su sable,
y vinieron cortesanas
que allá en países distantes
fueron nobles y duquesas
de Real solar y Real sangre,
a quien echan de su patria
opiniones populares;
vinieron monjes robustos,
todos rectores y abades,
de costumbres de gran peso
y profesión impalpable.
Y entre discordia y licencia,
entre amores y combates,
andando allí confundidos
los soldados y los frailes,
logróse sin gran trabajo
que fuesen en tiempos tales
las audiencias galanteos,
los amores liviandades,
y las damas cortesanas,
y los clérigos galanes;
que así como es el espejo,
es la retratada imagen,
y hacen, si andan mal los reyes,
que mal los vasallos anden.
Los monjes a par alternan
las mallas y los sayales,
y el que ayer era prelado,
mañana a campaña sale.
Tales gentes y tal fiesta
bajan la calle adelante,
y hasta doscientos jinetes

dan a la función remate.
Entre las gentes que al Rey
prestan honra y homenaje,
ni cerca de su persona
ni lejos del Condestable,
van dos nobles caballeros,
que en severos ademanes,
entro secretas palabras,
secretas razones traen.
Tan por lo bajo las cruzan,
que, en verdad, no fuera fácil
que pudiera algún curioso
alcanzar de lo que traten.
Mas que es cosa de importancia
bien pudiera asegurarse,
pues a veces hace el uno
que el otro los ojos baje,
y a veces, levantando éste
la mirada penetrante,
torna a bajarla irritado,
cual devorando un ultraje
que el otro le recordara
y mucho a su honra tocase.
Cuanto más uno se turba,
sigue el otro imperturbable,
y ambos miran de continuo
a un balcón, luego a la calle.
Es el uno Mendo Abarca,
que, inclinado hacia delante,
con su capellán conversa
en razones semejantes;

-Pero, padre, ¡eternamente
la misma conversación!

-Señor, siempre esta ocasión
me está en el alma presente.

-¡Maldita ocasión la vuestra,
que en todas partes la veis!

-Señor, que fue bien sabéis
la experiencia mi maestra.

-Y lo que os sucede a vos,
¿ha de acontecerme a mí?
-¡La honra, señor, que perdí
no basta a dárme la Dios!

Y cuando vos la perdáis.....
-Yo mismo la cobraré.,
-Yo también me lo pensé,
pero como yo, la erráis,

que es la mujer un cristal
que si se empaña una vez,
la mancha o la palidez
se lavan luego muy mal.

Mirad, don Mendo, al balcón
y a la calle atentamente.
-Padre, padre, ¡eternamente
la misma conversación!

-Si os salvé, señor, la vida,
la honra os he de salvar;
yo por ella he de velar
si vuesa merced la olvida.

-Ved que vos podéis muy bien
dar camino a una sospecha.
-Ved que en cuenta tan estrecha
podéis vos errar también.

-¡Ved que soy yo su marido!
-¡Ved que ella es vuestra mujer!
-Sé que me ama.
-Puede ser,
-Y pudiera.....
-Haber mentido.
-Mas, padre, vos.....
-Vedla allí,
y aunque así a vos no os ofende,
pensad que a todos atiende

menos a vos.....

-¡Eso sí!

-Pues si os ama, ¿cómo a vos
es a quien busca el postrero?

-¡Ay! Triste del que altanero
me compita, ¡vive Dios!

Así en voz baja platican
aquellos dos personajes
al ir de su propia casa
avistando los umbrales;
y saludando a Leonor,
que al balcón a verlos sale,
con la procesión siguieron
toda la plaza adelante.

VIII

En un estrecho aposento,
al amarillo fulgor
que por entre seis cristales
despide un turbio farol,
el capellán y don Mendo,
en tenue y secreta voz,
tienen de alta consecuencia
trabada conversación.

Don Mondo está pensativo,
encendido de color,
la mano puesta en la frente,
mal sentado en un sillón,
los cabellos en desorden,
luchando con su interior,
y retratando en el gesto
la inquietud del corazón.

El capellán tiene el rostro
entre hipócrita y feroz,
y contempla el de Quiñones
con ojo escudriñador.

Al abrigo guarda el suyo
de la sombra del farol,
cuidando de que a don Mendo

ilumine el resplandor.
Entre ambos hay extendido
un macizo velador,
en que, para estar mas cerca,
se apoyan tal vez los dos.
A una pregunta de Abarca
de extremada concisión,
con otra pregunta idéntica
el capellán contestó:
-Y su tristeza y despego,
¿no veis de entonces, señor?
-Mas ved, padre.....
-Y ¿no decís
que al, saber vuestro perdón,
casi loca de alegría
vuestra vuelta aceleró?
-Es verdad.
-Y ¿no decís
que advertisteis variación
desde la misma mañana
en que en la corte se vio?
-Y ¿eso padre.....
-Y ¿no decís
que un ensueño aterrador
la atosiga desde entonces
y la pone en aflicción?
-Es verdad.
-Y ¿no decís
que de aqueste torcedor
nunca la secreta causa
vuestra esposa os reveló?
-Y eso prueba.....
-Que en su pecho
hay secretos para vos,
y las mujeres no tienen
más secretos que el amor.
Don Mendo apretó los puños
cuando tal respuesta oyó,
y en la inquietud de sus ojos,
que revuelve en derredor,
se ve bien que busca el triste

otra disculpa o razón.

En tanto, el cura le atiende
con sonrisa de traidor,
y rebosan sus pupilas
sangrienta satisfacción.

Por fin, como quien despliega
todo el último valor,
con hondo y trémulo acento
Mendo Abarca replicó:

-Tal vez de mujeres, padre,
secretos caprichos son,
que sólo consultar deben
allá con su confesor.

-Los caprichos femeniles
ya os dije, don Mendo, yo,
que si al marido se celan,
no son más que otra pasión.

-Callad, padre, porque me hacen
vuestras palabras pavor,
y es tan profunda esta herida,
que me duele, ¡vive Dios!

-Pues buscad presto remedio,
don Mendo, porque si no
la herida se os hará cáncer
que gangrene vuestro honor.

Mañana tal vez.....

-¡Por cierto
que es tremenda precisión!
Dejadme que bien pensado
el tiempo....

-¡Tiempo veloz,
tiempo rápido, que el tiempo
carcome la reflexión!

-Pero, padre, ved que errarlo
¿no fuera.....

-Nunca peor,
que en cuidar mucho su honra
jamás hidalgo pecó.

Ved que yo he perdido el mío,
y aunque hice venganza atroz,
ni le ha cobrado, ni el tiempo

me ha quitado este borrón.
-Pues bien; si es cierto, a impedirlo
o a vengarlo pronto estoy.
-Pues el remedio, o venganza.
Ved que urge.
-Tenéis razón;
y pues sabéis la dolencia,
buscadme el remedio voo.
Guardaron ambos silencio
en torva meditación:
Don Mendo fijos los codos
sobre el ancho velador,
las sienes entre las manos
y el cabello en confusión,
como quien devora y siente
secreto afán interior.
Su sombrío compañero,
de espaldas en el sillón,
es un hombre a quien se puede
partir la figura en dos:
unas veces es un monje,
ministro santo de Dios,
cuya presencia es consuelo:
a mundanal aflicción,
cuyo rostro da franqueza,
cuya majestuosa voz
aconseja dulcemente,
dando calina al corazón;
otras es un hombre osado,
duro, hipócrita o traidor,
que aguarda en faz misteriosa
una pensada ocasión;
un tigre que acecha oculto
la presa que descubrió,
y hace que duerme tranquilo
para asaltarla mejor.
Si baja al suelo los ojos,
dirían que hace oración,
mas arde, cuando los alza,
en fuego fascinador;
y al fijarlos en don Mendo

tan horrible es su expresión,
que más que monje, dijeran
que semeja un salteador.

A veces pintan la ira
y a veces la compasión,
y a veces pintan los celos,
y otras veces el furor;
y el orgullo y la vergüenza,
y el duelo y la confusión,
y la venganza y la rabia,
la constancia y el valor,
a un tiempo brillan en ellos.....

Mas todo cambió veloz,
cuando don Mendo la frente
de entre las manos alzó:
fue otra vez el mismo monje
amigo y consolador
que la existencia de Abarca
en el combate salvó.

La mirada que Quiñones
tendió angustiado en redor,
a la del monje pedía
más que justicia, perdón.

Mas el clérigo, inflexible,
en sorda y siniestra voz
así dijo, entre los dedos
deshilachando el ropón:
-Escuchadme, Mendo Abarca.
en negocios como el de hoy,
hasta que todo se aclara
disimular es mejor.

Sólo un medio se me alcanza:
pues que capellán soy yo,
disponed que a vuestra esposa
oiga un día en confesión.

Y esto diciendo, brillaban
sus ojos con tal fulgor,
que semejaron la lumbre
de enrojecido carbón.

El marido, que, turbado,
Tal vez no le comprendió,

replicóle:-¡Entonces, padre,
lo alcanzaréis sólo vos!
A lo que el clérigo dijo:
-Muy torpe, don Mendo, sois;
pues se oye desde una alcoba
lo que se habla en un salón.
-Cierto, padre; pero hay puntos
que en ofensa son de Dios.
-Cierto, Abarca; mas hay prendas
que encierran tanto valor.....
-No os comprendo.
-Concluyamos
tan necia conversación:
si sois hidalgo, don Mendo,
curad bien de vuestro honor,
o sufrid que el pueblo ría
a vuestra faz.....
-¡Eso no!
¿Decís que el pueblo se ríe?
-¿Quién lo duda?
-Y ¿tal baldón
llevará junto mi nombre.....
-El de marido, señor.
-¿Y mi esposa.....
-Ha de infamaros
si es cierto que os engañó.
Iréis con ella a la corte,
y han de mofarse de vos,
el Rey os hablará de ella,
y ha de mofarse de vos:
la verán al lado vuestro,
y han de mofarse de vos,
y os tendrán, a no vengaros,
por necio o encubridor.
-¡Basta, padre, o con la lengua
os arranco el corazón,
que verdades tan amargas,
las tolera sólo Dios!
¡Basta, a fe.... Fingiré un voto
de una peregrinación;
su confesión en voz alta

la tomaréis, padre, vos;
pero, dentro de la alcoba,
la he de escuchar también yo.
Y alzándose del asiento,
tomó don Mendo el farol,
dirigiéndose a una puerta
que da paso a un callejón.
El clérigo le seguía
en ademán triunfador,
y al transponer los umbrales,
entro dientes murmuró:
-Este mes hace tres años;
mañana, al salir el sol,
un crimen y un duelo mismo
tendremos que llorar dos.
Tornóse Mendo, y pensando
que dudaba, preguntó:
-¿Que decís, padre?
-Rezaba.
Id adelante, señor.

IX

En una sala cuadrada,
con tres tapices cubierta,
al pie de un reclinitorio
de cincelada madera,
ante un monje de rodillas,
con un velo en la cabeza,
doña Leonor de Quiñones
cristianamente confiesa.
El rojo sol de Occidente,
reflejando en las vidrieras,
por las entornadas hojas
con trémula luz penetra,
y en los tapices tendiendo
una ráfaga postrera,
con paso incierto, al huirse,
pasa de una en otra hebra.
Hay a un lado de la sala,
con un cerrojo una puerta,
y en el otro un gabinete

con una cortina negra.

La mujer en faz humilde,

el monje en faz altanera,

seguían la confesión

en preguntas y respuestas.

Pregunta el monje en voz alta,

responde en voz débil ella;

él pregunta: «¿No *es así?*»,

y ella, «*sí, padre*», contesta.

Parece, según lo exacto

con que pregunta y acierta,

que está el confesor leyendo,

la pregunta en la conciencia.

Decía el monje:

-¿Una noche?

-Sí, padre.

-¿Las doce eran?

-Sí, padre.

-¿Zumbaba, airada,

en las torres la tormenta?

-Sí, padre.

-¿Amáis a don Mendo?

-Sí, padre.

-Y ¿sabéis que es fuerza

guardar entera la honra

que un hombre a su esposa entrega?

-Ved, padre, que yo dormía.

-¿Y quién guardaba las puertas,

que así osó llegar un hombre

hasta la cámara vuestra?

¿Sabéis que no bastan llaves,

murallas ni centinelas,

para guardar dignamente

la fama y la honra ajena?

¿Sabéis que son las mujeres

sólo un arca donde cierran

todo su honor los maridos

con candados de vergüenza?

¿Sabéis que mujer sin honra

es sólo un padrón de afrenta,

que eternamente en el rostro

el vendido esposo lleva?
-Ved, padre, que yo dormía:
¡No fue crimen, sino fuerza!
-Y ¿no pedisteis a Mondo
venganza horrorosa y presta?
-Faltóme, padre, el valor.
-¡Luego! fue traición completa,
pues que lanzasteis el dardo
y escondisteis la ballesta!
Trémula, medrosa, ahogada,
la frente contra la tierra,
el rostro entro las dos manos,
clamó acelerada ella:
-¡Callad, padre, y si pequé,
imponedme penitencia!-
En esto alzó la cortina
don Mendo, que tal oyera,
y asiéndola del cabello,
la dijo:- ¡Pues que confiesas
que cometiste la culpa,,
sufre, traidora, la pena!
Y escondiéndola la daga
dentro la garganta misma,
luchando con la agonía,
sobre la alfombra la suelta.
A su espalda en este punto,
horrible, insultante, hueca,
oyóse una carcajada,
y el capellán, con violencia
poniendo mano al estoque,
gritó a don Mondo en voz recia:
-Yo asesiné a Margarita,
y lavé mi honra en la vuestra.
Don Mondo, yo soy *Rui Pérez*,
que ha tres años que os acecha,
que os acosa y os persigue,
porque sabe, aunque le pesa,
**QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN,
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.**

Recuerdos de Valladolid

Tradicción

I

DON TELLO Señora, por vida mía
que os di siete meses más,
y es un plazo que quizás
concederos no debía.
¿Paréceos aún poco?

DOÑA ANA No.

DON TELLO Pedisteis un año.

DOÑA ANA Sí

DON TELLO Si año y medio os concedí,
¿qué más hacer pude yo?
Don Juan de Vargas no viene.
Harto, por mi mal, lo sé.

DOÑA ANA Pues que tanto os aguardé,
no esperar más me, conviene,
que fuera lance fatal
que mi imprudencia pudiera
dejar que don Juan volviera
con derecho al mío igual.

DOÑA ANA Tenéis, don Tello, razón.
Pedí por término un año,
pues tan fiero desengaño
no aguardó mi corazón.
Prometí que si en todo él
el de Vargas no volvía,
con vos me desposaría:
¡créíle menos infiel!
Año y medio me esperó,
don Tello, vuestra nobleza,
y en tan hidalga grandeza
no habré menos de ser yo.
A mi padre responded
lo que os dije; vuestra soy;
mas si don Juan vuelve hoy.....

DON TELLO Doña Ana, el labio tened,,
o mirad lo que decís.

DOÑA ANA Si acabar no me dejáis.....

DON TELLO No, que o todo lo negáis,
o todo lo consentís.
Vuestra fe daréis entera,
como os la pide, a don Tello,
que si Vargas vuelve, en ello
yo sé bien lo que me hiciera.

DOÑA ANA ¿Que decís, Tello?

DON TELLO Doña Ana,
yo os pedí para mujer;
mirad si lo habéis de ser,
y vuelva Vargas mañana.

DOÑA ANA Que sí os dije; pero si hoy
viniera Vargas, ya no.

DON TELLO Ya en eso me veré yo,
pues vuestro marido soy.

DOÑA ANA Pues, don Tello, si viniera.....

DON TELLO ¡Vive Dios, que le matara,
pues porque yo os esperara
no era justo que os perdiera!

DOÑA ANA ¡Don Tello!

DON TELLO Miradlo bien,
que pues más no he de esperar,
connmigo habéis de casar
si viene, y si no, también.

DOÑA ANA Don Tello, pues ha de ser,
no haré en ello oposición;
ya que tenéis la razón,
mirad lo que habéis de hacer
Esto hablaban una tarde,
ya muy cercana la noche,
doña Ana Bustos Mendoza
y don Tollo Arcos de Aponte.
Iguales en lustre ostentan
sus heredados blasones;
ella envidia de las damas,
él galán entre los hombres.
Y ella hermosa, y él valiente,
por especiales razones

unirlos en casamiento
sus parientes se proponen.
Don Tello adora a doña Ana,
mas como valiente noble,
ha más de un año que espera
que su afán se le malogre,
porque ha tanto que la niña
tiene asentado en otro hombre
el pensamiento amoroso,
y ni sosiega ni come.
Es su amor don Juan de Vargas,
que a Italia oculto fugóse
por no sé qué muerte oculta
en las sombras de la noche.
Mas don Juan desde aquel día
tan de veras ocultóse,
que de su estado y persona
cartas ni amigos responden.
En vano tras nuevas suyas
se rastrearon en la corte
mil exquisitas pesquisas,
mil cortesanos favores.
La justicia dióle libre,
el mismo Rey perdonóle;
pidieron a todas partes
cartas y noticias dobles;
mas en todas fueron vanos
al misterio que lo esconde,
los parabienes presentes,
las antiguas precauciones.
De todas partes los pliegos
vuelven bajo el mismo sobre,
porque en ninguna parece,
ni en ninguna le conocen.
Cansado por fin don Tello
de plazos y condiciones,
y recelando que al cabo
parezca don Juan y torne,
resuelto y tenaz decide
que, pues año y medio corre,
de grado o de valimiento

se cumpla cuanto pactóse.
Y la verdad, que doña Ana,
más tibia ya en sus amores,
no con enojos escucha
de don Tollo las razones,
ni estorba que la festeje,
ni que vista sus colores, ni entre en su casa de día,
ni que sus rejas la ronde;
porque en esto de firmezas
en ausencias y en amores,
era sin dada lo mismo
que en nuestros tiempos, entonces.
Quedó, pues, dicho y jurado
que, excusadas dilaciones,
la boda se concluyera
dentro de la misma noche.
Y en todo Valladolid,
cuantos hay vecinos nobles,
a dar sus enhorabuenas
a los novios se disponen.
Mas es preciso advertir
que mientras en los salones
danza y festejos preparan
juntos Mendozas y Apontes,
las puertas del Campo Grande
cruza a resuelto galope,
embozado en una capa,
sobre un potro negro, un hombre.

Es una noche de Octubre
que la atmósfera encapota
entre las dobles cortinas
de la niebla y de la sombra.
En ráfagas desiguales
el cierzo a intervalos sopla,
quebrándose en las esquinas
con voz destemplada y bronca.
Lucen en ellas apenas,
como sombras vaporosas,
mas esparcidos, faroles
que entre la niebla se ahogan.

Y a su esplendor vacilante,
por las calles tortuosas
apenas a ver se alcanza
de los que pasan la forma;
que no es tan tarde, que en sueño
la ciudad repose toda,
ni tan pronto, que aun excusen
los rondadores su ronda.
Oyese el sordo murmullo
de las fugitivas ondas
con que el revuelto Pisuerga
ambas orillas azota;
y entre su son temeroso,
la voz compasada y ronca
con que las huecas campanas
al toque de ánimas doblan.
Allá por sobre las cercas
que el Campo Grande aprisionan,
turbias luces se perciben
por entre ventanas rotas,
a cuya opaca lumbrera
algún penitente ora,
y con el llanto del monje
las culpas del hombre borra;
o algún sabio solitario,
en meditación más honda,
del vano mundo desprecia
la mal olvidada pompa.
¡Cuán grato es ir sin camino,
con el corazón a solas,
en la deliciosa calma,
de la noche silenciosa,
sin testigos que sorprendan
sobre la faz melancólica,
las lágrimas que se escapan
de los ojos gota a gota!
Noche, consuelo del triste,
bendita tu amiga sombra,
entre cuyos densos pliegues
no se avergüenza quien llora.
Yo también, triste poeta,

al compás del arpa ronca
te rindo tributo en lágrimas,
plegarias de mis memorias;
y una y mil veces bendigo
tu espesa tiniebla lóbrega,
desciñendo las guirnaldas
que el arpa cansada adornan.
Noche, consuelo del triste,
bien haya tu amiga sombra,
entre cuyos densos pliegues
no se avergüenza quien llora.

Cruzando del Campo extenso
la soledad misteriosa,
a lentos pasos camina
un hombre, de cuya forma
se distingue solamente
la pluma que en alto flota,
las espuelas en que acaba,
y la espada que le abona.
Lo demás de su figura
lo velan, guardan y embozan
los secretos de una capa
en que envuelve la persona.
Ganó la vuelta a la plaza
por, una calleja corva,
de casa en casa pasando,
señas tomando de todas.
Delante de una al tenerse,
que de palacio blasona,
«Ésta es», dijo, y en la puerta
la mano atrevida posa.
Mas no bien dentro del patio
el son de la aldaba dobla,
corriendo dentro un cerrojo,
un hombre al dintel asoma.
Haciendo paso al que sale,
el que iba a entrar se reporta,
y al tiempo mismo en su rostro
reflejó la luz dudosa.
-¡Don Juan!-¡Don Tello!-exclamaron

en voz descompuesta y honda
ambos a dos personajes,
como quien duda y se asombra.
-¿A don Juan mirando estoy?
-¿A quien veo es a don Tello?
-¡Por Dios, que no erráis en ello!
Ni vos en mí: don Juan soy.
-Seguidme.
-¿Adónde?
-A reñir.
-Vamos; mas reñir, ¿por qué?
-Seguidme, don Juan, que a fe
Que os lo tengo de decir.-
Calló don Juan, y don Tello,
en faz decidida y torva,
«por aquí», dijo, y airado
la vuelta del Campo toma.

DON TELLO Los estoques en la mano,
DON JUAN sueltas en tierra las capas,
 están dos hombres a punto
 de cerrarse a cuchilladas.
DON TELLO Reñid, don Juan, o vos mato.
DON JUAN Grande será vuestra cansa,
 don Tello; mas, ¡vive Dios,
 que yo en saberla me holgara!
DON TELLO Reñid, don Juan.
DON JUAN Vos, parece
 venís a reñir con rabia;
 mas yo, que ignoro.....
DON TELLO O reñís,
 u os asesino a estocadas.
DON JUAN ¡Tello!
DON TELLO Reñid, ¡voto a Cristo!
DON JUAN Mas decid una palabra,
 una razón, un pretexto,
 y riño.
DON TELLO ¡Pese a mi alma!
 ¿En Valladolid no estáis?
DON JUAN Bien se ve.
DON TELLO Y ¿a quién buscabais?

DON JUAN A doña Ana de Mendoza.
DON TELLO Reñid, pues, que esa es la causa.
DON JUAN A doña Ana ¿Qué.....
DON TELLO Esposa mía....
DON JUAN ¿Es?
DON TELLO Será.
DON JUAN ¿Cuándo?
DON TELLO Mañana.
DON JUAN Defendeos bien, don Tello,
que la razón es sobrada.
Cruzáronse los estoques,
adelantaron las dagas,
y empezaron los aceros
do acabaron las palabras.
El ruido de entrambas hojas
en la obscuridad sonaba,
sin que en la sombra se alcance
cuál es más feliz de entrambas.
El aliento a resoplidos
ambos, fatigados, lanzan;
mortales golpes se tiran,
mortales golpes se paran.
Sin duda que corre sangre,
sin duda el brazo se cansa,
porque los golpes son menos,
la respiración más tarda.
Y sin duda que es temible
la contienda solitaria;
don Tello no cede un paso,
don Juan un paso no avanza.
No suena un golpe que a fondo
recto al corazón no vaya;
no hay un quite que no pare
la postrimera estocada.
Es el brazo que defiende
tan fuerte cómo el que ataca,
que a acertar un solo golpe,
con él la lid acabara.
Jura el uno, calla el otro,
ni uno cede, ni otro avanza;
con más arrojo don Tollo,

don Juan con mejor constancia;
y en vano son los ardides,
los esfuerzos y las mañas,
los amagos engañosos,
las embestidas trocadas.
Siempre un golpe encuentra un quite,
siempre un estoque una daga,
y un esfuerzo inesperado
una defensa pensada.
Entrambos desfallecidos,
pierden tierra, y tierra ganan;
mas en ganar y en perder,
siempre es igual la ventaja.
Desesperado don Tello,
don Juan en siniestra calma,
así igualmente se estrechan,,
o igualmente se rechazan.
Y está la muerte dudosa
en ambos aposentada,
la mano en entrambas vidas
sin atreverse con ambas.
Abrasado al fin don Tello
en el volcán de su rabia,,
no mirando ya su honra,
sino sólo su venganza,
viendo que don Juan no cede,
y que él tampoco adelanta,
pensó en ganar por traidor
lo que por audaz no gana.
Y cerrando más brioso
con tan traidora esperanza,
como si alguno amagase
a don Juan por las espaldas,
gritó: «¡Tente! ¡No le mates!»,
y al volver don Juan la cara,
hasta la cruz escondióle
dentro del pecho la espada.
Cayó don Juan, y don Tello,
ganando apenas su casa,
guardó en la vaina su estoque,
y su secreto en el alma.

II

Lejos del mundo y de sir pompa vana,
harto de juveniles devaneos,
el polvo hollando que la raza humana
encierra en sus placeres y deseos,
renunciando su gala cortesana
y de su clara estirpe los trofeos,
en celda estrecha y solitaria habita
un austero y humilde cenobita.
Pasó su juventud en ardua guerra
derramando su sangre generosa
por ensanchar los lindes de su tierra
y engrandecer su patria poderosa.
En el valle acampó, saltó la sierra
tremolando la enseña victoriosa,
y los vencidos le debieron leyes,
conquistas su nación, oro sus reyes.
Hoy, porque al mundo su valor asombre,
o porque su valor ponga en olvido,
vela en el claustro el opulento nombre
con que ha valiente capitán vivido;
y olvida con lo mísero de hombre
cuanto de grande e ínclito ha tenido,
curando en santa y religiosa calma
las hondas cicatrices de su alma.
Que entre ásperas y crudas penitencias,
buscó su Dios el alma atormentada
por el revuelto golfo de las ciencias,
por el desierto de la inmensa nada;
así avivó su fe con sus creencias,
así acalló su carne macerada;
mas en lucha tenaz consigo mismo,
en sus creencias encontró un abismo.
Creyó y dudó; y en duda irreverente,
tornó a creer, y recayó en la duda;
hundió en el polvo la humillada frente,
en su cuita a su Dios pidiendo ayuda;
creyó segunda vez, pero igualmente
dudó segunda vez el alma ruda;
oró, su pertinacia castigando,

mas creyendo dudó, y creyó dudando.
Doquier su incertidumbre y su impericia,
el orden de las cosas reprochaba;
la virtud presa, impune la malicia,
doquier de sus creencias recelaba;
mal segura y torcida la justicia,
de la justicia celestial dudaba,
y de los males del viciado suelo,
culpa argüía en el dormido cielo.
Con sus dudas así y con sus creencias,
arrastraba el severo capuchino
su vida entre recónditas dolencias,
y dudaba tal vez de su destino.
En vano con austeras penitencias
pedía al cielo sa favor divino;
siempre acosaba al pensamiento adusto
la duda de lo justo y de lo injusto.
Siempre sus penitentes oraciones,
y su estudio, y sus horas solitarias,
turbaban sus incrédulas ficciones,
siempre con causas o con hechos vanas;
ni el turbulento mar de sus razones
sosegaban su llanto y sus plegarias,
que cuanto más oraba penitente,
se rebelaba el corazón demente.
El pueblo, al contemplar su faz severa,
que con el tosco capuchón ceñía,
el paso grave, la mirada austera,
la barba que a los pechos lo caía,
su misteriosa forma pasajera,
que tan sólo en el templo aparecía,
reputación de justo le otorgaba,
y por justo varón le respetaba.
El sabio que en su cámara medita,
en un confuso libro amarillento,
las ideas que el sabio cenobita
creó en la soledad de su convento,
viendo que su honda creación gravita
sobre su aventajado pensamiento,
ambas razones balanceando, cede,
y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia
y el frágil peso del consejo humano,
que yerra el corazón, yerra la ciencia
en el juicio más fácil y liviano:
en medio de su airada penitencia,
presa a su vez del pensamiento humano,
bajo el sayal del hombre penitente,
el incrédulo habita impunemente.
Doquiera le mantiene arrebatado
honda meditación que le divierte
por el gran laberinto en que, obcecado,
razones busca a la insensata suerte;
y el mundano doquier cura engañado
de que en su arrobo el justo no despierte
y la sagrada inspiración no acuda;
mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara
de una fresca primavera;
la brisa arruga ligera
la hierba, el agua y la flor.
El sol asoma al Oriente
su cabellera inflamada,
y alza el ave en la enramada
dulces himnos al Criador.
Orlan el campo las perlas
que ha derramado el rocío,
murmura allá abajo el río
la orilla al acariciar;
y en niebla azulada y tenue
que remeda al limpio cielo,
vapores exhala el suelo
de jazmines y azahar.
La inquietas mariposas
despliegan sus cien colores,
columpiándose en las flores
con revoltoso bullir,
posando en todas livianas;
sólo al lindel dejan sola,
sin sus besos, la amapola
el tosco vaso al abrir.

Ostenta cuantos primores
en su ancho tapiz encierra
a la luz del sol la tierra
respirando juventud.
Todo es calma, luz y vida
en la dulce primavera;
mas ¡ay, cuánto es pasajera
su belleza y su quietud!
También gozó de su infancia,
su vigor y su opulencia,
esa ciudad, de existencia
más remota y más feliz;
mas si no alcázar de reyes,
aun conserva la nobleza
en que muestra su grandeza
lo que fue Valle-de-Olid.

.....
.....

A un lado del Campo Grande,
en un balconcillo estrecho,
el codo en el antepecho,
sobre la mano la sien,
un austero capuchino
el campo está contemplando,
la baja tierra mirando
con religioso desdén.
Si sufre, goza o medita,
si bien ríe o males llora,
si desespera o si ora,
es difícil de atinar.
Los ojos fijos en tierra,
la tez rugosa, amarilla,
en la palma la mejilla,
siempre en el mismo lugar,
siempre en la misma postura,
en el mismo arrobamiento,
sin voz y sin movimiento,
sin aparente razón;
insondable el alma viva
tras aquella estampa muda,
una cifra es de la duda

de imposible comprensión.
Al pie del mismo convento,
en paseo solitario,
desde la iglesia al osario
vagar un hombre se ve;
ambos brazos a la espalda,
hasta la ceja el sombrero,
larga daga, agudo acero,
y espuela dorada al pie.
Su pensamiento no aclaran
su talante ni su paso;
tal vez estará al acaso
y sin voluntad allí;
creeráse que reconoce
el lugar en que se mira;
se tiene, calla, suspira,
viene y va, y constante así.
Del cementerio a la iglesia,
de la iglesia al cementerio,
siempre en el mismo misterio,
siempre en el mismo vagar,
ni él ve al monje que a su reja
asomado ora o medita,
ni se cura el cenobita
su ocupación de acechar.
Seméjase el capuchino
a un ilustre prisionero,
y semeja el caballero
el vencedor capitán;
mas el uno en su ventana
en imperturbable vela,
y el otro en su centinela,
indiferentes están.
En esto, del fin del campo
que ambos a espalda tenían,
uno tras otro venían
dos hidalgos a la vez.
La del primero era fuga,
la del otro seguimiento,
y víase bien su intento
en su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante
y la faz desencajada;
en la derecha la espada,
ya cerca el perseguidor.
Ambos a par se empeñaban
en su fuga y su denuedo;
el de delante era miedo,
el de atrás era furor.
«¡Detenerlos!» ,gritó el monje:
tornó el caballero el gesto,
y un punto en el mismo puesto
viéronse iguales los tres.
Mas antes que el más cercano
acudiera al homicida,
el otro cayó sin vida,
bañado en sangre, a sus pies.
Seguir al vivo era en vano;
como una sombra fugóse;
al desplomado tornóse,
mas era inútil también;
y antes que reconociese
de la herida la malicia,
llegó a punto la justicia
gritándoles que se den.
Prestó atención exquisita
desde lo alto el capuchino:
«¡Éste es, éste, el asesino!,»
a la ronda oyó decir.
Requirió el preso su espada
para dar final respuesta,
pero otra mano más presta
vino su intento a impedir.
-Déjese sin fuerza, hidalgo,
y hacia la cárcel se apronte.
¿Quién es?
-Don Tello de Aponte.
-Préndanle y vengan en pos.
Cerró el monje la ventana,
la prisión injusta viendo,
con voz cóncava diciendo:
«Si no hay justicia, no hay Dios.»

III

Tras una mesa cubierta
con un terciopelo verde,
en tres sillones de brazos
están sentados tres jueces.
En más ínfimo lugar,
y de ellos frente por frente,
espera en silencio un hombre
sentado en un taburete.
Serenos tiene los ojos,
alta y tranquila la frente,
el rostro descolorido,
y ambos pies en un grillete.,
Mas nada hay en su persona
que a imparciales ojos muestre
que tan orgulloso porte
acompañe a un delincuente.
Que es noble, se ve en su nombre;
que es criminal, en las leyes;
que no es traidor, en su rostro;
y en su talle, que es valiente.
Mas que importa su custodia
se ve bien en los mosquetes
que esparcidos por la sala
las entradas la defienden.
Por las puertas y tapices
se alcanzan confusamente
las cabezas apiñadas
de la multitud que atiende.
Y en el inquieto murmullo
que discurre entre la gente
se ve que todos escuchan,
pero que pocos entienden.
Confusas, distantes, rotas,
concebirse apenas pueden
de preguntas y respuestas
las razones diferentes.
El juez pregunta, y el reo
responde; los escribientes
escriben; los guardias guardan,

y el pueblo murmura siempre.

EL JUEZ ¿Quién sois?

EL REO Un hombre.

EL JUEZ ¿Su nombre?

EL REO Don Tello de Aponte soy.

EL JUEZ Levantaos.

DON TELLO Bien estoy.

EL JUEZ Ved que soy el juez.

DON TELLO Yo el hombre.

EL JUEZ Ved que es fuerza obedecer.

DON TELLO Que me desaten decid,
o en preguntar proseguid,
que así os he de responder.

EL JUEZ ¿Matasteis a un hombre?

DON TELLO No.

EL JUEZ Con el muerto os sorprendieron,
y os acusan.

DON TELLO Pues mintieron.

EL JUEZ Fue la justicia.

DON TELLO Mintió.

EL JUEZ Esta espada, ¿de quién es?

DON TELLO Si en esta mano estuviera,
mejor ella lo dijera.

EL JUEZ ¿No os la hallaron?

DON TELLO Sí, a los pies.

EL JUEZ ¡Bañada en sangre!

DON TELLO Es así.

EL JUEZ Y un hombre teníais muerto
junto a vos.

DON TELLO También es cierto.

EL JUEZ Luego fuisteis.....

DON TELLO Yo no fui.

EL JUEZ Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO Un hombre que le seguía.

EL JUEZ ¿Cuyo nombre?

DON TELLO El lo sabría
Y si no se huyera, yo.

EL JUEZ Luego ¿huyó?

DON TELLO Dije que sí.

EL JUEZ ¿Le conocerais a verle?

DON TELLO Mal pudiera conocerle

si nunca el rostro la vi.
EL JUEZ ¡Bien lo fingís!
DON TELLO Bien lo cuento,
que esto solo aconteció.
EL JUEZ ¿Confesáis el crimen?
DON TELLO No.
EL JUEZ Pues ponedle en el tormento.
DON TELLO Vedlo bien.
EL JUEZ Lo vi.
DON TELLO Pues voy;
pero mirad que inocente.
EL JUEZ Vos nombraréis delincuente.
DON TELLO Puede ser, pues hombre soy.
Mas si el dolor da por mí
alguna declaración,
anulo mi confesión,
y en cuanto diga, mentí.
Sacáronle de la sala,
y en sus sillones los jueces
callaron, mientras susurra
en son siniestro la plebe.
A verse en la puerta alcanza,
que en el fondo el salón tiene,
una alfombra de cabezas
que bullen eternamente;
un montón desordenado
de ojos de hombres y mujeres,
que giran en muchos gestos,
ya curiosos, ya impacientes.
Acá y allá algunas damas,
que en los tupidos dobleces
de un velo en que acaba un manto,
la faz ruborosa envuelven.
Y esta multitud inquieta
cuchicheando sordamente,
esperando alguna cosa
de otra cosa que sucede;
ya de parte de don Tello,
ya de parte de los jueces,
y ya bien, como en comedia,
aguardando lo siguiente.

Dispuesta del mismo modo
a escuchar lo que dijeron,
a partir cuando se acabe,
y a esperar mientras la dejen,
forma un susurro monótono
que por el aire se extiende,
y un acento sin palabras
en la atmósfera mantiene.
Los centinelas pasean,
el escribano se duerme
con la barba sobre el puño,
y el puño entre los papeles.
Los galanes, rostro a rostro
plática entablada tienen,
que amantes, serán amantes
dondequiera que se encuentren.
Los muchachos, la paciencia
con aquel silencio pierden,
y hacen los viejos a solas
comentarios de las leyes,
en favor de la justicia
que andaba allá en sus niñeces,
porque sin duda es muy bueno
lo malo que se nos pierde.
Así en paciencia o enojo
mantuviéronse igualmente,
en son confuso de muchos,
jueces, soldados y plebe.
Alzóse al fin la cortina;
impusieron los corchetes
silencio, y todos los ojos
tornáronse de repente.
Retratada en el semblante
la agonía de la muerte,
salió el primero don Tello,
que apenas basta a tenerse.
Alzáronse en el salón
vagos murmullos al verle,
que más que a satisfacciones,
a amenazas se parecen;
mas a una señal airada

de los irritados jueces,
y a la vista de vecinas
alabardas y mosquetes,
reinó el silencio en la sala
capitulando la plebe,
que cuanto más atrevida,
es tanto menos valiente.

EL JUEZ (¿Confesó?)
USO (Confeso está.)
EL JUEZ Decid, pues, ¿quién le mató?
DON TELLO El asesino soy yo,
si no estáis cansados ya.
EL JUEZ Hablad más claro.
DON TELLO El tormento
dejó menos fuerza en mí;
a todo digo que sí,
pero en cuanto digo miento.
EL JUEZ ¿Le matasteis?
DON TELLO Le maté.
EL JUEZ ¿Por acaso o por razón?
DON TELLO Por intento y a traición.
EL JUEZ ¿La razón?
DON TELLO Yo me la sé.
EL JUEZ Decidla si la tenéis.
DON TELLO ¿No basta que le matara?
EL JUEZ Sí, por cierto, que bastara.
DON TELLO Ruégoos, pues, que despachéis.
EL JUEZ Sobre ese libro jurad
que por traición le habéis muerto.
DON TELLO Dadme el libro; todo es cierto;
jurado está, y despachad.
Entró en esto, atropellando
por los guardias y la gente,
sin que curiosos ni guardias
bastasen a detenerle,
un capuchino severo,
de luenga barba, ancha frente,
claros ojos, tallo erguido,
grave paso y voz solemne.
Sin duda por sus virtudes
alto respeto merece,

porque todos en silencio
aparentan conocerlo.
Díjole el juez: «Perdonadnos,
porque, en vena de las leyes,
somos por nuestro destino
hombres afuera, aquí jueces.»
Y con acento más firme,
al capuchino volviéndose,
en ademán imperioso
díjole: «Padre, ¿qué quiere?»
El religioso, sereno,
en faz y gesto imponente,
contestó: «Apoyo del justo,
que la justicia no yerre.»

EL JUEZ Si erró la justicia acaso,
nos fuera ayudarla en gozo.
Decid dónde.

EL MONJE En este mozo,
que ya con ánimo escaso
habló a impulsos del dolor,
y en cuanto dijo ha mentido.

DON TELLO Padre, tarde habéis venido,
y que os volváis es mejor.

EL MONJE Escuchadme.

EL JUEZ Ya es en vano.

EL MONJE Oídmelo.

EL JUEZ Dije que no.
Como reo confesó,
y juró como cristiano,

EL MONJE Ved que ha de saberlo el Rey,
y que en ello soy testigo.

EL JUEZ Yo no soy quien le castigo,
que escrita me dan la ley.

EL MONJE Mirad que él no le mató,
que desde un balcón lo vi;
no es el reo.

EL JUEZ Será así.

EL MONJE ¿Condenáisle?

EL JUEZ Confesó.

EL MONJE Ha mentido.

EL JUEZ No lo sé.
Don Tello, otra vez jurad.
DON TELLO ¿Queréis matarme? Acabad;
juro que a un hombre maté.
EL JUEZ Pues veis que otorga el delito,
dejadle sufrir la pena.
EL MONJE ¡Ved que el miedo le condena!
EL JUEZ Padre, en la ley está escrito.
Quedó el monje meditando
del reo la confesión,
inmóvil en el salón,
de lo que mira dudando.

Firmó la sentencia el juez,
y del estrado al bajar,
en voz alta a preguntar
volvióle el monje otra vez:
-¿Conque muere?
-Vedlo vos,
contestó el juez: y aun dudando,
fuese el monje murmurando:
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»

El sol, en trémulas hebras,
tornasolando los aires,
tranquilo radiante y puro,
en colores se deshace.
Doquier el pueblo se agolpa,
doquier los balcones abren,
en faz de ver o esperar
lo que pasa, o lo que pase.
Doquier bellas en las rejas,
doquier hidalgos galanes,
doquier desenvueltas mozas,
clérigos y militares.
Todo es turba y movimiento,
tropezar y atropellarse;
todos van hacia la plaza,
ganando esquinas y calles.
Todos por bajo platican
cual si una historia contasen

que preguntándola todos,
todos a la par la saben.
Comprenderse apenas pueden
en razones desiguales,
la razón de lo que a todos
tan afanosos los trae.
Óyense en palabras sueltas,
entre otras mil estas frases:
-Es justicia. -Son las doce.
-¡Quien tal hace, que tal pague!
-Del Rey aguardan indulto.
-Ya daban vuelta a la cárcel.
-Hace ocho días. -Es noble.
-¡Sálvele Dios!-¡Pobre fraile!-
Y a veces, allá a lo lejos,
en lastimosos compases,
otra voz reza o pregona
con acento suplicante.
Hierve en la plaza la gente,
puertas cierran, rejas abren,
y a un tiempo todos los ojos
se vuelven hacia una calle.
Por ella, en orden siniestro,
muchos soldados delante,
de dos en dos muchos hombres,
a otro hombre a la plaza traen.
Atadas tiene las manos,
descolorido el semblante,
descubierta la cabeza,
desaliñado en el traje;
sin valona y sin espada,
capotillo ni acicates,
sobre una enlatada mula,
y acompañado de un fraile.
Van detrás algunos monjes
de varias comunidades,
con cirios que al sol del día,
aunque no le alumbran, arden.
Los ministros de justicia,
el reo y el pueblo parten,
y el prisionero decía

en lúgubre son delante:
«Ésta es la final sentencia
que hoy debe de ejecutarse
en don Tello Arcos y Aponte
por mano de Luis Hernández,
ejecutor por el Rey»
Y al transponer una calle,
perdióse con el bullicio
la sentencia con la frase.
Abrióse la muchedumbre
y entraron con paso grave
dentro de la plaza juntos
los que vienen y el que traen.
Llegados a una escalera
con que unos maderos hacen
ancha subida a un cadalso,
dijo una voz: «Que le bajen.»
Bajó el reo, y en la escala
el religioso sentándose,
díjole con voz inquieta
que de hinojos se postrase.
Así fue, y ambos quedaron
en posición semejante,
sin que sus tenues palabras
alcanzara osado nadie.
Mas sobre el hombro del reo
algún ojo penetrante,
a saberlo, ver pudiera
el ojo atento del fraile.
Y en su inquietud confiada,
más bien que reconciliarle,
víase que era dar tiempo
a que tiempo se ganase.
Avisóle la justicia;
se alzó el reo, calló el padre;
llegaron hasta el cadalso,
y tornaron a postrarse.
Tornó a avisar la justicia
y a la confesión el fraile,
y más de las doce y media
señalaba ya el cuadrante.

-Don Tello, decía el monje,
dad tiempo a que el tiempo pase,
que fuera mengua en el Rey,
que su perdón os negare.
-¡Pluguiera, buen monje, al cielo,
que así tan ciego no errarais!
-Siendo testigo.....
-¿Qué importa?
-Fuera otro crimen.
-¡Quién sabe!
-Yo sé que sois inocente,
puesto que no le matasteis.
-Secretos del cielo son,
como el cielo impenetrables.
-¡Imposible!.....
-Padre, pronto.
-¡Que tanto el indulto tarde!
¡Padre, es vano!
-¡Oh, que no hay cielo,
cuando acudiros no sabe!-
Y el capuchino, azorado,
las miradas suplicantes
desesperado tendía,
sin aliento, a todas partes.
Por vez postrera volvieron
con más empeño a avisarle,
y el reo dijo:-¡Es inútil!
¡Padre, que muera dejadme!
-No, don Tello, ¡por mi vida!
Y volviéndose anhelante
el monje a la multitud,
así rompió a voces grandes:
«¡Está inocente!.....» En tumulto
impidió que terminase,
la turba, que por oírle
gritaba a su vez: «¡Dejadle!»
«¡Está inocente!», decía
el monje, y en voz pujante
decía el pueblo en tumulto,
sofocándole: «¡Dejadle!»
Gritaba el pueblo, y el monje

gritaba, y palabras tales
se lo oían: «¡Dios.... Testigo....
Indulto.... El Rey!» ¡Todo en balde!
Unos decían: «¡Oídle!....»
Otros decían: «¡Salvadle!....»
Pero cuando todos hablar,
es cuando no escucha nadie.
Arrodillado don Tello,
y el ejecutor delante,
hizo la justicia seña,
y el verdugo hizo su parte.
Calló el pueblo; calló el Monje:
y al ver la cabeza en sangre
bañada, desesperado
se perdió en la turba el fraile.
Y allá en el fin de la plaza,
volviendo el rostro un instante,
«¡Si no hay justicia, no hay Dios»,
dijo y transpuso la calle.

IV. CONCLUSIÓN

Coronada de juncos y espadañas
hay en un soto cristalina fuente,
donde al abrigo de sonantes cañas,
en arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga, y de sus olas
la abre amoroso el transparente seno,
con silvestres espigas y amapolas
de su margen bordando el cerco ameno.

A su amoroso halago nunca ingrata,
la fresca y sonora fuentecilla
mezcla constante su raudal de plata
con la del padre río agua amarilla.

Y allá a lo lejos, por la angosta calle
que la abren en dos bandas cien colinas,
Valladolid dibújase en el valle,
velada entre las pálidas neblinas.

Y la vieja Simancas, más ufana,
alza a su espalda la torreada frente,
que pintan a la par en la onda vana
los tres ríos que abarca con su puente;

Do empiezan a tender los arenales
su enmarañado pabellón de pinos
por donde abren en grietas desiguales
sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso
de su rauda y magnífica carrera
el moribundo sol hunde en ocaso
su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruiseñor su despedida
desde el olmo sombrío que le oculta,
alegre adiós a la gloriosa vida
del astro rey, que en sombra se sepulta.

Despídenle las auras y las hojas
y las sutiles auras que adormecen,
y las coronas de los pinos rojas,
a su luz, despidiéndole, se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego
en la fresca pradera y soto umbrío,
todo aspiraba el esplendente fuego
en derredor de fuente, soto y río.

La luz tendiendo de los ojos vagos
sobre el rápido arroyo campesino,
del llanto preso resistiendo amagos,
velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda
revolviéndose audaz dentro del pecho,
hondo tormento daba al alma ruda,
sitio en el corazón hallando estrecho.

Continuo presentábale su mente

la ensangrentada imagen de don Tello,
a quien de un crimen defendió inocente,
y a quien la injusta ley mató por ello.

Y allá en su alma, a quien vicia
de lo humano la miseria,
así la ruda materia
luchaba con su impericia:
«No hay Dios donde no hay justicia,
porque a ser de otra manera,
o Tello no pereciera
con tan clara sinrazón,
u oyera el Rey mi razón,
o el matador pareciera.

»Que Tello al cabo murió,
ojalá no fuera cierto;
que no es reo en lo del muerto,
por mis ojos lo vi yo.
Si la ley le condenó
con ignorancia o malicia,
manifiesta la injusticia
en entrambos casos fue,
que si Dios existe, a fe,
no está Dios do no hay justicia,

»Porque hacer el bien y el mal,
y negar al mal el bien,
arguyera error también
en la justicia eternal;
que amparar al criminal
e ir del inocente en pos
contra el justo de los dos,
fuera en Dios ley bien tirana;
luego, en consecuencia llana,
do no hay justicia, no hay Dios.

»Y puesto que si es, no es justo,
siendo así Dios no cabal,
en obrar el bien o el mal
cuerdo es no forzar el gusto.

Pues no es Dios un Dios injusto,
no quiero por mi impericia
tener un Dios de injusticia,
de sus hechuras ajeno;
que en este mundo terreno
no está Dios, pues no hay justicia.

»Y si niegas, Dios, aquí
tu justicia, aquí no estás,
y donde no estés, de hoy más
quiero vivir para mí;
que si hijo tuyo nací,
es bueno y justo a los dos
que el hijo te vaya en pos,
y que tú acudas al hijo,
o mintió quien tal nos dijo,
pues sin justicia, no hay Dios.»

Así pensaba el monje vacilando,
sin razón ni creencia que le acuda;
cuanto más convencido, más dudando
por entre el laberinto de la duda;

Y triste, y macilento, y sin destino,
¡sin fe en el mismo Dios que a par confiesa,
sentóse a las orillas del camino,
como fardo a posar que mucho pesa.

Miserable reptil, busca en la tierra
lo que la tierra misma no merece;
y el ciego pensamiento se le cierra,
y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,
de negras dudas entre turbias nieblas,
nave presa de ciegos elementos,
hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así, al dulce rumor del agua mansa,
son de las hojas, trino de las aves,
en fatigado corazón descansa

a los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez abriendo los cansados ojos,
la moribunda luz goza un momento,
y la imagen de Tello le da enojos,
y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez aún en duda congojosa,
razones sueña y vanidad delira,
la claridad fingiendo misteriosa
de lo que le huye más cuanto más mira;

Que así lo muestra el fatigado aliento
que el pecho en sueño atosigado lanza,
revuelto mar que el torvo movimiento
del gran volcán del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,
ganó el espacio la callada sombra,
la flor cerró su perfumado broche,
veló la tierra su pintada alfombra.

Allá a lo lejos, tras el negro monte,
a tardos pasos asomó la luna,
tibia alumbrando el lóbrego horizonte,
rasgando el vuelo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el río,
murmuraba la fuente que corría,
y de ella al pie, con ademán sombrío,
el capuchino su pesar dormía.

Iba la parlera fuente
resbalando entre la hierba,
en son acorde lamiendo
la parda y menuda arena,

Y a la fugitiva lumbre
que en sus ondas reverbera,
la luna en su espejo errante
la pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata
el ronco y turbio Pisuerga,
bañando en corvos cristales
entrambas a dos riberas,

Y al compasado murmullo
de aguas, hojas, aura y presas,
en insomnio inquieto el monje,
tendido a la orilla sueña.

Alzando a veces los párpados,
como quien duerme y le pesa,
la luz se pinta en sus ojos
entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura
y el aura que bulle apenas,
y en vago adormecimiento,
oye, ve, respira y piensa.

A través del agua mansa
que el límpido arroyo lleva,
algún objeto confuso
la luna blanca lo muestra.

Duda y mira, y, fatigoso,
otra vez los ojos cierra,
y anda el torpe pensamiento
en lucha con una idea.

Tornó a descorrer los párpados,
y allá en el agua serena,
entre las sombras del sueño,
un rostro a mirar acierta,

Tornó a dudar acosado
entre si duerme o si vela,
contemplando aquel semblante
de igual color que la tierra,

Fantasma, ilusión o ensueño,
que minucioso semeja
al muerto don Tello Aponte,
que finó la tarde mesma.

Tornó a dudar, mal despierto
y mal dormido en su vela,
al ver detenida el agua
y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,
al nivel de las arenas,
todo el cadáver de un hombre
asido con su cabeza.

Alzóse despavorido
el monje, mas teme y tiembla
cuando el cuerpo de don Tello
le dice así en voz severa:

-¿Conocéisme, padre?

-Sí.

-A que me siente ayudad.

Bajo mi cuerpo mirad

lo que hay debajo de mí.-

Miró el monje, y con asombro
halló la faz macilenta
de otro a quien Tello cubría
pie a pie y cabeza a cabeza.

Temblaba el monje aterrado,
de rodillas en la hierba,
Y don Tello en voz solemne
díjole de esta manera:

«En duelo injusto los dos,
a traición le asesiné:
no preguntéis el porqué
de la justicia de Dios.»

A buen juez, mejor testigo

Tradición de Toledo.

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
parecen en espesura,
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta a quien duerme,
ni a quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre la sombra confusa,
y el Tajo, a sus pies pasando,
con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles

hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando a lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan,
y en tanto que sueña el triste,
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda
la vigilante figura,
y tan a la sombra vela,
que entre la sombra se ofusca:
frente por frente a sus ojos,
un balcón a poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra;
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura,
el silencio de la noche
rumor sospechosos turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, o solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura
ganando el centro a la calle,
resuelto y audaz pregunta;
«¿Quién va?»; y a corta distancia
el igual compás se escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.
«¿Quién va?», repite, y cercana
otra voz menos robusta,
responde: «Un hidalgo: ¡calle!»;

y el paso el bruto apresura.
«¡Téngase el hidalgo!», el hombre
replica, y la espada empuña.
«Ved más bien si me haréis calle,
repusieron con mesura,
que hasta hoy a nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.»
«Pase el Acuña, y perdone»,
dijo el mozo en faz de fuga,
pues teniéndose el embozo,
sopla un silbato, y se oculta.
Paró el jinete a una puerta,
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbraba.
(¡Mi padre!», clamó en voz baja;
y el viejo en la cerradura
metió la llave, pidiendo
a sus gentes que le acudan.
Un negro, por ambas bridas
tomó la cabalgadura;
cerróse detrás la puerta
y quedó la calle muda.
En esto, desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
hizo cara a Ibán de Acuña,
y huyeron, en el embozo
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena,
pasa la siguiente tarde,
y el sol, tocando su ocaso,
apaga su luz gigantes.
Se ve la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales.

El Tajo, por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas
las ondas con que las bate;
y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prendas de que el río
tan afanoso la bañe.
A lo lejos, en la vega
tiende galán por sus márgenes,
de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje,
y porque su altiva gala
más a los ojos halague,
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
que toda una historia vale,
cada colina un secreto
de príncipes o galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un Rey culpable,
amor, fama, reino y vida,
en manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
a su receloso amante,
en esa cuesta que entonces
era un plantel de zahares.
Allá, por aquella torre
que hicieron puerta los árabes,
subió el Cid sobra Babieca
con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve al castillo
de San Servando, o Cervantes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
por do sacó vigilante
el conde don Peranzules
al Rey que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra,

que, político y constante,
tuvo siempre el brazo quedo
las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer Concilio
las palabras de los Padres
que velaron por la Iglesia
perseguida o vacilante.
La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales
por todas esas memorias
de las pasadas edades,
y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales,
camino a los toledanos
hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
al fuego de su hogares,
cargados con sus aperos,
cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave,
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los clérigos y monjes,
y los prelados y abades,
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
de impetuosos ademanes,
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla a los que pasan
como si a alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
los pasos al divisarle,

cual temiendo de seguro
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle
sin que, libres sus estoques,
en riña sonora dancen.

Una mujer, también sola,
se viene el llano adelante,
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes;
mas en lo leve del paso
y en lo flexible del talle,
puede a través de los velos
una hermosa adivinarse.

Vase derecha al que aguarda,
y él al encuentro la sale,
diciendo cuanto se dicen
en las citas los amantes.

Mas ella, galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpo
en voz decisiva y grave:

-Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
que un hombre ha entrado en su ausencia
dentro mi aposento sabe;
y así, quien mancha mi honra,
con la suya me la lave:
o dadme mano de esposo,
o libre de vos dejadme.-

Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y echando a un lado el embozo,
repuso palabras tales:

-Dentro de un mes, Inés mía,
parto a la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta,
y contigo en los altares
honra que yo te desluzca,

con honra mía se lave,
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen.
-Júralo, exclamó la niña.
-Más que mi palabra vale
no te valdrá, un juramento.
-¡Vive Dios, que estás tenaz!
-Dalo por jurado, y baste.
-No me basta, que olvidar
puedes la palabra en Flandes.
-¡Voto a Dios! ¿Qué más pretendes?
-Que a los pies de aquella imagen
lo jures como cristiano,
del santo CRISTO delante.

Vaciló un punto Martínez,
mas porfiando que jurase,
llevóle Inés hacia el templo
que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance,
ceñida la sien de espinas,
descolorido el semblante,
víase allí un crucifijo
teñido de negra sangre,
a quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle:
-Diego, ¿juras
a tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
-¡Sí juro!-
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,

y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que a Flandes partió.

Lloraba la bella Inés,
su vuelta aguardando en vano,
oraba un mes y otro mes
del crucifijo a los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de transpuesto el sol,
y a Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer,
el campo salía a ver
al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abrume
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
es un consuelo en verdad;
pero siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera, desespera.

Así Inés desesperaba

sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver a brotar.

En vano a su confesor
pidió remedio o consejo
para aliviar su dolor,
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano a Ibán acudía
llorosa y desconsolada;
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
a sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría;
Diego a Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena;
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda,
sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura,
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada obscura.

Y algún pez con cien colores,
tornasolada la escama,
saltaba a besar las flores
que exhalan gratos olores
a las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba,
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,
en confuso remolino,
vio de hombres tropel lejano,
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
a las puertas del Cambrón,
sintió latir, zozobrosa,
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero,
dejó ver la escasa luz
por bajo el arco primero,
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y sin pluma, al diestro lado
el sombrero derribado,
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido,
y a una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete,
sobre potros jerezanos,
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse a su estribo Inés,
gritando: -Diego, ¡eres tú!
Y él, viéndola de través,
dijo: -¡Voto a Belcebú,
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
tal respuesta al escuchar,
y a poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido

volviera en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos cejas,
encomendóla a su gente,
diciendo: -¡Malditas viejas,
que a las mozas malamente
enloquecen con consejas!

Y aplicando el capitán
a su potro las espuelas,
el rostro a Toledo dan,
y a trote cruzando van
las oscuras callejuelas.

IV

Así, por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas,
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores,
alzábase en pensamientos;
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo Rey, a su vuelta,
le armó en Madrid caballero,
tomándole a su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fue que Martínez
quien ha poco entró en Toledo
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro a quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,

puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda a sus caricias,
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso;
que ni él prometió casarse,
ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan a los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
con amenazas y ruegos:
cuanto más ella importuna,
está Martínez severo.
Abrazada a sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba,
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán don Diego
no ha de ser Diego Martínez,
como lo era en otro tiempo.
Y así, llamando a su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que a Inés llevaran
de grado o de valimiento.
Mas ella, antes que la asieran,
cesando un punto su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
-Contigo se fue mi honra,
conmigo tu juramento;
pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las posaremos.

Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
a pasos desatentados
salióse del aposento.

Era entonces de Toledo,
por el Rey, Gobernador
el justiciero y valiente
don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes a la puerta
y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
del tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra,
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador;
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol;
los corchetes, a una moza
guiñan en un corredor,
y abajo, en Zocodover,
gritan en disorde son
los que en el mercado venden,
lo vendido y el valor.
Una mujer en tal punto,
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto,
tomó plaza en el salón,
diciendo a gritos: -¡Justicia,
jueces; justicia, señor!
Y a los pies se arroja, humilde,

de don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzóla cortés don Pedro,
calmando la confusión
Y el tumultuoso, murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo: -Mujer, ¿qué quieres?
-Quiero justicia, señor.
-¿De qué?
-De una prenda hurtada.
-¿Qué prenda?
-Mi corazón.
-¿Tú le diste?
-Le presté.
-Y ¿no te le han vuelto?
-No.
-¿Tienes testigos?
-Ninguno.
-¿Y promesa?
-Sí, ¡por Dios!
que al partirse de Toledo
un juramento empeñó.
-¿Quién es él?
-Diego Martínez.
-¿Noble?
-Y capitán, señor.
-Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.-
Quedó en silencio la sala,
y a poco, en el corredor,
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.
Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo: -El capitán don Diego.-
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.
-Sois el capitán don Diego,
dijolo don Pedro, vos?-

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez:

-Yo soy.

-¿Conocéis a esta muchacha?

-Ha tres años, salvo error.

-¿Hicísteisla juramento
de ser su marido?

-No.

-¿Juráis no haberlo jurado?

-Sí juro.

-Pues id con Dios.

-¡Miente! clamó Inés, llorando
de despecho y de rubor.

-Mujer, ¡piensa lo que dices!

-Digo que miente: juró.

¿Tienes testigos?

-Ninguno.

-Capitán, idos con Dios,
y dispensad que, acusado,
dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,
o Inés, que le vio partirse,
resuelta y firme gritó:

-Llamadle: tengo un testigo.

¡Llamadle otra vez, señor!

Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:

-Tengo un testigo a quien nunca
faltó verdad ni razón.

-¿Quién?

-Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.

-¿Estaba en algún balcón?

-No, que estaba en un suplicio,
donde ha tiempo que expiró.

-Luego ¿es muerto?

-No, que vive.

-Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fue?
- El CRISTO de la Vega,
a cuya faz perjuró.-
Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:
-La ley, es ley para todos;
tu testigo es el mejor,
mas para tales testigos
no hay más tribunal que Dios.
Haremos.... lo que sepamos:
escribano, al caer el sol,
al CRISTO que está en la vega
tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores,
sus hojas plegando, exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.
Allá por el *Miradero*,
por el Cambrón y Visagra,
confuso tropel de gente

del Tajo a la vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón, Ibán de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás, monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega les aguarda,
cada cual comentando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote a la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos, de reajo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme,
y las mozas a la cara.
Llegado el Gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el CRISTO
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
oraron allí en voz baja.
Está el CRISTO de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
un notario se adelanta,
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.

A un lado tiene a Martínez,
a otro lado a Inés de Vargas,
detrás al Gobernador
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario a Jesucristo
así demandó en voz alta:

*«Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
¿juráis ser cierto que un día
a vuestras plantas divinas
juró a Inés Diego Martínez
por, su mujer desposarla?»*

Asida a un *brazo* desnudo,
una *mano* atarazada
vino a posar en los autos
la seca y hendida palma;
y allá en los aires, «SÍ JURO,,,
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa.....
los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio,
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando,
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón

el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada un año una vez,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.

△

Las dos rosas

En un escondido valle
hay todavía una torre
vecina al Carrión, que corre
de chopos entre una calle.
Castillo dicen que fue
poderoso, mas ya apenas
a través de dos almenas,
su ilustre origen se ve.
Tendidos sobre una altura
vense un torreón y un muro,
pero en montón tan obscuro,
que medrosa es su figura.
Brotan a sus pies sin respeto
espeso zarzal salvaje,
cuyo espinoso ramaje
vegeta al peñón sujeto.
Ya no hay ni mojón ni senda
que a su rastrillo conduzca,
ni puerta en que se deduzca
que hay dentro quien le defienda.
Allá por algunos trigos
que crecen en derredor,
de su ruina y su dolor
imperturbables testigos,
hay paredes que a pedazos
están mostrando que ayer
pudieran bien mantener
un pueblo sus rotos brazos.
Hoy en pajiza cabaña
vela un pastor el misterio

de aquel corto cementerio
que el agua del Carrión baña.
Allí una generación
duerme tal vez escondida.....
así de la amarga vida
las cosas frágiles son.
Sin curar de historias viejas,
al son de tosco estribillo,
él encierra en el castillo
por la noche sus ovejas.
El agua y el tiempo pasa,
y él no pasa de pastor;
pues no ha de ser su señor,
poco le importa la casa.
Al preguntarle qué fue
la techumbre a que se acoge,
hombros y labios encoge,
la mira y dice: «No sé.»
Los días que van pasando,
la colina gastarán,
y al cabo concluirán
el castillejo enterrando.
Entonces, ya de la historia
del edificio primero,
ni el pastor ni el pasajero
tendrán confusa memoria.
Apiñada en un hogar
en derredor de la lumbre,
desvelada muchedumbre
acaso la oirá contar.
Contarála un peregrino,
a quien tal vez por su cuento,
darán escaso alimento
para seguir su camino.
Y yo, que siempre miré
como un viaje nuestra vida,
por historia entretenida,
del olvido la saqué.
Si rebelde vuestra alcoba,
mal que pese a vuestro empeño,
os ahuyenta el blando sueño,

yo voy a entonar mi trova.
Escuchadla; y si al calor
os dormís de vuestra almohada,
de una noche sosegada
sois deudores al cantor.

El sol, del medio del cielo,
brillantes rayos despide,
que del Carrión reverberan
entre las ondas humildes.
Engrosadas van ahora
con las nieves que derrite
en las crestas de las sierras
con que Castilla se ciñe;
y entrambas riberas bordan
con duros hielos, que oprimen
los restos que dejó Mayo
de sus céspedes sutiles.
Altos y desnudos chopos
las orillas le dividen,
que al agua las ramas tienden
porque en el agua se miran;
y ellas ufanas pasando,
por la sombra que reciben,
con blando murmullo lamen
los troncos y las raíces.
Es un día puro y diáfano,
cuanto Diciembre permite
que en su mustia presidencia
el sol del invierno brille.
Alegre, cuanto alegrarse
es permitido a los tristes;
diáfano, cuanto la niebla
a un sol sin fuerza se rinde.
Y es un pueblecillo oculto
tras una peña, en que firme
estriba un alto castillo
que de protector le sirve.
Dos esquilones agudos
en disonante repique
el toque de mediodía

al aire en calma despiden,
y en medio están de la plaza
cuantos hidalgos la viven,
los sombreros en la mano,
inclinadas las cervices.
Las mujeres, apartadas
sus labores mujeriles,
esperan devotamente
que los hombres se santigüen,
Los muchachos, impacientes,
a hurtadillas se sonríen,
por más que les amonestan
los viejos que les imiten.
En un balcón de una casa
que más alto nombre pide,
por los roídos escudos
con que sus paredes viste,
por los vidrios que al sol dejan
que su interior ilumine,
y los calados de un arco
que mal al tiempo resiste,
hay dos personas que, vueltas
de espaldas al sol, impiden
que se alcance desde abajo
si recen o si platiquen.
Una es (con soles por ojos,
y por labios alelís)
la más hermosa villana
que con hidalgas compite;
Rosa nacida en el campo
entre zarzales y mimbres,
pero a quien ceden vencidas
las rosas de los jardines.
Ufanos la engalanaron
a porfía los Abriles,
con cuantas juntaron gracias,
uno tras otro hasta quince.
Diéronla negros cabellos,
cutis que afrenta a los cisnes,
dentadura igual y enana,
cuello torneado y flexible.

Orlan sus párpados blancos
largas pestañas sutiles
coronadas por dos cejas,
arcos que enojan al iris.
Cintura escasa, alto pecho,
pie breve, resuelto y libre,
y dos manos que semejan
ramilletes de jazmines.
Bellísima es la tal Rosa,
por más que el pueblo critique
el orgullo con que ostenta
sus encantos juveniles.
Las mozas, que se recata
de sus amistades dicen:
que es la inconstancia excesiva
con que desprecia a quien rinde.
Las viudas, que es demasiada
la libertad con que vive,
y muchos los forasteros
cuyas visitas admite,
y las viejas, de su madre
murmuran que las recibe
con audacia escandalosa
y confianza reprensible.
Mas Rosa y Brígida en ellas
con tan poca cuita siguen,
que si estos murmullos oyen,
se deleitan en oírles.
Por eso tan cortesano
baja don Bustos Ramírez
diariamente a su casa,
del castillo en que reside.
Barón altanero, y mozo
afortunado en las lides,
cuyas riquezas exceden
a lo ilustre de sus timbres,
dejó ha poco de la corte
la perezosa molicie,
las damas voluptuosas
y los ruidosos festines,
por la calma de sus tierras,

donde su presencia exigen
los negros ojos de Rosa,
que diz que en los suyos viven.
Es cierto que se susurra
que un mancebo que la escribe,
palabra de casamiento
tiene de ella, y que es difícil
que la renuncie si vuelve,
lo que es tal vez muy posible.
Mas don Bustos es manceba
de nobilísima estirpe;
Barón que manda vasallos,
quien escuderos sirven,
quien pajes acompañan,
a quien mucho el Rey distingue.
Es señor de horca y cuchillo,
rey en aquellos confines,
y a quien plebeyos e hidalgos
pecho y homenaje rinden.
Y no es otro el que con Rosa
sobre el balconcillo sigue
dando a la plaza la espalda
mientras que dura el repique.
Al fin, santiguado el monje
que el templo del lugar sirve,
cada cual tornó a su espera,
y a sus requiebros Ramírez.
Apoyado sobre el codo,
deja que el cuerpo se incline,
guardando tras una mano
una mejilla invisible;
y a favor de esta postura,
al pueblo curioso impide
que le aceche las palabras
que a la muchacha dirige.
En la expresión inefable
con que Rosa le sonrío,
bien se ve que, en vez de enojos,
satisfacciones recibe;
ni menos de sus palabras
el castellano se aflige,

pues cuanto ella más tolera,
más él confiado insiste.
Él platica: ella le escucha
sin que altanera le esquive,
y él más se la acerca osado
cuanto ella oyéndole sigue.
Hubo un instante de aquellos
que el amor llama felices,
que con el alma se sienten
y con el alma se miden,
en que los ojos de Rosa
tomaron indefinible
una ex presión que imitaba
el gozo en los serafines.
Brotáronle de ambos ojos
sobre los puros matices
de ambas mejillas, dos lágrimas
ardientes, irresistibles;
y apenas aparecieron,
cuando, rápido Ramírez,
secando una con sus labios,
así imprudente la dice:
-Mañana serás mi esposa
-¡Señor!
-Mañana.
-¿Es posible?
-Aquí mi palabra empeño.
Mañana es fuerza que brille
mi castillo con tus ojos,
con tu hermosura mi estirpe.
Bajó, esto dicho, a la plaza
el impetuoso Ramírez,
y al monje y al pueblo atento
estas palabras dirige:
«Esta noche pueblo y valle,
con hogueras se ilumine;
que redoblen los panderos
y las campanas repiquen;
que se remedien los pobres,
que se consuelen los tristes,
y todos a mis festejos

desde ahora se conviden.
Mis aparadores cerquen,
mis anchas cubas despiten,
mis tesoros se repartan
y se embriaguen con mis brindis.
Vasallos, de hoy por tres años
quedáis de tributos libres,
y de este modo mis bodas
se dispongan y publiquen.»
Rompió en aplausos la gente,
que su largueza bendice,
y los vivas se redoblan
y las gracias se repiten.
«Dádselas a la hermosura»,
dijo don Bustos Ramírez,
señalando a las ventanas
de donde ella le despide.
Y aplicando las espuelas
al negro potro que rige,
hace que en rápido escape
al parque le precipite,
Quedó aplaudiendo la plebe
agradecida y humilde,
y Rosa, aun en sus ventanas,
muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas después,
ya bien entrada la tarde,
la tierra entregada en brazos
de las nieblas impalpables,
de una lámpara de cobre
a los rayos desiguales,
leo Rosa unos pergaminos
que acaba de darla un paje.
Pasaban sus negros ojos
de orgullo y placer radiantes
de un renglón a otro renglón
sin apenas descifrarles.
Los labios lo sonreían,
y trémulos dilatándose
por lo bajo murmuraban

sonidos de cada frase.

Una caja de olorosa
madera tiene delante.
y de un cordoncito de oro
pende en su diestra una llave.

Dobló alegre el pergamino,
y agradeciendo el mensaje,
despidió al buen mensajero
y a voces llamó a su madre.

Subió la vieja asustada,
recelosa de algún lance
que en parientes o en amigos
la fatal carta anunciase;

mas apenas en el cuarto
puso los pies vacilantes,
Rosa, cerrando la puerta,

díjola palabras tales:

-Entrad. Nuestra es la fortuna:

de contento no me cabe
en el pecho el corazón,

ni atino cómo explicarme.

Brígida exclamó angustiada:

-¡Por Dios, muchacha, que acabes,
que tengo el alma en un hilo!

-Esta llavecita la abre.

-Pero ¿qué se abre?

-Esa caja.

-¡Válgame el cielo! ¡Diamantes!

-Sí, por cierto.

-Y ¿quién.....

-Es mía.

-¿Quién te la ha dado?

-Ese paje.

-¿De don Bustos?

-De don Bustos.

-Y tomarla es....

-Indudable.

Es el regalo de bodas
que el de Ramírez me hade.

-¡De bodas!

-¡Pues si me caso!

-¡Muchacha, vas a matarme
con tanto rodeo! ¡Acaba!
-¡Por Dios, que sois torpe, madre!
Si la caja es de don Bustos,
¿con quién queréis que me case
sino con él?
-¿Con tan alto
Barón piensas enlazarte?
-¿Qué me falta para ello?
¿No son mis ojos bastante
para que pueda mi frente
con su corona igualarse?
No soy hermosa?
-Eso sí.
-¡Oh! Y no porque yo me alabe;
pero si encuentra otra Rosa,
no digo yo en todo el valle,
sino en la corte, en España,
si la encuentra.... que se case.-
Y así diciendo, a un espejo
de reajo contemplándose,
desplegaba una sonrisa
que diera envidia a los ángeles.
Víala la pobre vieja
sin que apenas la bastasen,
para darla entero crédito,
ni su acción ni su lenguaje.
Rosa, en tanto, alta la frente,
los ojos de una a otra parte
inquietos y desdeñosos,
altivos los ademanes,
despreciando hosca y soberbia
cuanto en torno suyo trae,
la majestad ensayaba
que es forzoso que acompañe
a quien ha de ver un día
sus vasallos humillarse,
y hacer a la plebe grupos
para verla cuando pase.
Después de largo silencio
que duró por ambas partes

cuanto bastó a su esperanza
para alzar torres al aire,
y amasar en sus adentros
tan rápidas novedades,
a Rosa para engreirse,
a la otra para asombrarse,
asiéronse de la caja,
y dando vuelta a la llave,
atónitas empezaron
a gustar las realidades:
Allí ricos brazaletes
y diademas y collares;
allí amatistas y perlas,
cornalinas y corales;
probáronse los anillos,
las pulseras de brillantes.
No quedó nada por verse
ni nada por admirarse;
todo pareció a propósito
hecho para aquel instante;
todo era espléndido y rico,
nada pequeño ni grande.
-Esta guirnalda, decían,
para el día en que te cases.
-Sí; el collar por la mañana,
la diadema por la tarde.
-¡Linda estarás!
-Ya veréis
la vez primera que baje
a visitar a mi pueblo.
-¡Hechicera!
-¡Oh, admirable!
-Y ¿qué dirán esas ñoñas
de hidalguillas
-Dejad que hablen.
Ya me besarán la mano.
-Eso sí, por más que rabien.
-Se arañaran por un dije
si yo se le regalase.
-Mal hicieras.
-¡Ah, ni un hilo

para esas villanas, madre!-
Aquí llegaban gozosas,
cuando oyeron en la calle
un caballo que en la plaza
entraba a resuelto escape.
Paróse a su misma puerta,
sintióse después el grave
rechinar de los portones,
y volver luego a cerrarse.
-¡Él es!
-¿Quién?
-Don Bustos.
-¡Vaya!
-Pronto. Salid a alumbrarle.
Mandad que el potro le tengan,
que le piensen y descansen.
Y asiendo la lamparilla,
temiendo que el tiempo falte,
fuéase hacia la puerta Rosa
que hasta la escalera sale;
pero antes que al picaporte
la linda mano llegase,
abriéronla por defuera,
y con pena de hija y madre
entró, cubierto de lodo,
sangrientos los acicates
y armado hasta los bigotes,
su pariente Pedro Ibáñez.
Quedó estúpida la vieja;
tornóle Rosa el semblante,
y él, tendiéndolas los brazos,
dijo:-Yo soy; abrazadme.
Dejó la luz la muchacha,
y del mozo retirándose.
replicóle:-Bien venido;
pero has llegado muy tarde.

Asentados en silencio
en derredor de la mesa,
están Ibáñez y Rosa,
él triste, y mohína ella:

Rosa, los ojos clavados
en el techo, airada muestra
el disgusto con que a Ibáñez
en aquel punto contempla.
Y en vano del bello mozo
la vaga mirada inquieta,
las miradas de la ingrata,
porque se encuentren, acecha.
En vano tras de la lámpara
se ampara en la sombra negra,
y la ocasión esperando,
los ojos le reverberan.
En vano sobre el asiento
se revuelve y se impacienta,
haciendo a cada postura
que rechine la madera.
En vano, desenlazando
del almete las correas,
sacudió como al descuido
de la gola entrambas piezas.
En vano al asir la espada
tropezó con las espuelas,
y retumbó el aposento
en rápido son de guerra.
Rosa, ni por reprenderle,
ni por saludarle atenta,
sobre, el mancebo los ojos
bajó un instante siquiera.
De la habitación en torno,
de uno a otro objeto los lleva,
cual si fuese inventariando
todos cuantos hay en ella.
Viga a viga midió el techo,
listón a listón la estera,
contó al parecer los vidrios
de la alcoba y de las puertas,
los pliegues de su cintura,
las rayas que hay en la mesa,
y las líneas que sus manos
por ambos lados presentan.
Escuchó el silbar del cierzo

que revuelve la veleta,
el rumor de los que pasan,
la bulla de las hogueras.
Todo lo que no es Ibáñez
parece que la interesa;
hasta el son con que la lámpara
húmeda chisporrotea.
Pero el mozo allí se está
y arrobado la contempla,
y dos lágrimas de fuego
por las mejillas le ruedan.
Cansado ya de esperar,
y desesperado de ella,
dijola con voz tan blanda,
que contestaran las piedras:
-¿Qué es aquesto, vida mía?
Rosa, ¿qué mudanza es ésta?
Tú al partirme me llorabas,
¿y te enojas con mi vuelta? -
Rosa callando seguía,
y él siguió de esta manera:
-Heme aquí que vuelvo honrado,
más tal vez que lo merezca,
amigo de los valientes,
querido en la corte misma.
Pensé merecerte ahora,
y he conseguido licencias
para casarme contigo
y alejarme de la guerra.-
Rosa callando seguía
como a quien oír le pesa,
dando entre las blancas manos
a los ceñidores vueltas.
Ibáñez, apenas dueño
de su rebelde paciencia,
entre ofendido y colérico
aguardaba una respuesta,
hasta que viendo que Rosa
toda agotársela intenta,
con sordo acento la dijo,
celosos ojos tendiéndola:

-Si las nuevas que hube tuyas
cuerto estimase por ciertas,
¡vive Dios que no tornara,
Rosa ingrata, para verlas!
Si pensara yo que imbécil
el oro te enloqueciera,
trajera cuanto mi lanza
para los cobardes deja;
y si que ansiabas supiese
honras de vana nobleza,
prendiera yo al condestable,
y conde o marqués volviera;
pero yo te quise, Rosa,
aunque altiva, no opulenta,
y pensé que por valiente
simple hidalgo me quisieras.-
Rosa a este punto, dejando
el sillón en que se asienta,
dijole:-Ibáñez, dejemos
semejantes controversias:
si te quise y no te quiero.....
-¡Por Dios vivo!....
-Ten la lengua.
Mañana mismo me caso;
y por súplica postrera
espero que de este pueblo
partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,
liviana....., cuanto tú quieras,
pero lo tengo pensado
y estoy, Ibáñez, resuelta.
-Pero.....
-Tu empeño es inútil.
Mi voluntad es aquésta.
-Y tus votos....
-Fueron falsos.
-Y tus caricias.....
-Quimeras.
-Y ¡tantos años perdidos
en ilusiones risueñas!
¡Tantos sudores y afanes!

¡Tantos peligros por ella!
¡Virgen santa, yo deliro!
¿Qué infernal visión es ésta?
Porque a juzgarla posible,
tanto tiempo no viviera-
Y así Ibáñez exclamando,
se asía de las melenas,
desencajando los ojos
como a quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano,
caminando hacia la puerta,
miraba el dolor de Ibáñez
con expresiva impaciencia.
En esto, en el aposento,
la faz amante, risueña,
el ferreruelo forrado.
de blanca y crujiente seda,
dorado estoque, y de plumas
linda gorra en la cabeza,
entró don Bustos Ramírez
en apostara altanera.
Linda Rosa..., dijo; y viendo
a Ibáñez que le contempla
con ojos entumecidos,
tornó la vista severa.
Rosa, apresurada, dijo:
*-Es un pariente que llega
de la ciudad.*-Y don Bustos
prosiguió así: -Norabuena.
Seáis, hidalgo, bien venido:
asistiréis a la fiesta,
y recibirán mis bodas
honra con vuestra presencia.-
Tendió al soldado la mano,
y él, sin mirar lo que hiciera,
con el recio guantelete
la suya al Barón presenta.
La asió don Bustos y dijo:
-A no saberlo, creyera
que fuera, en vez de amistad,
de roto esta mano prenda

Miróle Ibáñez un punto,
y en insondable reserva
velando el gesto, repuso:
-Tomadla como os convenga.
Y tornando las espaldas,
tomó a obscuras la escalera.

De brindis y carcajadas
estrepitoso rumor
Se levanta de don Bustos
en un inmenso salón.
Alúmbranle mil bujías
suspensas en derredor,
entre guirnaldas de flores
que hábil mano entrelazó
Vistiéronle de tapices
exquisitos en valor,
y cubriéronle de alfombras,
de un califa regio don.
En ricos aparadores
remeda la luz del sol
vajilla espléndida de oro
de magnífico primor.
Rueda el cristal por la mesa,
y en no interrumpido son
gotea de vaso en vaso
dulce y sabroso licor.
La fiesta es libre, opulenta,
porque pródigo el Barón,
a todo el pueblo de Rosa
bodega y festín abrió.
Es cierto que a los principios
el respeto a su señor,
conteniendo a los vasallos,
las lenguas les refrenó;
mas al fin, de los manjares
el succulento vapor,
la libertad y la audacia
a los villanos volvió:
alzaron desordenados
una voz sobre otra voz,

un brindis sobre otro brindis.
Crecía la confusión,
aumentábase el tumulto,
y con disorde clamor
cruzaban de una a otra punta
osada conversación.
Ocupaban los hidalgos
en la parte superior
escaños de terciopelo,
casi a los pies del Barón;
y éste, más alto, con Rosa
usaba otro aparador
bajo un dosel de brocado,
do se ostenta su blasón.
Pajes les sirven; doncellas
les escancian el licor,
y el contento les atiza
la insolencia del bufón.
Al testero de la mesa,
y en preferente sillón,
está el capellán sentado,
y síguele luego en pos
el ilustre Ayuntamiento
en gregüescos y en jubón.
Enfrente, entro otros hidalgos,
en ademán pensador,
se ve al serio Pedro Ibáñez,
que bocado no gustó.
Hinchados tiene los ojos,
los cabellos sin olor,
la espada y la daga al cinto,
y el duelo en el corazón.
El resto ocupan sin orden
los que, de Busto a la voz,
el mejor sitio encontraron
al entrar en el salón.
Los que en aquél no cupieron,
acomodarlos mandó
en otra mesa tendida
en un largo corredor,
y allí gritan y disputan,

harta apenas su ambición
con los sabrosos manjares
que devoran sin temor.
Toda la fiesta es tumulto,
todo murmullo el salón,
todo embriaguez y locura
los vasallos y el señor;
y a pesar de los secretos
con que a la conversación
dan impulso las mujeres,
murmurando a media voz,
Rosa está linda, hechicera,
como jamás se mostró
caprichosa su hermosura,
vertiendo gracia y amor.
Mirándose está en sus ojos
el fortunado Barón,
olvidando ante su amada
cuanto hasta entonces gozó.
Y ella, radiante de orgullo,
alimenta en su ilusión
los hechizos que le embriagan,
con estudiado primor.
Con lujosos atavíos
astuta se engalanó,
que acrecientan el deseo
del turbado corazón.
Guirnalda de blancas perlas
a sus cabellos ciñó;
escotado hasta los pechos,
bordado de oro, el jubón;
el cuello, de marfil, orla
collar de bajo color,
del que pende, de brillantes.
la señal de redención;
y están sus brazos desnudos,
cuyo brillo tentador
ostenta en sus movimientos
exquisita perfección.
Don Bustos, a quien anima
la eficacia del licor,

decía en son de mandato,
fuerza añadiendo a la voz:
-Agotadme las bodegas,
que si dejáis ¡vive Dios!
una gota, habéis de hacerme
de todo restitución.
A eso os llamé a mi castillo
y a mis fiestas, que si no,
conforme me caso solo
gozara solo. -Al rumor
de estrepitosos aplausos
estremecióse el salón,
y por sobre el ronco ruido,
así don Bustos siglió:
-¡Eh! Don Pedro, mi pariente,
Capitán, ¿que os hacéis vos?
¿Estáis enfermo, o acaso
os dijo algún impostor
que el mayordomo, envidioso,
mis cubas envenenó?
Si tal pensáis, os ofrezco
completa satisfacción.
Y a propósito.... -Así hablando,
su inmensa copa apuró.
Tornaron las carcajadas,
los aplausos, y el Barón,
encarado aún con Ibáñez,
en voz de mofa siguió:
-Puesto que vos no habéis hecho
a mis venenos honor,
os encargo que si muero
me enterréis como a quien soy.
Volvieron a los aplausos,
y a tan tumultuoso son
asomaron por la sala
las gentes del corredor,
que aumentaron el desorden
preguntando en pelotón:
-¿Qué es aquesto?
-Entrad, amigos,
don Bustos ronco clamó,

veréis un anacoreta.....
¡Por la cruz del Redentor,
capitán, brindad conmigo
a mi venturosa unión....!-
Ibáñez la inmensa copa,
levantándose tomó,
mostrando el sombrío gesto
más que contento, furor;
y afectando complacerse,
-Brindemos...., dijo, Barón-
Mas don Bustos, atajándole
el brindis, le interrumpió:
-A mi embriaguez de esta noche,
que me emborracho por dos.-
A estas palabras de Bustos,
de emponzoñada alusión,
Ibáñez, soltando el vaso,
cayó, vertiendo el licor.
-¡Bravo! ¡Sin haber bebido,
el sueño le acogió!
Capitán, ¡voto a mi sangre,
que sois un mal bebedor!
Seguía Ibáñez tendido
de espaldas en el sillón,
cogidos todos sus miembros
de congojoso temblor.
Mofáronle los villanos,
el gesto Bustos frunció,
palidieron las mozas,
y en visible turbación,
Rosa sobre el blanco pecho
pálida la faz dobló.
Don Bustos, rompiendo un vaso,
alzó iracundo la voz:
-¿Os pesa, por vida mía,
Capitán, mi dicha a vos?
Alzóse sobre su asiento,
y el pueblo entero calló,
porque los ojos de Bustos
centellaban de furor;
temblaba en su escaño Rosa,

y así decía el Barón:
-Brindad, capitán, conmigo
a mi boda, o ¡vive Dios,
que esta noche mis lebreles
os desgarran el jubón!-
A tan brusco llamamiento,
Pedro Ibáñez requirió,
poniéndose en pie, su espada,
con semblante tan feroz,
que oyóse entre las mujeres
un ¡ay! sordo de pavor,
y a sus espaldas la turba,
cobarde retrocedió.
Don Bustos Ramírez, puestos
ambos pies en su sillón,
la izquierda sobre la mesa,
que al recibirle crujió,
mirábale de hito en hito;
y el áspero ahogado son
que le hervía dentro el pecho,
el borrascoso color
de sus ojos, la melena,
que le cuelga en confusión,
uniéndose con la barba,
que le cerca en derredor
todo el rostro, lo semejan
a un formidable león
que acecha sobre una roca
la vida del cazador.
Pedro Ibáñez, frente a frente,
sin muestras de turbación,
fijó en sus ojos los ojos
y a la lid se apercibió.
Pasó un momento angustiado
en que nadie de los dos
con movimiento o palabra
la contienda provocó.
La turba tenía ahogado
el aliento de terror,
y de ambos podía oirse
el latir del corazón.

Al fin don Bustos, en hondo
gemido, torvo exclamó,
-Brindad, hidalgo, a mis bodas,
y os juro a mi salvación,
que en la escarpia de una almena
os ahorco como a un traidor.
Ibáñez, a estas palabras,
como una tigre veloz
saltando sobre la mesa,
ligero, una copa asió.
De un paso salvando el trecho
que le aparta del Barón,
-Brindemos, dijo.
-A esta noche,
Bustos repuso; a mi amor.
-A mi cabeza, don Bustos,
que clavada en un lanzón,
os recuerde a todas horas
toda una noche de amor.
-¿Es un insulto?
-Es un brindis.
¿No le aceptáis?
-Sí, ¡por Dios!
Bebed, y aquesa cabeza
sea la última ilusión
que alcancen a ver mis ojos,
de mi féretro en redor.
-¡Sea!
-¡Sea! -Y afirmando
tan sacrílega intención,
todo el licor se sorbieron
de un solo trago los dos.

Está la noche serena;
melancólica la luna,
reverbera en la laguna,
y manso el aire resuena.
Murmura en la parda sombra
inquieto el Carrión pasando,
con limpios hielos orlando
del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera
ni césped, ni flor, ni espiga,
que brote a la sombra amiga
de alguna encina altanera.
Todo el campo es soledad,
silencio y vapor confuso,
que en todo el invierno puso
viudez y esterilidad.
Vese a lo lejos la sierra
como aparición extraña,
que en la escarpada montaña
la nieve esconde la tierra.
Y entre las breñas se escucha
la ronca voz del torrente,
cuyo ancho raudal rugiente,
conquistando espacio lucha.
Tal vez del mastín atento
resuena el tenaz ladrido,
oliendo el lobo escondido
que acecha el redil hambriento.
Al pie de la alta colina
yace el lugar solitario,
acogido el vecindario
al corro que le domina.
Sobre él, el negro castillo
de don Bustos se columbra,
del astro de paz que alumbra
al resplandor amarillo.
Y aun vomitan sus ventanas,
en confusión infernal,
las cantigas que, profanas,
respira la bacanal.
Aun puede oirse por ellas,
con el brindis del Barón,
el seco y disorde son
del vino y de las querellas.
Viénense allí a dibujar,
con la luz de las bujías,
mil medrosas fantasías
espantosas de mirar.
Y los vidrios de colores

radian en la lobreguez
la movible brillantez
de fugaces resplandores.

Al pie del áspero muro,
inmoble en la sombra está,
contemplando las ventanas
con desesperado afán,
torvo el semblante y lloroso,
sin apenas alentar,
el triste y burlado Ibáñez
en insufrible ansiedad,
Crispados tiene los puños,
desencajada la faz,
y el cuerpo todo acosado
de una convulsión mortal.
Vese en el húmedo ambiente
su aliento a veces vagar,
como sombras que, brotando,
-viven un punto no más.
Por los espesos bigotes,
filtrando el rocío va,
y mojándolas, sus ropas
azota el aire fugaz.
Amante desventurado
y desdeñado galán,
está en su mente midiendo
la infinita eternidad.
Porque, ¿qué vida le aguarda
ni qué vida ha de esperar
quien no halla en sus negros días
más que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
tanta ilusión celestial,
tanta esperanza engañosa
perdida en la realidad;
tantos afanes por ella,
tanto sufrir y lidiar,
mirando la luz lejana
de un mentiroso fanal,
que fue tan sólo el reclamo

que anunció un puerto falaz,
para mirarle más cerca
engañado zozobrar.
¿Dó están las fragantes flores,
las bendiciones dó están,
con que el amor deliraba
en la juvenil edad?
El fue a la sangrienta guerra
como valiente, a buscar
premio y fortuna de hidalgo,
de que se sintió capaz.
Pródigo vertió su sangre,
de su vida sin piedad,
por volver ante su Rosa
digno de su amor fatal;
y ella, en tanto, deslumbrada
o acaso liviana asaz,
en los brazos de otro dueño
se dispone a reposar.
¡Oh! ¡Que esas risas confusas
que oye a través del cristal,
desde el infame castillo
a la atmósfera brotar,
le parecen los aullidos
con que una turba infernal
aplaude atroz los tormentos
que alambica Satanás.
Ellos, celebrando alegres,
en ruidosa bacanal,
el bien que en despecho eterno
infeliz él llorará;
ellos, brindis y cantares,
y amor y felicidad;
y él, lágrimas y dolores
que nunca se acabarán.
¡Oh! Y cobarde aunque ofendido,
resignado dejará,
aunque él su ofensa no olvide,
que la olviden los demás.
Mas ¿qué escucha el desdichado
con esa atención tenaz,

que hacia delante tendido
al borde del foso está?
Los ojos lo brotan fuego,
creciendo el aliento va,
y atenazados los dientes,
déjanle apenas lugar.
Calmado el rumor lejano
de la impura bacanal,
oyóse un canto dulcísimo
en el salón murmurar.
Era una voz amorosa
y de enloquecer capaz
al corazón más hundido
en torpe incredulidad.
Del arpa del trovador
al misterioso compás,
suena a pedazos, perdido
en la distancia, el cantar.

«Mi vida, Busto, y mi alma
no tengo en ni; mano yo;
no tengo qué darte, Busto,
sino cuanto guarda de fe el corazón.
«Yo te lo doy todo entero;
vida y alma vuelva a Dios
cuando le plazca, y tú, Busto,
hasta a mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron
largos aplausos sonar,
que estremecieron el aire
en prolongada espiral.
Ibáñez, como viajero
que harto ya de caminar
se sienta a buscar reposo
donde ha de abrirse un volcán,
retrocedió de aquel canto,
al desgarrador compás,
despierto a la voz de Rosa
su mal adormido afán.
«Dale, ya que está en tu mano,

¡ingrata! ese corazón,
dijo, y el alma y la vida
que vuelvan torpes a Dios;
dásele, que por un soplo,
con que tornaros carbón,
toda el alma y media vida,
a Satanás diera yo.»

Y a questo diciendo Ibáñez
en agonía mortal,
revoleábase en la arena
hiriéndose sin piedad.
Lanzaba del hondo pecho
bramido tan gutural,
tan feroz, que aun a las fieras
alcanzara a amedrentar;
y dijeran, escuchando,
el ruido que, haciendo está,
que luchaba alguna de ellas
con otra en la obscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna
del vago cielo en el espacio azul,
sombra dejando y niebla que importuna,
mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja,
deshaciéndose en gotas de cristal,
y cada espino que aquilón rebaja,
perlas por fruto transparentes da.

En confusa ilusión todo se ostenta
en la estéril llanura del país,
entre el velo de nieblas que se aumenta,
cual pabellón colgado del cenit.

Allá en un valle do la niebla impura
tarde se posa, el rápido Carrión,
frágil rodando, en soledad murmura
con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salón se mengua

la báquica algazara del festín,
torpe tal vez con el licor la lengua
cuyo peso no alcanza a resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido
el brindis tumultuoso del Barón,
con el cantar de Rosa entretenido
y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja
de alguna sombra la ilusión fugaz,
como al conjuro de andrajosa bruja,
el diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibáñez todavía,
lanza celoso en iracunda voz
los ayes postrimeros de agonía
con que se extingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
sanguinosa, alumbrándole al morir,
su negra antorcha vigorosa inflama
la venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida
mil fantasmas de impúdico placer,
que embellecen sin fin la ajena vida,
la suya desgarrándole a la vez.

La imagen del altivo castellano
entre sus sueños por doquiera está;
doquier del sueño entro el tumulto vano,
amor se juran, ósculos se dan.

Doquier en ellos, de su ingrata Rosa
la blanca sombra que la esquiva ve,
a otra fantasma presentando ansiosa
los labios, que arden de amorosa sed.

«¡Maldita, entonces desolado exclama,
maldita seas, infernal visión!»

Y el llanto que en su cólera derrama,
la hoguera apaga del antiguo amor.

«¡Oh! ¿Qué me importa, el infeliz decía,
tarda opulencia y mentirosa prez,
si la mitad de la existencia mía
nunca con ella dividir podré?

«¡Venga el infierno, y por la vida y alma
mi venganza me dé, si no mi amor!
Por ese instante de sangrienta calma,
lleve el infierno cuanto fue de Dios.»

Más se espesaba cada vez la niebla,
menos radiaba en derredor la luz,
el aura de honda obscuridad se puebla,
nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
cual rayo de relámpago fugaz,
creyó Ibáñez que viera por delante
la sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
sensible solamente a la visión,
como reflejo que sombrío lago
de un fuego fatuo a la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
no necesita luz para nacer,
cual nube que en el éter va perdida
sin auxilio de plumas ni de pies.

Los ojos no conciben su contorno,
no reducido a forma aquel vapor;
tal vez en él deformidad y adorno,
galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
por el húmedo suelo al resbalar,
mas sintió el corazón sin el oído

del triste ser la intermediación fatal.

Tocóse Ibáñez la ardorosa frente,
y la ancha mano se iriundó en sudor:
razón y ayuda demandó a su mente,
y no estaba en su mente su razón.

Tendió la mano a la segura tierra,
el cuerpo que vacila a sostener,
y en vez del césped, en sus dedos cierra
áspero hierro que se aprieta a él.

En vano, abierta la medrosa mano,
le abandona a su propia gravedad;
las palmas hacia sí retira en vano:
siempre tras ellas el objeto va.

Ásela al fin, le oprime: es una llave.
¿Quién en aquellos sitios la perdió?
¿Un peregrino? ¿Un trovador? ¡Quién sabe!
Tal vez del cinto la perdió el Barón.

Ibáñez la guardó. Siniestro y lento
era su paso, y tardo el caminar;
parecía que el solo pensamiento
empujaba a la muerta voluntad.

Él tenía un secreto repentino
que jamás hasta entonces comprendió;
sólo en la mente le abortó el destino,
no lo supo jamás el corazón.

Ibáñez ni se acuerda ni lo sabe,
que con su mente su intención no va;
sólo percibe que al llevar la llave,
crece en el pecho vengativo afán.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
ignora acaso su intención cuál es;
mas ni dada a la par ni se arrepiente

de lo que llegue a consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro
en una grieta de la peña está,
metió la llave, y recediendo el muro,
postigo oculto le convida a entrar.

Hundióse Ibáñez por el muro hendido,
silencioso, sombrío, audaz, traidor,
como un remordimiento mal dormido
entra en el descuidado corazón.

Quedóse en soledad el campo mudo,
y entre la lobreguez tomóse a oír
la voz del aquilón salvaje y rudo,
y el murmullo apagado del festín.

Quien mirara a Pedro Ibáñez
ir caminando a deshora
por las cuevas del castillo
al resplandor de una antorcha,
erizados los cabellos,
la faz amenazadora,
los pasos desatentados,
creyérale alguna sombra
que alzando de su sepulcro
la fría y maciza losa,
de Dios a los vivos trae
sentencia exterminadora.
Sus lentos pasos retumban
por las olvidadas bóvedas,
y de una en otra perdidos,
cual gemidos, se prolongan.
En las grietas de las piedras,
las arañas hiladoras,
al resplandor de la luz
los negros cuerpos asoman,
y la inflexión de la llama
que vacilante y dudosa
reverbera por los muros,
que viste tiniebla lóbrega,

fantasmas de luz se pintan,
cuya aparición diabólica,
en el punto que se muestra
vuelve a perderse en la sombra.

En cada rincón obscuro
en que la vista, se posa,
parece que amedrentadas
quimeras le desalojan.

A cada puerta o esquina
que se pasa o que se dobla,
parece que allá a lo lejos
vuelan en fúnebre tropa.

Todas las manchas y bultos,
rostro y movimiento toman,
y ya miran, ya amenazan,
ya ríen, temen o mofan.

Visiones descoloridas
que el alma crédula aborta
en la niñez, atacada
de fábulas mentirosas.

A pasos lentos Ibáñez
caminando incierto, topa
ancho salón embutido
de madera hasta la bóveda.

Allí, de pez y de plomo
y materias resinosas,
inmenso almacén juntaron,
que para defensa propia
en tiempos tan turbulentos,
precaución ninguna sobra.

Como obedeciendo Ibáñez
a oculta causa imperiosa,
o de antiguo pensamiento
a la fuerza tentadora,
debajo los combustibles
metió resuelto la antorcha.

Brotó la seca madera
espesa, turbia y sonora
nube de volátil humo,
con que el fuego se corona.
Cerrando entonces la puerta,

Ibáñez a tientas toma
la ruta por donde vino,
hasta una escalera rota.
y en lucha áspera y difícil,
asaltando una tras otra,
llegó a la torre en que Bustos,
señor del castillo, mora.
Era una torre capaz,
circundada a la redonda
de un terrado que rematan
las almenas protectoras.
A su amparo, y defendidas
de exterior ofensa, toman
la luz dos anchas ventanas
que rejas robustas orlan.
Corrió Ibáñez a una puerta
una barra ponderosa
que impide abrirla por dentro,
y la faz pálida y torva,
asiéndose de una reja,
por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
de la multitud curiosa,
que grosera e imprudente,
hasta cuando aplaude estorba,
en delicioso retiro
Rosa y don Bustos a solas,
de sus amores platican
en su cámara ostentosa.
Ella aparece cual nunca
halagüeña y seductora,
suelto el cabello y los lazos,
aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
en ilusión amorosa,
más que nunca embebecido
en las gracias que la adornan.
Ella en silencio le mira,
y las lágrimas le borra
que de amor y de esperanza

de los párpados le brotan.
Él los labios encendidos,
la mirada borrascosa,
que aun turba el licor ardiente
cuyos vapores le embotan.
Y ella, con ósculos tiernos
templando la abrasadora
sed de sus labios, lo besa
entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
que entera cubre la alcoba,
vela a los profanos ojos
la escena voluptuosa,
aunque la luz de una lámpara
cuanto olvidada traidora,
trémula dibuja en ella,
si no los gestos, las sombras.
Si los ojos de un celoso,
cuando las dudas le acosan,
pudieran salvar los muros
en las alas de su cólera,
bien pudieran los de Ibáñez
hacer jirones ahora
la impertinente cortina
en donde atento los posa.
Dos barras de la ancha reja
ase, que casi las dobla,
y los ojos de serpiente
se le saltan de las órbitas.
Sin perder línea ni pliegue
de la tela tembladora,
sigue el movimiento fácil
de las proyectadas sombras.
Y ajenos de aquel testigo,
Bustos Ramírez y Rosa,
sus amorosas caricias
en la soledad redoblan.
Crujían los blandos besos
en la morada recóndita,
y afuera, del triste Ibáñez
las aspiraciones roncadas.

A cada amante palabra
que en el aposento brota,
responde en la oculta reja
una blasfemia espantosa;
y entretanto que uno sufre,
y libres los otros gozan,
doblar se oyó la campana,
que a fuego y rebato toca.
Interrúmpese el placer,
y el sufrimiento se corta,
y el que antes gozaba, sufre,
y el que antes sufría, goza.
Al ronco empuje del cierzo,
que con dobles alas sopla,
crece el incendio y revientan
la llamas devastadoras.
Caen las techumbres de cedro,
las almenas se desploman,
estremécense las torres,
y se derumban las bóvedas.
Cada sala es una hoguera,
cada ventana una boca
que humo y resplandor vomita
y brama en tormenta sorda.
Envano piden de dentro
que en su angustia les socorran;
en vano aterrados gritan,
gimen, blasfeman ú oran;
sordos están cielo y tierra;
denso el humo les ahoga,
y con el son del incendio
sus lamentos se sofocan.
De aquella terrible hoguera
a la trémula luz roja,
se ve de los campesinos
la turba triste y medrosa,
como viajeros curiosos
que contemplando se asombran
una erupción del volcán
que fuego y peñascos brota;
y allá, del Carrión humilde

a la margen de las ondas,
Ibáñez también lo mira
con indiferencia torva.
Apoyado está en un tronco,
asida una mano a otra,
y en una almena los ojos
que ruina amenaza pronta.
Al fin de afanosa lucha
desesperada y dudosa,
cayó en el foso la almena;
y tras de la piedra rota
quedó una ventana, en donde,
como ilusión dolorosa,
los brazos al cielo tienden
por la reja dos personas.
No se sienten sus lamentos,
ni se alcanza de su forma
más que la expresión horrible
en su profunda congoja.
Llamas voraces los cercan
en irresistible tropa,
de cuya rabia es inútil
implorar misericordia.
La inmensa torre rodean,
puertas y muros devoran,
y ¿cómo esperar perdón
de quien ni piedras perdona?
Una llamarada inmensa
la cerró en sus pliegues toda,
y se borró para siempre
la aparición congojosa.

Dejó la ribera Ibáñez,
y al despuntar de la aurora,
a todo escape, en un potro,
valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio
que ocupa en Valladolid
el rey don Juan el segundo,
-ya de su reinado al fin,

están recordando alegres
su antigua amistad pueril
dos bizarros cortesanos
en oculto camarín.
Y en el continuo abrazarse
y en el continuo reír,
se ve que en hallarse tienen
satisfacción infantil,
y que cada cual se goza
la ajena historia en oír,
como en recordar la suya,
tal vez triste para sí.
Están en el propio punto
en que, de entrambas al fin,
tornan a identificarse
y su gozo a repetir.

DON RODRIGO

Conque ¡voto a Belcebú!
aquel antiguo soldado
que tanto lidió a mi lado
por mejor causa, eres tú?

IBÁÑEZ

Yo mismo sin duda alguna:
aquel Ibáñez soy yo.

DON RODRIGO

Mucho a entrambos acudió
compasiva la fortuna.

IBÁÑEZ

Compáranla a una veleta
por tan inconstante ser.

DON RODRIGO

Dejara de ser mujer
fortuna, a no ser inquieta.
Mas otro abrazo me da,
que aun dado si estoy soñando.

IBÁÑEZ

Abrazos te iré yo dando
si éste te despertará.

DON RODRIGO

Mas ¡por Dios! que rico te hallo,
Ibáñez, y, a lo que veo,
no ayudó mal tu deseo
tu lanza con tu caballo;
pues si no me acuerdo mal,
era tu única riqueza.

IBÁÑEZ

Expatrióse mi pobreza
merced al favor Real.
Dijeron de mi valor

DON RODRIGO Cual ella me, fue obligada,
por mi gente me intereso.
Pero bien está, y responde:
¿En qué tu amor se quedó?
¿En humo se disolvió
con el resplandor de Conde?

IBÁÑEZ El antiguo, hace seis años
humo es, como bien has dicho;
que vienen tras un capricho
un millón de desengaños.
Pero hoy.....

DON RODRIGO Oyéndote estoy,
concluye. ¿Por de'eontado,
que estarás enamorado?

IBÁÑEZ Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO ¿Será hermosa?

IBÁÑEZ Como un oro.

DON RODRIGO ¿Niña?

IBÁÑEZ Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO Pues ya no la falta más
que ser rica como un moro.

IBÁÑEZ Lo cierto en ello no sé;
pero en la corte introdujo
su llegada tanto lujo,
que casi escándalo fue.

DON RODRIGO Pues ¡por Dios, que la fortuna
no se cansa en tu favor!
Pero tendrás de su amor
prendas que.....

IBÁÑEZ Indignas, ninguna.

DON RODRIGO Pero ¿rivales un ciento?

IBÁÑEZ No, por cierto, mi Rodrigo,
yo solo soy quien consigo
finezas y valimiento.
Es cierto que no hay barón,
hidalgo, conde o marqués,
que no rindiera a sus pies
su fortuna y su blasón.
No hay trovador ni galán
que en cantares y torneos

no se exceda en galanteos
a Rosa de Montalván.
Todos los ojos en ella
detiene la multitud,
porque tiene de virtud
cuanto de rica y de bella.
Mas ella, por importunos
acredita sus festejos:
todos los ojos, de lejos
la gozan; cerca, ninguno.
Y te aseguro en verdad,
que aunque la amo como un loco,
no estimo, Rodrigo, en poco,
por ello mi vanidad.

DON RODRIGO

De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibáñez, envidioso;
y más estoy de orgulloso,
cuanto más feliz te miro.
Mas ¿quién es esa hermosura
tan sin tacha de mujer?

IBÁÑEZ

No pude tanto saber.

DON RODRIGO

Pues a fe que es aventura.

IBÁÑEZ

Porque nada se concilia
de haber nacido en la Galia,
y en Aragón y en Italia
tener hacienda y familia.
Su apellido es castellano,
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO

Y pienso que también es
hasta francés é italiano.
Pero, pues es rica y bella
y os amáis los dos así,
tanto es ella para ti,
como eres tú para ella.
Cuando estemos más a espacio,
Pedro, me la mostrarás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás.
que ha de venir a palacio.
Por mujer la he de pedir,
y esta noche he de saber
si puede y cómo ha de ser,

que ella me lo ha de decir.
DON RODRIGO ¿Tan pronto?
IBÁÑEZ Estoy decidido..
Tanto en sus ojos me abraso,
que este mismo mes me caso
si consiente en lo que pido.
DON RODRIGO Prodigio será en lo bello,
según de perdido estás.
IBÁÑEZ Esta noche la verás
y decidirás en ello.
Entretanto, hasta después,
que el Rey sale.
DON RODRIGO Vete en paz,
y que en verla habré solaz
no te olvides.
IBÁÑEZ Adiós, pues.
Tomó Ibañez la escalera
que daba al cuarto del Rey
sin que Rodrigo los ojos
un punto apartara de él.
Doblóse detrás de Ibañez
la mampara en la pared;
el ruido de sus pisadas
se acabó al fin de perder,
y aun le parece que le oye,
que le abraza y que le ve;
tanto el encuentro de Ibañez
fue a don Rodrigo placer.
Pasaron unos momentos
en que, perdido tal vez
en recuerdos deliciosos,
quedó distraído en pie,
los ojos en la mampara
que cerró al salir aquél,
y una sonrisa en los labios
de verdad y sencillez.
Al fin, soltando un suspiro,
exclamó, el rostro al volver:
«¡Por la Virgen, que me alegro!
¿Quién lo imaginara de él?»
Por la plaza de San Pablo,

ya bien entrada la noche,
del palacio Real volviéndose,
van platicando dos hombres;
y a la luz que reverberan
dos moribundos faroles,
aunque no se ven sus rostros,
sus figuras se conocen.
A corto trecho delante,
y a lentos pasos, recorre
vía igual una litera
seguida de dos hachones;
y entre las verdes cortinas,
a los rojos resplandores
se divisan dos mujeres
sentadas en los sillones.
Atravesaba todo ello
por la obscuridad informe
como de los sueños pasan
fantásticas las visiones.
Y en los criados que alumbran,
y en los oscuros colores
que viste la comitiva
de las cortesanas nobles,
un no sé qué se trasluce
de rápidas precauciones,
que todo parece envuelto
en invisibles vapores.
Al reflejo de las luces
se ven los rostros inmóviles,
los ojos cristalizados
de los negros servidores.
Y algún crédulo dijera
que en tal misterio se esconde
un cumplimiento severo
de las celestiales órdenes.
Mas fuera vano temor
de la ilusión de la noche,
porque entrados en un patio,
los hidalgos se disponen
a recibir a las damas,
a quien parece que rondan,

según del alcázar fueron
detrás de ellos hasta entonces.
-¡Rosa mía! exclamó el uno,
prestando, en los escalones
primeros, el brazo a una,
al parecer la más joven.
-Estáis, don Pedro, servido,
ella pronta respondióle,
abandonando en las suyas
una mano que él recoge.
Mi madre consiente en ello,
y excusando dilaciones,
en vos está la tardanza.
-Porque tal dicha se logre,
perdiera cuanto poseo.
Sueño parece esta noche
que no he de olvidar jamás.-
Aquí a los anchos salones
llegaban de su palacio,
en cuyos ricos primores
es bien que, audaces los ojos,
se admiren cuando se posen.
De finísimos tapices
toda la sala vistióse,
mullida en el pavimento
alfombra de vivas flores.
Candelabros de oro y plata
por las mesas y rincones,
y vajillas y preseas
doquiera en aparadores.
Rosa y don Pedro, sentados,
esperaron a que torne
don Rodrigo, que acompaña
a la madre desde el coche,
delante una chimenea,
cuyos morillos de bronce,
teniendo están, disolviéndose
en ceniza, medio roble.
Entre las llamas volubles,
lanzan los rojos tizones
chispas que, naciendo espléndidas,

desaparecen veloces.
El humo elástico asciende
en espirales deformes,
despedido por las llamas,
que brotan a borbotones;
y por doquiera que el tronco
lentas o voraces orlen,
hierve la savia que mana,
resistiendo sus furores.
Entró por fin don Rodrigo,
y apenas Ibáñez vióle,
tomándole de la mano,
delante Rosa le pone.
-Ésta es mi esposa, le dijo.
Alzó Rodrigo la noble
frente, y la beldad de Rosa
viendo, en verdad asombróse.
Saliéronse del salón,
y al cruzar por los portones,
a Rodrigo que lo sigue,
Pedro Ibáñez preguntóle:
-¿Qué te parece de Rosa?
¿Otra más linda conoces?
-¡Por Dios, contestó Rodrigo,
que no la hay entre los hombres!
Y así permitan los cielos
que tantos años la goces,
como ella tiene de deudas
a los cielos de favores.

Era Rosa de célica hermosura,
rica de gracias, rabosando amor,
trasunto de la esbelta criatura
que hizo en el fértil Paraíso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,
risa los labios y marfil la tez,
donde la calma de la infancia brilla,
rica a pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala.

a género, ni siglo, ni país,
ni terrena beldad llega ni iguala
de la alma Rosa a la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra
la leve huella del enano pie,
y tiene más de vaporosa sombra,
de inefable visión, que de mujer.

Flota el cabello en perfumados rizos
al impulso de céfiro fugaz,
velando de la espalda los hechizos
su voluble y espléndida espiral.

Cáenla en la mórbida cintura,
en grupos que sujeta el cinturón,
los pliegues de la blanca vestidura,
que agita ligerísima en redor.

Como las aguas de elevada fuente,
caen en hebras de líquido cristal,
y el aura con mansísima corriente
las mece confundidas al bajar.

Doquier que está la delicada Rosa,
en la corte, en el baile, en el festín,
no hay ojos ni atención para otra hermosa:
toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida
en medio de ruidosa sociedad,
de las damas sin duda aborrecida,
y respetada del amante audaz.

Y por eso a los pies de sus balcones,
guardias perennes embozados son;
y óyese de estocadas y canciones,
en la alta noche desigual rumor.

Siempre a sus puertas en misión de amores,
dueñas y pajes aguardar se ven,

ya ramilletes de tempranas flores,
ya amorosos billetes a traer.

Pero nunca se abrió puerta o ventana,
ni billete ni flor a recibir;
del palacio jamás la soberana,
canto pagó de trovador gentil.

Jamás oído de varón dichoso,
el eco suave de su acento oyó;
ni una mirada por su afán penoso,
gozó de Rosa parecido a amor.

Ninguno supo su pasada historia,
nadie el solar en que nació cuál es;
nadie de su beldad tiene memoria,
nadie pudo a su gente conocer.

Si algún osado su familia y tierra
de sus esclavos a inquirir llegó,
el secreto tenaz en que se encierra
no supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos,
corren de ello tal vez en la ciudad,
mas posan en tan vanos fundamentos,
que apenas nacen, cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,
libres sus salas encontró tal vez,
y de su audacia y su fortuna incierto,
pasó el umbral con receloso pie.

Ibáñez solo de la linda maga
tocó la mano y escuchó la voz;
Ibáñez solo de placer se embriaga,
cediendo irresistible a la pasión.

No exhaló en vano sus amantes quejas.
volado en la nocturna obscuridad,
que cuando ronda sus doradas rejas,

ella amorosa a responderlo va.

Nunca enojada de su amante exceso,
por un cariño le volvió un desdén,
porque con fácil y abrasado beso,
una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente
fue don Rodrigo, y admiró su amor.
Sólo con él que mercenaria gente,
la fortuna de Ibáñez defendió.

Mas que a despecho de la corte fuera,
él la idolatra a cada instante más;
y por desprecio de la corte entera,
su boda Ibáñez preparando está.

Era una noche de aterida niebla,
en que refleja tan dudosa luz,
que entre la sombra que el espacio puebla,
nada se ve del firmamento azul.

En un salón henchido de riqueza,
un inmenso cercando aparador,
los vasallos están de más nobleza
que el rey don Juan entre su corte halló.

Acogotando allí su envidia toda,
damas o hidalgos en el Real festín,
brindan y cantan a la ansiada boda,
mal recatando su despecho así.

Suenan las copas y las arpas suenan
con largo y libra interminable son,
y el aire denso y perfumado llenan
de blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibáñez de su linda esposa,
ebrio de amor y de ventura está;
y cuando admira la beldad de Rosa,
crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,
entre cuyos vapores nada ve,
más que el camino que, tras largo empeño,
le trajo de esta noche hasta el edén.

Rosa se muestra como nunca bella,
cual nunca Ibáñez por azar la vio,
aunque hoy encuentra perspicaz en ella,
algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la expresión incierta
de una vaga ilusión de otra mujer,
con cuya oculta realidad no acierta
y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa
no es de su Rosa la continua faz,
y aun le parece que su frente hermosa
muestra a intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño: de la alegre fiesta
y de los brindis los efectos son;
mas su cariño a su ilusión se presta,
crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza,
más le contenta y satisface más;
y aunque, ebrio acaso, la razón no alcanza,
hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta libre el aposento,
todo en desorden por final quedó,
y ambos a paso vacilante y lento,
van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla
cruzaba apenas tan dudosa luz,
que entre la sombra que el espacio puebla,
nada se ve del firmamento azul.

CONCLUSIÓN

Ya libres de las miradas
de la multitud curiosa,
que envidiosa o imprudente,
hasta cuando aplaude estorba,
en delicioso retiro
don Pedro Ibáñez y Rosa,
enamorado platican
en el altar de su alcoba.
Ella parece cual nunca
halagüeña y seductora,
suelto el cabello y los lazos,
y aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
en ilusión amorosa,
más que nunca embebecido
en los encantos que adora.
Ella en silencio lo mira,
y las lágrimas le borra
que de amor y de esperanza
de los párpados le brotan.
Él, los labios encendidos,
la mirada borrascosa,
que aun turba el licor ardiente
cuyos vapores le embotan,
y ella, con ósculos tiernos
templando la abrasadora
sed de sus labios, le besa
entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
que entera cubre la alcoba,
vela a los profanos ojos
la escena voluptuosa,
aunque la luz de una lámpara
cuanto olvidada, traidora,
trémula dibuja en ella,
si no los gestos, las sombras.
¡Noche de amor y esperanza,
que de la modesta esposa
queda como blanco sueño
para siempre en la memoria!

La de Ibáñez, ¡vive Dios
que olvidó su vida toda,
sus placeres y sus cuitas,
su deshonor y su gloria!
No hay más pasado en su mente,
más porvenir no ambiciona;
vendiera por esa noche
toda su existencia a Rosa,
aunque un frío involuntario
todo su cuerpo aprisiona,
cual si en sepulcro pudiera
convertírsele la alcoba.
Algunas veces, mirando
los ojos de la que adora,
creyó alcanzar dentro de ellos
alguna imagen diabólica.
Alguna vez, embriagado
en su risa encantadora,
creyó que los labios puros,
tomando distinta forma,
mostraban por un momento,
en negra ilusión dudosa,
de un monstruo desconocido
la áspera y sangrienta boca.
-¿Qué piensas, Ibáñez mío?
¿Qué mal, dime, te acongoja,
que vas el color perdiendo?
dijo al esposo la esposa.
Al contemplarla el semblante,
su espanto y asombro doblan,
e Ibáñez con ambas manos
entrambos ojos se frota.
Ella tornó a su pregunta,
y él a su silencio torna,
como quien tiene delante
un espectro que lo acosa.
-¿Qué sientes?
-¡Oh! Nada, nada;
mas la vista se me borra,
los objetos me vacilan.
¡Cielos! ¿Qué es aquesto, Rosa?

-¿Qué dices, que no te entiendo?
-¡Ah! ¿Eres tú, niña? Perdona;
mas ¡tal vez mi fantasía
se me está volviendo loca!
No sé por qué, mas el miedo
que de mí se posesiona.....
¡Oh, ciégame con tus labios,
ven a mis brazos, oh Rosa!-
Echóse en ellos la niña;
ansioso Pedro abrazóla,
mas al tocarla dió un grito,
como quien espigas toca.
-¡Quemas! la dijo espantado;
y soltándola en la alfombra,
se miró el triste los dedos,
con que sostuvo su forma.
Ella seguía diciéndole
con sonrisa seductora
-¿Qué tienes, Ibáñez mío,
que cuanto dices me asombra?
Y él, con ojos aterrados,
continuaba en su congoja,
contemplándola sin habla
en convulsión espantosa,
Al fin, con hondo cariño
ella las manos le toma,
diciendo con voz más suave
que el murmullo de las hojas:
-Amor mío, vuelve en ti;
yo soy, mírame, tu Rosa;
tú me lo has dicho, ¡alma mía!
soy tu amor, tu Dios, tu gloria.-
Sonrió apenas Ibáñez,
y medroso preguntóla:
-¿He soñado, no es verdad?
Tú me despiertas ahora.
-Sí, por cierto, esposo mío:
tú me has dicho tantas cosas.....
tantos delirios....., que casi
temí contigo estar sola.
-Oh ¡sigue, sigue!.... ¡Qué dulce

me suena tu voz hermosa!

Sigue.

-¿Quieres que te cuente
para adormirte una historia?

-Sí, sí, dime cuanto quieras
con tal que tu acento oiga.

-Pues escucha, que tal vez
se disipe tu congoja.-

Ibáñez, como quien sale
de pesadilla penosa,
su voz escuchaba atento,
suave, argentina, sonora,
sin acertar a entender
la sensación dolorosa
que un momento antes le hacía
su presencia encantadora.
Él recostado en el lecho,
ella a su lado en la sombra,
esto a Ibáñez le decía
risueña y voluptuosa:

«En un tosco pueblecillo,
aunque no recuerdo dónde,
vivía un Barón o un Conde,
que es igual, en su castillo.
En este pueblo vivía
una villana: ¡oh hermosa!
la reina más orgullosa,
por ella se trocaría.
Rosa, como yo me llamo,
la villana se llamaba,
y un pobre hidalgo, la amaba
tanto como yo te amo.»

Ibáñez, en su embeleso,
dulcemente sonrióla,
y besándola en los labios,
siguió la niña su historia:
«Vióla el Barón cierto día,
y al contemplarla tan bella,
ciego de amores por ella,

sólo por su amor vivía.
Pródigo la regaló,
y tal su cariño fue,
que por prenda de su fe,
su mano la prometió.
Ella, avara o inconstante,
casóse al cabo con él.
¡Fué una noche bien cruel
para el olvidado amante!
Éste llegó, de la boda
el mismo día anterior;
alas le prestó el amor.....
¡vana diligencia toda!
De su ventura testigo,
solo él llorando su duelo,
no halló para su consuelo
un pariente ni un amigo.»

A estas palabras, Ibáñez
embebido interrumpióla:
-Tu voz me encanta, mas pienso
que es triste ese cuento, Rosa.
-Oísele a un peregrino
en una sentida trova;
mas deja que te le cuente,
porque es muy linda la historia:

«Despechado, en su aflicción
maldiciendo su fortuna,
dejó la fiesta importuna,
y abandonando el salón,
en que los brindis doblaban,
bajó, en su afán amoroso,
a llorar al pie del foso
lo que en la torre cantaban.
Era una noche serena,
en que la brillante luna
reflejaba en la laguna,
con la luz de Enero llena
Todo estaba en soledad
volado en vapor confuso,

que en todo el invierno puso
huellas de esterilidad.
Hervía el río a lo lejos,
medroso el viento sonaba,
y el aire espeso vibraba
del agua con los reflejos.
El negro y alto castillo
allá en la sombra se vía,
del blanco fanal que huía
al resplandor amarillo.
Y aun en murmullo infernal
lanzan sus rojas ventanas
las cantigas que profanas
respira la bacanal.
Aun puede oirse por ellas,
con el brindis del Barón,
el ronco y disorde son
del vino y de las querellas.
Y sus vidrios de colores
radian en la lobreguez
la movable brillantez
de fugaces resplandores.
El amante desdeñado,
sin poder con su dolor,
pensó, en su amargo furor,
en verse al menos vengado.
«Por ese breve placer,
exclamó, diera al infierno
cuanto Dios puso de eterno
en mi despreciable ser.»

Tembló pavoroso Ibáñez
a estas palabras de Rosa,
palideciendo al impulso
de una sangrienta memoria.
Y ella, con triste sonrisa
entre doliente y sardónica,
siguió, a los ojos de Ibáñez
cambiando su imagen propia:

«A su sacrílego ruego,

diz que el infierno le dió,
por el alma que perdió,
una venganza de fuego.
La torre há poco altanera,
brotó llamas de su centro;
quedó la venganza dentro,
mas el vengador afuera.
Años esta noche hará
que el castillo se incendió;
media vida el galán dió,
y ahora mediándose está.»
-¡Cielo santo! clamó Ibáñez
con voz despechada y ronca,
arrancándose del lecho
y de los brazos de Rosa.
¿Qué es esto? ¡La luz me falta,
el ambiente me sofoca!....-
Y asiendo de la ventana
abrió a un tiempo las dos hojas.
Entró a tal punto por ellas,
sonante, negra, espantosa,
una llamarada inmensa
que lamió el suelo y la bóveda.
Corrió a la puerta, y en vano
con ímpetu sacudióla;
por fuera la sujetaba
resistencia poderosa.
Tendió, desolado y triste,
los ojos, y allá en la alcoba
vio sentada sobre el lecho,
prendiendo fuego a las ropas,
una aparición horrible
que en su vacilante forma
mostraba al par su contorno,
mitad monstruo y mitad Rosa,
y al son de la ardiente llama,
en voz le decía cóncava:
-¡Alma entera y vida medial
El alma la tengo toda;
diez años eran de vida,
y están mediándose ahora.

El niño y la maga



Fantasía

¡Cuán risueña es el alba de la vida,
esa mágica edad de la ilusión,
en que vegeta el alma adormecida,
ajena de inquietud y de ambición!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,
cuánto se goza lejos del pesar,
llevando nuestro débil barquichuelo
de la existencia por el negro mar!

Entonces, sin pensar en quien nos hizo
ni el vano mundo y su placer traidor,
gozamos por el día tanto hechizo,
y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero
que al mar se lanza, si inexperto, audaz,
satisfecho con ver cómo, ligero,
va por las ondas su batel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa,
a quien sigue tal vez el aquilón?
-Navegaré, le dice, más aprisa,
del blando viento al compasado son.

¿Qué le importa que el agua se alborote,
tormentosas alzando olas sin fin?
-Irás, se dice, mi extraviado bote
a dar como el que dejo á otro jardín.

¿Qué le importa que bajen las tinieblas,
la noche desplomando sobre el mar?

Él dice:-Cuando pasen estas nieblas,
ya me vendrá otro sol a despertar.

¿Qué importa que en espejos quebradizos
hiervan los lomos del gigante azul?
Él mira en ellos sus flotantes rizos,
de la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla,
que en el bajel de su inocencia va
libre y segura, sin perder la orilla
del mar que al lejos rebramando está!

Duelos, dejadme que los lindos sueños
loco recuerde de la edad pueril,
que mire de la vida los empeños,
desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vagiten mis cansados ojos
de árbol en árbol y de flor en flor;
del sol brillante á los destellos rojos,
que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama
para el que nace en virgen ilusión;
desierto, do eternal el cierzo brama
para el que lanza en él su corazón.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso,
cuanto halagüeño en tu ilusión fatal,
yo miraré con ojo receloso
la luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,
y entre tus flores escondida red,
la loca tentación de tus mujeres,
corrientes que no templan nuestra sed.

Que si nacemos a la amarga vida
riendo lo que tenemos de llorar,
yo quiero mi existencia dolorida

gozar llorando, y mi dolor cantar.

Es una bella aurora,
fresca, purpúrea y clara,
en que va murmurando
por la floresta el aura.

Las hojas estremece
con las sonantes alas,
cruzando fugitiva
por una y otra rama.

Ya por el blando césped
silenciosa se arrastra,
robando sus perfumes
al tomillo y la grama;
Ya en torno de los troncos,
de las encinas altas,
columpia en sus cortezas
las ramitas enanas.

ya de la limpia fuente,
en la repleta taza,
arruga, trenza y riza
los hilos con que mana.

Es un jardín florido,
henchido de fragancia,
que a par enriquecieron,
con afanosa maña,
naturaleza fértil
con ola silvestre gala,
y la incansable industria
con su rica elegancia.

Aquí, por los linderos,
las violetas moradas
matizan de los céspedes
la vívida esmeralda.

Allí, de clavellinas
entumecida mata,
sus infinitos hijos
a sostener no basta.

Allí, las anchas rosas
su pabellón de grana
extienden, afrentando
las azucenas blancas.

Allá, el cárdeno lirio
es eleva con audacia,
de azules pensamientos
su raíz tapizada.
Más lejos, un geranio
que aroma el aura mansa,
envidia a los ranúnculos
las tintas soberanas.
Y allá, entre sauces verdes
que humedecen las aguas,
entro sonantes hojas
y retorcidas varas,
en cargados racimos,
madreselva olvidada
convida con sus flores
amarillas y blancas.
Ni faltan en macetas
y transparentes jarras,
pomposos tulipanes
que sus capullos rasgan.
Sobre ellos, cuidadosos,
tienden sus hojas anchas
los fértiles naranjos,
las corpulentas hayas.
Hay en su bosquecillo
de mirtos y de acacias,
en una placetuela
de rosales cercada,
una anchurosa fuente
que en torno se derrama.
Está el pilón colmado,
y en medio se levanta,
sobre dos pies de jaspe,
de alabastro una taza;
y mil vistosos peces
en su remanso nadan,
que asoman, atrevidos,
la fugitiva espalda.
Se escuchan desde lejos
la música liviana
con que murmuran leves

las revoltosas aguas;
y en su cristal inquieto,
el sol que alumbra el alba,
saliendo reverbera
con luz tornasolada.
Sentado en las orillas
por do la linfa clara
desde la limpia fuente
bullendo se derrama,
deshojando unas flores
que el arroyuelo arrastra,
miraba el niño Adolfo
cómo las lleva el, agua.
Su imagen la corriente
trémula lo retrata,
los ojuelos alegres,
las manitas nevadas,
la blonda cabellera
tendida por la espalda,
la frente ruborosa
y la sonrisa cándida.
Soñaba, desvelado,
inocentes fantasmas,
que a la niñez tranquila
espléndidos halagan;
de esos delirios puros
que fugitivos pasan,
y aduermen los sentidos
sin que los sienta el alma;
ilusiones magníficas,
con cuyas sombras mágicas
los gozos se deshacen
de nuestra breve infancia.
Ceñida de una nube
de vaporosa gasa,
que el aire llena en torno
de suavísimo ámbar,
de rosas y azucenas
la frente coronada,
prendida en ricos pliegues
la vestidura blanca,

salió de entro los mirtos,
con cautelosa planta,
una ilusión dichosa
de paz y bienandanza.
Las flores en sus tallos,
por donde aérea pasa,
se esponjan y enderezan
y doble aroma exhalan.
La brisa en torno suyo
murmuradora vaga,
y entro las hojas verdes
se enreda y desparrama.
Colúmpianse las copas,
los ruiseñores cantan,
las tórtolas arrullan
en amorosas cláusulas,
y todo en los jardines,
al paso de la Maga,
respira la ventura
de juventud colmada.
Tomó la mano de Adolfo,
que sobre el césped descansa,
quien, al verla tan hermosa,
entre sus brazos se lanza.
Los negros rizos la coge,
la besa la frente casta,
en sus pupilas se mira
y en su sonrisa se embriaga.
Ella a su seno lo estrecha,
le acaricia y lo regala,
no como madre afanosa,
sino como amante hermana;
no como en signo de albricias
de un hijo perdido que halla,
como quien se alegra hallando
con quien dividir sus galas.
Adolfo se la sonríe
y el blanco cuello la abraza,
admirando su hermosura
con infantil confianza.
-Óyeme, Adolfo, le dijo

halagándole la Maga:
Si tú quisieras conmigo
vivir... tengo una morada
llena de fuentes y flores
y de deleites y galas;
tengo palacios de oro
suspendidos en montañas,
en un país no lejano,
a quien *Existencia* llaman.
-¡Oh! ¡Por cierto que eres rica!
-Lo que imaginas es nada:
todo el universo es mío.
-Pues ¿quién eres? -La Esperanza.
-Y ¿estarás siempre conmigo?
-Iré siempre donde vayas.
-Pues vamos donde quisieres.
-Sígueme, pues, que ya tardas. -
Siguióla contento Adolfo
y a una señal de la Maga,
de aquella anchurosa fuente
dividiéndose la taza,
tornóse en un canastillo
que se columpia y resbala
de un claro y tranquilo río
por sobre las ondas mansas;
y entrándose confiados
en tan vacilante barca,
dejáronse ir sin recelo
a los caprichos del agua.

II

Audaces surcando las aguas serenas
al lánguido impulso del aire sutil,
tocaron opuestas las limpias arenas
que el río aprisionan al otro confín.

Posaron la planta donde ancho camino
el paso les abre de vasta región,
que pródigo y rico regala el destino
y espléndido viste de ocioso primor.

Allí, en los linderos, vistosos jardines,

de cuyas florestas el fin no se ve,
empiezan, y orlados de azahar y jazmines,
alfombras de flores encuentran los pies.

La luz es continua, de un alba rosada,
que presta al ambiente purísimo azul,
y un céfiro el aire, cuya ala aromada
refresca la tibia ilusión de la luz.

Doquiera en las hojas del árbol florido
se siente escondido
al mirlo trinar,
doquiera en la hierba menuda se siente
la rápida fuente
saltando brotar.

Doquiera volando sutil mariposa
columpia una rosa,
sacude un clavel,
las alas ufana mostrando a las flores,
de ricos colores
pintadas también.

Doquiera arrastrando su casa con pena,
sobre una azucena
se ve al caracol,
que tiende los ojos al sol generoso
pidiéndole ansioso
consuelo y calor.

Doquiera en las ramas colgada la oruga
sacude y arruga el sonoro cristal,
que en claros espejos, o en líquidos hilos,
en lagos tranquilos posándose va.

Doquiera en las ramas del álamo verde
a lo alto se pierde en movable ilusión,
meciendo la bella oropéndola el nido,
que anima tendido, benéfico el sol.

Despliega pomposa a la luz conque brilla

la pluma amarilla,
que ostenta fugaz,
abriendo esponjado y en círculo rico
el triple abanico
que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones,
ni en lúgubres sonos
agita el ciprés
la fúnebre punta, cual hacha mortuoria
que alumbra la historia
pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol no se apaga;
sin término vaga
la brisa sutil;
la noche carece de sombra importuna,
ni deja la luna
jamás de lucir.

Del mar a lo lejos se siente el murmullo,
cual lánguido arrullo
del aura no más,
cual banda de plata que el puro horizonte
tendió sobre el monte,
tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas
a do pasajeras
se van a perder
las ondas sonoras, en tiendas de armiños,
tan sólo los niños
alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmín y claveles,
bajo almos doseles
de plumas de luz,
reposan tranquilos sin noche ni día,
sin miedo a la impía
desdicha común.

No acosa su mente recuerdo pasado,
que sólo han gustado
la dicha y placer,
porque es la ribera del mar de la vida
la casta, florida,
tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
do puso el destino
tras linde feliz,
de nuestra existencia tristísimo aciago,
el árido y vago
desierto país.

¡Oh! Cuando dormimos al pie de la cuna,
es todo fortuna
deleites y paz;
el día es tranquilo, la noche serena,
la selva es amena,
frondoso el erial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten,
acaso divierten
en vez de doler
¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
por do entra en la vida
la dulce niñez!

Adolfo y la Maga cruzaban por ella,
y el niño, tan bella,
tan llana la halló,
que andaba embebido de un lado a otro lado,
gustando la fruta,
doblando la flor.

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,
ya el ala brillante de insecto sutil,
ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía sin pena ni enojos,

gozaban sus ojos
la alegre visión,
sus tiernos sentidos la suave frescura
y el son que murmura
del aura veloz.

Vagaba contento, ¿qué importa por dónde?
su infancia le esconde
la negra verdad.
¿A qué preguntarla? Si es plácido el sueño,
¿a qué con empeño
querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,
la luz, los jardines,
llegaban allí;
ya el sol es ardiente, más duro el camino,
no hay ya peregrino,
plantel ni jardín.

Al paso que avanza por otra vereda
detrás de quien queda
la alegre región,
sentía en el pecho que, audaz caminando,
cobraba ganando
firmeza y vigor.

La Maga, amorosa, seguía ligera,,
fantasma hechicera
vagando tras él;
más joven y hermosa conforme adelanta,
dejando su planta
detrás la niñez.

ADOLFO

¿Qué sitio es éste, señora?
¿Dónde estamos? Que si no
mienten mis ojos, ya es ésta otra distinta región.

LA MAGA

Estamos, al fin, Adolfo,
en un país superior,
en donde nada caduco,
nunca imbécil vegetó.

ADOLFO

Y esos alcázares de oro

MAGA

que se ven en derredor,
esos pensiles colgados,
esos bosques, ¿cúyos son?
De una emperatriz hermosa
tan alegre como el sol,
en cuyos vastos dominios
no hay lágrimas ni dolor.
Vivo en ociosos festines,
de blanda música al son,
en brazos de los placeres,
de la gloria y del amor.
Tan poderosa y tan rica,
que a su audacia y su ambición,
ni los mares ponen coto,
ni los peligros pavor.
Tan bella y tan cortesana,
pues que como ella no hay dos,
no hay fuerza a quien no atropelle,
ni grandeza la asombró.
Poco a sus delirios fueron
ambos mundos en redor:
«Todo o nada», dijo ansiosa,
sobre ambos se asentó.
Y celebrando insensata
su destino triunfador,
llamó al placer y a la vida
y con ellas le partió.
Trajo a sí cuantas hermosas
les siguen a ambos en pos,
cuantos galanes y ociosos
en ambos mundos halló,
Dióles galas y palacios,
campos de inmensa extensión,
trovadores que les canten,
baños de exquisito olor.
Y al hacer de tanto lujo
desigual repartición,
dijo: «Gozad y pedidme,
que si hay dioses, yo soy dios. «
Y ¿quién es tan atrevido
espíritu protector,

ADOLFO

a quien nada se resiste
y a quien nada se igualó?
MAGA La JUVENTUD.
ADOLFO ¡Dama ilustre
Envidiable en su favor.
MAGA ¿La sirvieras?
ADOLFO La adorara.
MAGA ¿Fueras su amigo?
ADOLFO El mejor.
MAGA Pues alguien hay que pudiera
concedértelo.
ADOLFO ¿Quién?
MAGA Yo.
ADOLFO ¿Quién eres, que tal poder
alcanzas?
MAGA Su hermana soy;
que JUVENTUD y ESPERANZA
nacidas a un tiempo son.
ADOLFO Pues lleguemos al palacio,
porque ya siento, por Dios,
por sus ilustres favores
perdido mi corazón.
MAGA ¿Esperas vencer?
ADOLFO Lo espero,
que he de conquistar su amor.
MAGA Bien haces en esperar,
puesto que contigo voy.
Dio Adolfo el brazo a la Maga,
y ambos con paso veloz
doblaron hacia el palacio
en coloquios de ambición.

Doquiera en su sacro recinto se oía
la ronca alegría
del loco festín;
los besos y brindis que en torno se exhalan
al alma regalan
con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas, de perlas vestidas,
do están suspendidas

centellas de sol,
duplican la luz transparente
en ancho torrente,
vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros
remedan los puros
espejos del mar,
sutiles dejando a través de sus hilos
mirar los tranquilos
reflejos del muro de limpio cristal.

Doquiera la rosa, el clavel, los jacintos,
en lazos distintos,
en cifras de amor,
anuncian, orlando las blandas alfombras,
las mágicas sombras
que al hombre adulando, le siguen en pos.

Amor dice en ésta, en aquélla *Fortuna*,
Valor dice en una,
y en otra *Amistad*
Placer dice aquélla, y esotra *Riqueza*,
más lejos *Belleza*,
Ventura en aquésta, *Virtud* más allá.

Doquiera repiten los anchos salones
ardientes canciones
de gloria y de amor;
y allí en los clarines, allá en las botellas,
con cláusulas bellas
acaso acompañan el báquico son.

Allá en los secretos de oculto retrete,
del ancho pebete
al humo fugaz,
de lindas mujeres que están voluptuosas,
sonando amorosas,
las notas se escuchan de amante cantar:

«Los labios hierven en besos,

quemándose están de sed;
venid a templar su hoguera,
no hay más recompensa ni Dios que el placer.

Y ¿a qué Dios más poderoso
acudiréis que al amor?
Apurad, pues, sus deleites,
que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida
de su ballesta sutil?
Venid a beber deleites
hasta embriagaros, venid.

Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid a templar su hoguera,
no hay más recompensa ni Dios que el placer.

Al son de las lanzas y trompas de guerra
que asordan la tierra,
en extenso salón
se sienten los himnos ardientes de gloria,
de noble victoria,
que entona el soldado con áspera voz:

«Bajad al campo sangriento,
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta a vivir?

»A amar y a lidiar naciones,
y sin triunfos, ¿cómo amar?
¿Qué llevar, si no, en ofrenda
a los pies de una beldad?

»Si amor corona la frente,
nuestras batallas también;
sus coronas son de rosas,
y las nuestras de laurel.

»Bajad al campo sangriento,
solo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta a vivir?»

Más lejos, en otra morada hechicera
do el sol reverbera
con lumbre tenaz,
do llenan las perlas los largos espacios,
los ricos topacios,
el jaspe y el oro, la seda y cristal,

se siente el tumulto de báquica orgía,
que en cántiga impía,
discorde clamor,
la mesa en desorden, manchadas las ropas,
al son de las copas
rameras levantan, sin alma y sin Dios:

«Venid: la gloria es un sueño;
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado a través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.

»Vamos la tierra con vino,
embriagados, a amasar;
vamos al templo de Baco
en lúbrica bacanal.

»No hay más altar que la mesa,
no hay más Dios que la embriaguez;
el vino confunde el tiempo,
el morir con el nacer.

»Cuando caemos beodos,
mendigo o rey, ¿qué más da?
todos bebemos sedientos
arroyos de libertad.

»¡Qué dulces son nuestros pechos
empapados de licor!

¡Qué sabrosos nuestros labios,
y qué inmenso el corazón!

»Venid: la gloria es un sueño;
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado a través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.»

Allá en otra estancia do en torno murmura
lejana, insegura,
la voz popular,
cantor instigado del Dios que le irispira,
de cóncava lira
la suya levanta al acorde compás:

«Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz,
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.

»Venid a beber sedientos
los raudales del saber;
en sus márgenes se cogen
las coronas de laurel.

»El pueblo escucha al poeta;
venid, venid al cantor.
¿Qué es el amor ni la gloria
sin la ciencia y la razón?

»¿De qué os vale de placeres
ese miserable afán?
Si no los canta mi lira,
¿quién os los ha de envidiar?

»Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz;
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»

Adolfo, indeciso, consigo luchaba,

sin tino vagaba
detrás del placer;
doquiera anhelante y ansioso corría
cruzando la orgía,
la gloria gustando, el amor, la embriaguez.

Y en voz afanosa,-¿Dó estás, di, murmura,
altiva hermosura,
falaz juventud?
Doquiera te veo, siguiéndote avanzo,
mas nunca te alcanzo.....
Yo siempre en tu busca, y huyéndome tú!

¡Oh! Dime, Esperanza, mi fiel compañera,
¿dó está esa altanera
cobarde mujer?-
La Maga le sigue, mas no le responde.
-¿Por qué se me esconde?
¿Lo sabes?-La Maga repuso:-No sé.

-¿No sabes? Mentira. ¿Me engañas, traidora,
me mientes ahora
que la amo por fin?
¡Oh! Ciego por ella, tras ella camino.....
¡Fantasma divino,
te adoro insensato, después que te vi!

IV

Cansado de su rápida carrera
siguiendo la fantástica visión,
de un verde montecillo en la ladera,
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
una suave colina a transponer,
partiendo por mitad un triste valle
do la estéril colina sienta el pie.

A su lado la Maga todavía,
blanca, risueña y cariñosa está,
cual viva estrella que al piloto guía

y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
del aura de la tarde a la merced,
y derramaba su mirada pura
por la campiña que delante ve.

Al lejos, entre pálida neblina,
alcánzase tal vez a distinguir
torres y muros en informe ruina,
y escombros que salpican el país

Hay doquiera ciudades desoladas,
cuyo hendido esqueleto humea aún,
manchando con espesas bocanadas
la claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,
ni cantan en amena soledad,
saltando entre jacintos y claveles,
aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras
nacidas al azar aquí y allí,
y águilas surcan libres y altaneras
el hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos a lo lejos,
los himnos de la alegre juventud,
cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
de una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta
sin ilusorio engañador cristal,
por todas partes sin temor se asienta
la rebelde y desnuda realidad.

-Las fuerzas, dijo Adolfo, me, abandonan,
llena de sombras mi memoria está;
dame el brazo, Esperanza: en mis oídos
esos cantares tentadores van.-

Y era así, que a pedazos por el viento
llegaban en sonora confusión,
ya el mentiroso o el blasfemo acento
del placer, de la gloria o del amor:

«Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid a templar su hoguera,
no hay más recompensa ni Dios que el placer.

»Bajad al campo sangriento,
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta a vivir?

»Venid: la gloria es un sueño;
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado a través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.

»Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz;
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»

-¡Oh, cuán felices son en sus placeres,
ellos cantando, y sin aliento yo!

Fiestas allí, cristal, oro y mujeres,
y aquí conmigo soledad y error!V

ADOLFO
MAGA

¿Dónde estamos, Esperanza?

Selva es aquésta que ves
de razón y de recuerdos.

ADOLFO
MAGA

¿Tiene nombre?

La VEJEZ

ADOLFO

¿Y aquellas alegres damas,
y aquel palacio, y aquel
festín espléndido y cánticos
de ventura y de placer?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y la hermosa

de que un instante gocé,
y tras quien corro insensato?
MAGA Allá se queda también.
ADOLFO ¿Conque por fin la he perdido?
¿Conque en verdad la soñé?
MAGA El perseguirla es perderla,
que es verdad, e ilusión es.
ADOLFO ¿Mis amigos?
MAGA Allá quedan.
ADOLFO De mis soldados, ¿qué fué?
MAGA Allá quedan.
ADOLFO ¿Y mi gloria,
mis timbres?
MAGA Allá también.
ADOLFO ¿Conque todos me dejaron?
¿Qué resta en la vida, pues?
MAGA Tu Esperanza está contigo,
Siempre acudiéndote fiel.
ADOLFO Tú sola no me abandonas.
MAGA A tu lado siempre iré,
alumbrándote el camino
que tomastes al nacer.
Reposa y vamos.
ADOLFO Me canso.
MAGA Yo la mano te daré.
ADOLFO Dame un manto, tengo frío;
Agua dame, tengo sed.
MAGA Vamos a buscar la fuente.
ADOLFO ¿Está muy lejos?
MAGA Tal vez.
ADOLFO ¿No tiene fin el camino?
MAGA Sí.
ADOLFO Pues vamos.
MAGA Tras mí ven.
ADOLFO ¡Oh, cuán distinto, Esperanza,
este camino es de aquel
por donde yo te tendía
mi brazo ligero ayer!
MAGA Lo que pasó no recuerdes;
mirando adelante vé.
ADOLFO ,Sólo de recuerdos vivo.

MAGA
ADOLFO

Olvida.
No puede ser.
Así con cansado paso
va caminando tal vez
el hombre con su esperanza,
eterno sol de su fe.
Y así la Maga y Adolfo,
va el día al obscurecer,
caminan hacia el desierto
de la arrugada vejez.
Tristes y a espacio caminan
al crepúsculo del sol,
por medio de un campo estéril,
sin ave, fuente, ni flor.
Las cumbres están nevadas,
y en espantoso turbión,,
se oyen bramar los torrentes
con honda y cóncava voz.
Silba el cierzo entre las peñas,
que ostentan en derredor
entre la nieve, a pedazos,
en lastimosa ilusión,
allí una choza arruinada,
allá un templo que se hundió,
más allá un puente abrasado
o un hendido murallón;
rastros del peso del tiempo
que fue pasando veloz,
descabezando en sus crestas
cuantas puntas encontró,
áspera y postrer jornada,
dura peregrinación,
por donde nada se encuentra
amigo o consolador.
Apenas en los escombros.
de arruinada población,
algunos pobres ancianos
dan a la vida un adiós;
apenas entre los brezos
se topa un viejo pastor,
que apacienta unos ganados

que sólo esqueletos son.
Mas nadie sabe la historia
de lo que allí vegetó;
todos lloran los recuerdos
de su propio corazón;
todos miran el risueño
alcázar encantador,
que al pasar por sus dominios,
la juventud les mostró.
¿Qué dejan? Sus ilusiones.
¿Qué lamentan? Su valor.
Nada de cuanto gozaron
al desierto les siguió.
Alguna vez aun deliran
con la halagüeña visión
de aquel palacio encantado
que falaz les hospedó.
Pero al pensar en los cantos
que el deleite seductor
les murmuró en los oídos
en soñada predicción,
doblan al suelo la frente
con incrédulo dolor,
diciendo al ir su camino:
¡Mentira! ¡Todo pasó!

Así, por entre la nieve,
cruzando el desierto van
Adolfo y la Maga, en lento
paso, por quebrado erial.
Cada vez más se avecinan
a las riberas de un mar
que al confín de aquella tierra
tendido en silencio está.
Es el agua turbia, inmoble,
cuyo fin se pierde allá,
en un caos de profunda,
insondable obscuridad.
ni el viento, al pasar, la arruga,
ni en espumas de cristal,
en las húmedas arenas,

se viene a desmenuzar;
ni escupe conchas de nácar,
ni en su extensa soledad
saltan avaros los peces
el ambiente a respirar.
No se alcanza de la playa,
por el perdido arenal,
más que una choza mezquina
de estrecha concavidad,
cuya puerta desquiciada,
ya mohosa y desigual,
como párpado sin ojo,
mirando hacia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:

-No puedo, Esperanza, más;
entremos en esa choza
un momento a descansar.-

Entraron en la cabaña,
y a la débil claridad
con que alumbra todavía
un crepúsculo fugaz,
hallaron un ancho espejo,
en cuyo limpio cristal,
Adolfo vio con espanto
una sombra reflejar.

-¿De quién es aquella imagen?
preguntó, en duda tenaz,
con su memoria luchando,
recelando la verdad.

-Esa imagen es la tuya.

-Pues ¿cómo mi frente ya
calva y arrugada miro,
y tan gastada mi faz?

¿No era ayer niño y hermoso
contigo, Esperanza, al dar,
cuando a despertar viniste
mi infantil curiosidad?

-Entonces naciste al mundo,
y el canastillo en que audaz
conmigo bogastes, era
tu cuna, Adolfo, no más.

Las brisas de mis promesas
lleváronte a desear,
y entraste por el camino
de la loca vanidad.
Así el valle de la vida
has venido a atravesar
entre pensiles de flores
y palacios de cristal.
-¡Ay! clamó Adolfo llorando,
que no los puedo olvidar,
ni a aquella reina orgullosa,
a quien ya no veré más.
-Así se pasa la vida
en gemir y en esperar
lo que buscamos en ella
o lo que perdimos ya.
Esta choza es una puerta
de la obscura *eternidad*;
ese espejo es la *razón*,
y la *nada* es ese mar.
Todo aquí se desvanece,
nada hay delante y detrás,
allá se queda la vida,
y las deleites allá.
Este es el punto por donde
se descubre la *verdad*,
y aquí sólo la *esperanza*,
aun con nosotros está.

VI. PLEGARIA

¡Blanca ilusión! ¡Benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazón,
a cuyo tibio resplandor se alcanza
un más allá en el hondo panteón.

Tú sola nos alivias el camino
en que entramos al tiempo de nacer;
nuestro amargo destino es tu destino,
siempre amiga te hallamos por doquier.

Delante de ese espejo misterioso,

de nuestra nada ante el extenso mar,
aun vienes con semblante cariñoso,
nuestra seca razón a consolar.

¡Oh! Tú nos doras la niñez tranquila,
enciendes nuestra ardiente juventud,
la vejez nos sostienes, que vacila,
y aun ardes en el cóncavo ataúd.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
siempre nos vienes asistiendo en pos;
y amiga fiel, nos dejas al perderte,
al pie del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! Sin cesar conmigo,
mis lentas horas alumbrando ven;
no apagues, no, tu resplandor amigo
mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteón,
y séanme los pliegues del sudario,
de sueño eterno santo pabellón.

△▽

El caballero de la buena memoria

△▽

Leyenda tradicional

INTRODUCCIÓN

Perdidas de Villalar
en la sangrienta jornada,
de los bravos comuneros
las últimas esperanzas,
sus gavillas por doquiera
rendidas o derrotadas,

el arzobispo Merino
a Toledo gobernaba.
Doña María Padilla
aun con briosos arrogancia,
digna de mejor fortuna
y de más dichosa causa,
a pesar el Arzobispo
y las tropas castellanas,
teníase con sus gentes
defendida en el alcázar,
pues en someterse al Rey
Toledo la más rehacia
ciudad siendo, a ella acudieron
de todas partes de España
cuantos comuneros fieles
a su partido quedaban.
Avivaban en secreto
con astucia y con audacia
la fe de doña María,
y gentes la reclutaban,
noticias proporcionándola,
con dineros y con armas,
los que en la ciudad vivían
y en su fortuna esperaban.
Distinguíase entre todos
doña Elvira de Montadas,
fanatizada al extremo
por políticas patrañas.
De la mujer de Padilla
del valor enamorada,
otra heroína como ella
llegar a ser anhelaba.
Hermosa y rica, de amantes
y galanes rodeada,
mucho la Elvira podía,
mucho la Elvira lograba.
Después que muchos prosélitos
logró inducir por sus gracias,
a un mozo rico y gallardo
con doble intento escuchaba.
Era don Juan de Zamora

mancebo de noble casa,
hijo de una noble viuda
que en el mancebo adoraba.
Seguido había éste siempre
del Emperador la causa,
y contra los comuneros
combatido en cien batallas;
mas ciego de amor por ella,
y poco ducho en las cábalas
de cortesanos amaños,
en ganarle no dudaba.
Tan sencilla en otro tiempo
como hermosa y como ingrata
esta engañosa sirena,
esta fanática dama,
a don Pedro de Guzmán
tenía muy empeñada,
con mil promesas de amor,
de casamiento palabra.
Mas de ilustrísimo tronco
el de Guzmán siendo rama,
al rey don Carlos primero
asistía en Alemania,
al servicio de un magnate
que iba en boga en la privanza
del bizarro Emperador,
que con su amistad le honraba.
Así las cosas del mundo
se trastornan y se cambian,
y así mudan a las gentes
el tiempo y las circunstancias.
Don Pedro, en la imperial corte
del bullicio se cansaba,
y se doblaba su amor
con el tiempo y la distancia,
y la distancia y el tiempo
el de su Elvira menguaba,
y el diablo de la política,
de su alma se apoderaba.
A su patria y a su amor,
Guzmán con volver soñaba,

y ella soñaba quimeras
de libertad y de patria.
Él, por volver a Toledo
y a los pies de su adorada,
honor, ambición y dicha
desatinado olvidaba.
Ella, por dar con sus hechos
a su nombre eterna fama,
pensaba con necio orgullo
en quiméricas hazañas.
Recordaba su hermosura
él, en ausencia adorándola,
y ella olvidaba su amor
por quien no se lo estimaba.
Servíase la Padilla
y la gente a ella allegada,
de su influencia en el pueblo,
de sus amaños y cábalas;
y creía ser Elvira
el faro de su esperanza,
la fe de sus corazones,
la alcaldesa de su alcázar.
Creía que a una voz suya,
en la ocasión arriesgada
como por doña María
por ella se levantarán;
que todos los comuneros,
en el peligro mirándola,
la regla soberanía
dividirían entrambas.
Y en estos sueños de gloria
la doña Elvira embriagada,
perdía cuanto tenía
y las leyes provocaba.
Así ¡son todos los necios,
a cuanto ignoran se lanzan,
lo que les importa olvidan
y sólo el desprecio ganan.

Y mientras en la rebelión
ella a don Juan empeñaba,

enamorado don Pedro
se volvía para España.

En oculto gabinete
de la habitación de Elvira,
a deshora de la noche
con ella don Juan platica,
y aunque él no entiende palabra
de su enredada política,
porque la adora fanático,
a cuanto exige se obliga.

DOÑA ELVIRA

¿Lo entendéis, don Juan?

DON JUAN

Sí a fe.

DOÑA ELVIRA

Lo entendiera un escolar.

De todo se os ha de dar
el cuándo, el cómo y por qué.

DON JUAN

Yo, Elvira, soy un soldado,
que entre soldados metido,
nunca otra cosa he sabido
que combatir como honrado.

Desde muy niño os amé,
y como os juzgué perdida,
en poner fin a mi vida
como soldado, pensé.

Hoy otra vez me llamáis
en secreto a vuestro lado,
y siento no haber cambiado
de ser, como vos cambiáis.
¿Qué queréis? Si no sé más
que amaros y combatir,
así me habéis de admitir,
o habéis de volver atrás.

DOÑA ELVIRA

Así os quiero; que a fe mía,
que cortesanos amores
son sólo amaños traidores
para vencer algún día.

Yo os quiero, don Juan, así,
porque me basta un galán
a quien servir con afán
y de algo me sirva a mí.

DON JUAN

Cuánto lo hayáis meditado,

cuánto la suerte os ayuda,
está bien claro sin duda;
pero ¿á qué me habéis llamado?

DONA ELVIRA Bien se conoce ¡por Dios!
que sois un soldado bueno;
el plan es, don Juan, ajeno,
lo que os manden haréis vos.

DON JUAN Y ¿queréis que yo consienta
que a la primera demanda.....

DOÑA ELVIRA Cuando Elvira es quien os manda,
obecerla os va en cuenta.
Pues ella arriesga en un día
cuanto vale y cuanto tiene,
a vos, don Juan, os conviene
fiar causa que ella fía.
O ¿no la amáis?

DON JUAN ¡Por los cielos!
¿Dudaréis de mi cariño,
cuando por vos desde niño
estoy muriendo de celos?
¿Pensáis que la inj asta ley
de una opinión me amedrente,
cuando por vos solamente
soy desleal a mi Rey?

DOÑA ELVIRA Así os quiero, así va bien.
¿Pensáis que sobran ahora
vuestros castillos de Illora,
de Montilla y de Jaén?
Vos, don Juan, sois un valiente
y un honrado castellano,
mas no habéis de cortesano
ni un cabello solamente.
Conque dejaos guiar
por quien sabe más que vos,
y así podremos los dos
hasta la orilla llegar.
Vuestra madre, ya lo sé..
con vuestro amor se disgusta.

DON JUAN Sin duda, Elvira, la asusta
que comprometáis mi fe.
Siempre de los comuneros

fue enemiga.
DOÑA ELVIRA Sí, lo ha sido;
mas ya habéis, don Juan, salido
de la niñez; y os da fueros
para obrar a vuestro antojo
la ley.

DON JUAN Sí que me los da;
mas mi madre.....

DOÑA ELVIRA Callará
si logramos nuestro arrojito
¿Disponéis de mucha gente?

DON JUAN De hasta unas cincuenta lanzas.

DOÑA ELVIRA Y ¿Son gente de esperanzas?

DON JUAN Aguerrida y obediente.

DOÑA ELVIRA Y ¿las tenéis muy distantes?

DON JUAN Traerlas mañana puedo

DOÑA ELVIRA Pues cuidado de que en Toledo
no os vean curiosos antes.

No salgáis, don Juan, de día
y esperad a mi mandato;
si pudiera un mentecato
sospecharlo, nos perdía.
Mas siento gente, aquí entrad;
espero a un hombre que puede,
cuando todo en sombra quede,
sacaros de la ciudad.
Por esa escala moruna,
a una torre vais a dar,
y allí podéis esperar
ocasión más oportuna.

Y así diciendo, mostróle
una entrada doña Elvira,
por do guiaba a la torre
la excusada escalerilla;
y oyendo seña secreta
que por la opuesta la hacían,
abrió y dio paso a un tercero,
siguiendo la escena misma.
Era el tal un hombre viejo,
cuyo exterior parecía

de soldado y mercader
composición peregrina.
Negra y cumplida una capa,
todo su cuerpo envolvía,
mostrándose bajo de ella
el espadón de su cinta.
Y nadie acaso mirándole,
asegurar osaría
si era sangriento bandido
o usurero prestamista,
pues en su torvo semblante
a un mismo tiempo se pintan
la audacia del bandolero
y el temor de quien conspira.
Saludó brusco a la dama,
que a adelantarse lo invita,
y plática tal trabóse
entre aquel hombre y Elvira:

DOÑA ELVIRA

Entrad.

EL HOMBRE

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA

Gabriel, bien venido.

¿Venís azorado?

GABRIEL

Sí, a fe.

DOÑA ELVIRA

¿Qué tenéis?

GABRIEL

Tal vez no nos pierdo, por poco, un descuido;
mas no ha sido nada.

DOÑA ELVIRA

¡Por Dios, que acabéis!

GABRIEL

Apenas volvía la calle tortuosa
que entrada secreta nos da al callejón,
la huella de un hombre sentí recelosa;
la faz con la capa cubrí a precaución.
Seguí decidido, mas frente por frente,
con un embozado maldito me dí.

Miró, recatéme, seguí indiferente,
paróse, y a poco, volvió tras de mí.

DOÑA ELVIRA

¡Dios mío!

GABRIEL

Yo, astuto, temiendo que un corte
me diera al camino, la esquina gané;
hallé apresurado el oculto resorte,
deshice en la sombra mi sombra, y entré.

DOÑA ELVIRA

Mas ¿no conocisteis.....

GABRIEL Algún hidalguillo
que habrá a mis hermanos pedido, a pagar
con un vinculejo o mohoso castillo,
y al paso me pudo por otro tomar.

DOÑA ELVIRA Mas ¿dar con la puerta pudiera?
GABRIEL ¡Imposible!
Vi que sin sospecha adelante pasó.
Mas ¿qué hay de aquel hombre?

DOÑA ELVIRA Ya está.
GABRIEL Y ¿es posible
que fiel.....

DOÑA ELVIRA Como un muerto.
GABRIEL Tal le quiero yo.
Y ¿es hombre.....

DOÑA ELVIRA Bizarro.
GABRIEL ¿Su gente?
DOÑA ELVIRA Segura.
GABRIEL Y ¿cuándo.....
DOÑA ELVIRA Mañana podrá estar aquí,
con tal que la noche, con nieblas oscura,
le ayude al secreto.

GABRIEL Sin duda que sí.
Mas ¿quién me responde....

DOÑA ELVIRA Yo misma.
GABRIEL Adelante.
DOÑA ELVIRA Amores me tuvo....; niñeces.
GABRIEL ¿Será,....
DOÑA ELVIRA Un buen castellano, soldado ignorante,
que cuanto amorosa le mande, lo hará.

GABRIEL Mirad que los necios.....
DOÑA ELVIRA Son medios muy buenos,
que pueden a planes ajenos servir,
y luego se apartan cual muebles ajenos.

GABRIEL Pensáis cuerdamente, verdad a decir.
Mas pronto veamos a ese hombre, que en vano
será la astucia sin fuerza mayor.

DOÑA ELVIRA Veréisle, y con maña tracúle a la mano,
y no olvidéis nunca que el cebo es mí amor

Abrió la dama a don Juan

la puerta do se escondía,
y anudóse, terciando él,
la plática interrumpida.

DOÑA ELVIRA Don Juan, llegó ya el momento
de probar vuestra afición,
que abriros mi corazón,
esta misma noche intento.
Delante de vos tenéis
quien órdenes os dará
y las puertas abrirá
a las lanzas que traéis.
Con él lo trataréis todo,
y pues que sois tan mi amigo,
tratar con él o conmigo
del caso, es lo mismo todo.

DON JUAN No hay cosa, señora mía,
que yo no arriesgue por vos;
mas pluguiéramos ¡por Dios!
otra mejor compañía.

DOÑA ELVIRA Mas si, firme en vuestro amor,
como me decís me amáis,
que en sus manos os pongáis
páreceme lo mejor.

DON JUAN Si el fin habéis de ser vos,
me pongo sin vacilar,
y si en ello he de pecar,
que me lo perdone Dios.

GABRIEL (¡Sandío de él! Razón tenía
la Elvira.) ¿Sabréis decir
en cuánto tiempo venir
vuestra gente aquí podría?

DON JUAN Dentro de veinticuatro horas,
aunque hubieran de asaltar
las murallas para entrar.

GABRIEL Como salgan vencedoras
vuestras lanzas, aseguro
que podrá cada soldado
llevar el sable colgado
en cadena de oro puro.

DON JUAN Y no les vendrá muy mal,
porque las contribuciones

hacen que de sus raciones
 deba un mes a cada cual.
 GABRIEL Y os juro que bien haréis,
 que dineros dan soldados.

Hablaron unos momentos
 la dama y el prestamista,
 y volviéronse a don Juan
 con irónica sonrisa.

DOÑA ELVIRA *(A Gabriel.)*
 ¿Me entendéis?

GABRIEL *(A Elvira.)*
 Está muy bien.
 ¿No os parece a vos, don Juan,
 que si presa al león le dan,
 tomará la que le den?

DON JUAN De esas razones no entiendo,
 buen viejo, y a todo andar,
 yo me ofrezco a pelear;
 lo demás os lo encomiendo.
 Y sólo una condición
 pongo.

GABRIEL Podéisla decir.

DON JUAN Es que tengo de reñir.
 cara a cara, y no a traición.

GABRIEL ¡Oh! Sólo tendréis que hacer
 centinela un poco larga,
 y, a lo más, dar una carga
 si es que se osan defender.

DON JUAN Eso sí.

DONA ELVIRA Y por premio de ello,
 si es que me dejáis contenta.....

DON JUAN Esa esperanza me alienta,
 con que por todo atropello.
 Rubor me cuesta decillo,
 mas por vos, con mi pesar,
 la vida pensé pasar.
 encerrado en mi castillo.
 Vuestra afición cortesana
 maldiciendo, solamente
 salí a lidiar con mi gente,

por no hacer vida holgazana.

No quise ya ver ni oír
más que lanzas y caballos,
y al cabo, con mis vasallos,
como soldado morir.

Diréis que este amor silvestre
mejor estorba que obliga,
mas necesito o mi amiga
o mi compañía ecuestre.

Pues en el campo, aún muy niño
os adoré, no os asombre
que, aunque sin ventajas, hombre,
aun os conserve cariño.

DOÑA ELVIRA

Así os amo yo, don Juan;
que, a la fin, me he convencido
que vos habéis merecido
solo mi amoroso afán;
porque el amor cortesano
es humo, si bien presumo,
y el vuestro es fuego sin humo,
que quema si está cercano.

GABRIEL

Vamos, que el tiempo es preciso.

DOÑA ELVIRA

El cielo, don Juan, os guarde.

DON JUAN

¿Volveré a veros?

DOÑA ELVIRA

Más tarde;
para ello os enviaré aviso.

(A Gabriel.)

(¿Elegí bien?)

GABRIEL

Lo confieso;
de ese tronco se hace el puente,
y vadeada la corriente,
le arruina su propio peso.

DOÑA ELVIRA

Cuidado con que se arruine.

GABRIEL

Pues yo lo he de fabricar,
ya veis que le he de dejar
de modo que a caer se incline.

Y dando en estas palabras
fin a tal conversación,
salió Gabriel, y tras él,
don Juan Zamora salió:

aquel soñando quimeras
de política ambición,
y estotro soñando hazañas
para conseguir su amor.
Mas ¡cuánto los pensamientos
del hombre efímeros son;
un soplo de viento puede
desbaratar el mejor!

Por un estrecho postigo
que da a obscuro callejón,
de casa de doña Elvira
salían ambos a dos,
Gabriel y don Juan Zamora,
con extrema precaución,
para no hacer al salir
innecesario rumor,
cuando, volviendo la esquina,
ante ellos se presentó
un caballero embozado,
que les dijo en ronca voz:
«Sin pasar más adelante,
muestren, hidalgos, quién son,
o cuerpo a cuerpo conmigo
en campo aquí mismo sois.»
Y echando mano al acero,
en medio se colocó
del espacio que dejaba
entre ellos el callejón.
Entre los tres un momento
grave silencio reinó,
que al cabo rompió Gabriel
dando tal contestación:
-Seáis quien fuereis, buen hombre,
necio es tal arrojito en vos,
pues está de parte nuestra,
con la fuerza, la razón.
-Caballeros, está dicho,
repuso el otro: yo estoy
en guardar ese postigo,
pues interesa a mi honor.

-Ved que os podéis engañar.

-Mirad que conozco yo
toda la gente que habita
esta casa; y si no sois
o amigos, o deudos de ella,
contrarios en conclusión
sois míos: conque mostraos,
u os doy por tales si no.

-Como queráis, don Juan dijo;
y asiendo de su espadón
para el embozado fuese,
que a tajos le recibió.

Siguióle Gabriel a poco,
con la pérfida intención
de embestirle de repente
fingiéndose mediador,
mas el caballero incógnito,
conociendo la traición,
y siendo sin duda ducho
en tales lances, se echó
contra la tapia, quedando
cara a cara con los dos.

Don Juan se bate harto bien,
que es muy diestro reñidor,
y lo que en seso le falta,
le sobra en el corazón.

El tiempo de acometerle,
Gabriel aguarda traidor,
cuando le tenga en apuro
de don Juan la decisión;
mas vano, pese a su astucia,
el intento le salió,
porque es mucha la destreza
del osado retador,
y en el momento en que acaso
toca cerca la ocasión
un buen tajo de revés
la muñeca le alcanzó.

Soltó Gabriel un ¡ay! ronco
al repentino dolor;
volvió don Juan la cabeza,

pero tiempo no le dió
el bravo desconocido
para entender la razón
de su grito, porque el pecho
atravesado sintió.
De una distracción el punto
aprovechando veloz,
metióse a fondo el incógnito
y en tierra a don Juan tendió.
Reinó el silencio un momento,
pero al alarmante son
de los gritos de Gabriel,
el barrio se alborotó.
Asomaron por las rejas
ya una antorcha, ya un farol,
diciendo diversas voces:
«¡Al asesino! ¡Al ladrón!
Y una rápida mirada
al caballero bastó
para ver que era don Juan
víctima de su valor.
Echóse, pues, al postigo
por donde salir los vio,
mas encontrando cerrado
por dentro el grueso portón,
y ya de cerca sintiendo
de armas y gentes rumor,
con rapidez silenciosa.
la opuesta esquina ganó.
De política aquí, lector querido,
la narración cansada interrumpamos,
del cuento en mis libros prometido
á la historia más plácida volvamos.
Tan larga introducción precisa ha sido,
para que desde aquí nos entendamos,
pues anudado a ella lo restante,
sigue mi tradición de aquí adelante.

En una granja que las ondas riegan
del espumoso Tajo, y do los daños
de la revuelta popular no llegan,

doña Inés de Zamora hace dos años
que vive retirada,
de mundanos placeres olvidada.
Viuda de un caballero
de ilustrísima cuna,
madre no más de un joven heredero,
y dueña de una pródiga fortuna,
sus bienes administra rectamente,
y cuida el porvenir del hijo ausente.
Noble matrona de costumbres puras
y pensamientos graves,
da gracias al Señor por sus venturas,
y él de su corazón tiene las llaves;
y de su hijo el amor tan solamente
entra en su corazón, vive en su mente.
El hijo, como hidalgo
y en la opulencia y el poder nacido,
pues es forzoso que se ocupe en algo,
sus vasallos valiente ha reunido,
y en el distrito de su misma tierra
a favor de su Rey hace la guerra.
Pérfidas compañías
y torpe inexperiencia,
malearon tal vez, hace ya días,
la política fe de su conciencia,
y, acaso indignos de él, necios amores
le aprestan venideros sinsabores.
Doña Inés no lo ignora,
y aunque mil veces la advirtió severa
el precipicio adonde va, le adora,
y de los años y experiencia espera
que, visto de su amor el desatino,
entre de su deber en el camino.
En la fe de sus padres educada
y ciega lealtad de sus mayores,
temo que su alma joven, conquistada
por los principios sea innovadores,
y engañado su hijo, acaso olvide
lo que su religión y Rey le pide.
Y en este pensamiento embebecida
estaba como siempre, en aposento

de su alquería oculto, y combatida
tal vez por interior presentimiento,
cuando dentro escuchó de su alquería
confuso estruendo y sorda gritería.
De su fiel mayordomo en tono recio
oyó la voz que a alguno amenazaba,
y otra que desconoce, y con desprecio
a sus justas preguntas contestaba;
y abriendo de su cámara la puerta,
salió a ver del rumor la causa cierta.
En los hombros sin capa, sin sombrero
en la cabeza, y agua destilando
de sus ropas, hallóse a un caballero
con sus fieles sirvientes disputando;
mas el supuesto de éstos desmentía
su traje militar y gallardía.
-¿Qué es esto? preguntó la noble viuda.
-Desventuras, señora,
de un amante infeliz, a quien no ayuda
ni el cielo, ni la ingrata a quien adora,
respondió el caballero
en tono de dolor, triste y severo.
-Veo que sois hidalgo en vuestro porte
y arreo militar; mi esposo en vida
lo fue también y frecuentó la corte.
Vuestro afán decid, pues, y si salida
puede dar una dama a vuestro apuro,
de mi escaso favor estad seguro.
-A solas ha de ser, porque aventuras
de nobles caballeros
no fío mucho yo que estén seguras
en lenguas de pecheros;
y acaso serán tales,
que a quien me ayude ser podrán fatales.
-Despejad.-Y saliendo de la estancia,
dentro de ella con él a su señora
dejaron los criados, y a su instancia
ella volvió, diciendo:-Hablad ahora,
señor soldado; vuestro duelo sepa,
y fiad en que haré cuanto en mí quepa.
-Señora, oídme, pues: Ha un año largo

que con mi Rey partí para Alemania,
al lado suyo con honroso cargo;
y una ingrata mujer dejó en España,
por quien ciego de amor lloré al partirme,
jurándola volver al despedirme;
mas mudóla mi ausencia, y un amigo
que desde la niñez me fue constante
del hecho me escribió, como testigo
que ocupó mi lugar pronto otro amante,
y que en tramas políticas metida,
su suerte a la política va unida;
y otras razones mil, señora, excuso,
pues de vuestra atención veo que abuso.
Volvíme a España enamorado, y ciego
de celos y furor, mas esperando
en volver a encender su amante fuego,
y aun a mi amigo crédito negando.
Llegué a Toledo, y por mis propios ojos
la razón quise ver de mis enojos:
de las nocturnas sombras al abrigo,
entré en su callo y espí su casa.
Señora perdonad si esto que os digo
aún los ojos en lágrimas me arrasa.
-Seguid.
-Vi las ventanas de su cuarto;
mas verlas ¡ay de mí! pesóme harto.
Las sombras vi cruzar tras los cristales
de un hombre que con ella platicaba,
y noté, para colmo de mis males,
que un embozado la mansión rondaba,
y en ella por postigo entró secreto
que en mi ausencia se abrió: y ¡ay! ¿con qué objeto?
En un obscuro callejón desierto
les esperé gran trecho, y aguardara
años cabales hasta verlo abierto,
y hasta que tal infamia ver lograra.
Parecieron, por fin, dos juntamente,
y atajélos el paso airadamente.
Yo no sé qué les dije, mas fui breve,
y mi enojo no bien satisfaciendo
(como a todo un celoso audaz se atrevo),

a estocadas con ambos emprendiendo,
ya fuera mi razón, ya f c Lera el arte,
a uno de ellos pasé de parte a parte.

-¡Desdichado de vos!

-Estoy muy cierto
de que yace sin vida.

Mas las voces del vivo junto al muerto
trajeron gente, y apelé a la huida;
mas sin duda mi pérfido destino
les marcó en las tinieblas mi camino.

-¿Os siguen?

-Sí: corrí sin guía alguna;
pero vi que era inútil mi trabajo
y que me abandonaba la fortuna,
cuando a la orilla me encontré del Tajo.

La justicia detrás y éste delante,
muerte por muerte, la elegí al instante.

Al agua me arrojé desesperado,
y sacóme mi esfuerzo a la otra orilla,
mas al tocarla, en el opuesto lado,
vi llegar de corchetes la cuadrilla.

Por las peñas trepé, y a esta alquería
llegué por fin. Tal es la historia mía.

Ahora, si noble sois, si habéis amado
algún día, señora,

por cuanto hayáis en vida idolatrado,
no me desamparéis en esta hora;
ved que es ciega la furia de los celos,
y vuestra compasión premien los cielos.

-¿Al muerto conocéis?

-No.

-Fue un arrojó;
mas no temáis, que si el Señor me auxilia,
salvo seréis, y lograré el enojo
callar y la razón de su familia.

Venid: voy a ocultaros diligente,
que tal vez oigo ya rumor de gente.

Dineros os dará con un caballo;
partid en cuanto partan, por opuesto
camino, y medio tomaré, si le hallo,
para apartar de vos fin tan funesto.

Venid: pues que fiáis en mi nobleza,
no burlaré ¡por Dios! vuestra franqueza.

Y hablando así la viuda generosa,
en camarín secreto le escondía
mientras entraba en turba tumultuosa
la justicia del Rey por su alquería.

Con grandes voces se meten
por los cuartos adelante
los corchetes y ronderos,
con antorchas y con sables.
«¡Hacia aquí tomó camino!
¡Aquí debió de ampararse!
¡No quede un rincón por verse!
Muchachos, ¡que no se escape!»
Esto en varias direcciones
se oía por todas partes,
y a pretexto de justicia,
se aprestaban al pillaje.
Hormigueaban los curiosos
y los valientes que salen
a ayudar a los que vencen
sin que los avise nadie.
Ya por la atrevida turba
empezaba a susurrarse
si son o no comuneros
los dueños de aquel paraje,
y ya entre ellos empezaba
el caso a comentarse,
diciendo que el muerto es noble
y de las tropas Reales,
y pues que aquí dan amparo
al que logró asesinarle,
traidores son y rebeldes
los que allí capa lo hacen.
Y comenzaban con esto
los villanos a arrimarse
a los objetos que vían
de peso y transporte fácil.
Ya con voces imperiosas

alborotaba el alcalde
con lo de «entregarle al Rey»,
cuando, de él mismo delante,
por dentro abriendo una puerta,
doña Inés salió a atajarle,
vistiendo luto y cercada
de domésticos y pajes.
Al ver su bizarro porte
y sil severo semblante,
tuviéronse respetuosos,
y ella rompió en voces tales:
-¿Qué busca el Rey en mi casa?
¿Por qué tanta gente trae,
cual si fuera mi alquería
castillo que va a asaltarle?
¿Desde cuándo se acostumbra
que así a los nobles se trate,
y en el nombre de las leyes
sus aposentos se allanen?
La justicia, enhorabuena,
en nombre del Rey, que pase:
mas los villanos del vulgo
que se esperen en la calle.
Señor golilla, al momento
esa gente despejadme,
porque desde vos abajo
no he de responderá nadie
Quedó el alcalde aturdido,
de repente al encontrarse
con una noble matrona
donde supuso jayanes;
y haciendo salir la gente,
con ella a solas quedándose,
en tono de desagravio
empezó por «perdonadme....»
mas la generosa dama
interrumpióle la frase
diciendo:-Oigo a la justicia:
¿Qué tiene el Rey que mandarme?
-Un asesino, señora,
que ha conseguido fugarse

vadeando el río, esconderse
debe por estos parajes.
-Supongo que la justicia
tan poco honor no me hace
que crea que yo le oculto,
contra el Rey por auxiliarle.
-Señora.....
-Podéis entrar
mis cámaras adelante,
-y prender a ese asesino
dondequiera que le hallareis.
-Me basta vuestra palabra:
vuestro nombre y vuestra sangre
conozco, y en quien sois vos
tamaño crimen no cabe;
mas tenéis muchos criados;
sus aposentos dejadme
mirar, por si alguno de ellos
es conocedor del lance.
-Todos son criados viejos,
de quien salgo responsable,
mas cumplid vuestro deber
como quiera que gustareis.
La casa tiene bodegas,
y horno, y pajar, y corrales;
registrad una por una
sus divisiones, alcalde.
Partió el golilla, por obra
a ponerlo, y saludándole
gravemente doña Inés,
volvió en su cuarto a encerrarse.

Mientras abajo el alcalde
la casa revuelve toda,
y registrando las cuadras
va pasando de una en otra,
doña Inés, en su aposento
con el caballero a solas,
de esta manera le dice
con baja voz cautelosa:
-Tomad, caballero, ese oro,

que os bastará por ahora
para poner con la fuga
en cobro vuestra persona.
Un potro abajo os aguarda
que os sacará en pocas horas
del alcance de las leyes:
buscad tierra que os esconda,
que yo quedo tras de vos.
Mas decidme, por la honra
de vuestra fama, ¿le heristeis
en liza leal?

-Señora,
Pedro de Guzmán me llamo,
y nunca en lid alevosa
tomaron parte Guzmanes.
-Con vuestro nombre me sobra,
Guzmán; por un asesino
preguntaron, y mi boca
no mintió cuando os negaba,
ni obré de la ley en contra.

-Señora, podéis jurarlo
sobre las sagradas hojas
del Evangelio; le he muerto
cara a cara, y sin dolosa
estratagema o ventaja
que me fuera valedora;
dos eran en contra mía;
ved si la razón me abona.

-Está bien; y pues la casa
ya esas gentes abandonan,
partid por el lado opuesto,
Guzmán, y el cielo os acorra.

-Y si algún día.....

-Ya basta,
partid.

-Adiós, pues, señora.

Con una mano en la llave
y una lámpara en la otra,
delante del caballero
la dama, a guiarle pronta;

envuelta en cumplida capa
la descompuesta persona,
pronto a seguir el hidalgo
a su noble bienhechora,
sin movimiento quedaron
ambos a dos, tumultuosas
voces oyendo en el patio,
sin que la razón conozcan.
Ayes y gritos de espanto
y maldiciones rabiosas
al mismo tiempo escuchaban,
y conocen que se agolpa
la gente otra vez, pues oyen
de las pisadas monótonas
el rumor, que va creciendo,
y del murmullo la ronca
armonía, y por los vidrios
ven crecer de las antorchas
la luz, que ilumina el patio
do pasa la escena incógnita.
-¿Qué es esto? dijo la dama.
-Sábelo Dios, en voz sorda
la contestó el caballero,
presa de angustia recóndita.
-Esperad, añadió ella;
y acudiendo temerosa
a un corredor que da al patio,
por la ventana se asoma.
Dió un grito que heló en las venas
de Guzmán su sangre toda,
diciendo: «Es él... ¡Hijo mío!»,
la desdichada matrona.
Corrió el caballero ansioso
a la vidriera, y la atónita
mirada al patio tendiendo,
vio su desventura toda.
En hombros de los criados,
de la ancha herida en la boca
brotando aún la roja sangre,
yace don Juan de Zamora,
y de su traje y su rostro,

por las señas que lo toma
con ojos desencajados
de las inmóviles órbitas,
reconoce el de Guzmán
en el mancebo a quien lloran,
el mismo a quien en la calle
mató por su mano propia.
Cayó en un sillón la viuda
bajo el dolor que la agobia,
de amargo llanto en los ojos
con dos abrasadas gotas,
y de rodillas ante ella
cayó en silencio en la alfombra
el matador caballero,
víctima a inmolarse pronta.
-¿Qué hacéis? le dijo la dama,
así mirándole absorta.
-Matadme, dijo Guzmán;
y en esta palabra sola
comprendiendo por entero
aquella trágica historia,
«¡Maldito seas!» le dijo
la horrorizada matrona.
Duró un momento el silencio
de aquesta escena angustiosa,
que al fin rompió el caballero
con voz apenada y cóncava,
diciéndola: -Dios lo quiere;
cumplid con su ley, señora,
y entregadme a la justicia,
pues en sus manos me arroja.
-Sí, sí, repuso la dama,
desatinada y furiosa,
levantándose: es muy justo,
y cualquier pena es muy corta
para tamaño delito;
caiga en ti su sangre toda.
-Y al corredor dirigióse
para ponerlo por obra;
mas tuvóse de repente,
y con, calma, aunque en faz torva,

díjole: -Jamás un noble
recuerda lo que perdona.
Caballero, levantaos;
la vista consoladora
de ese santo crucifijo
en el corazón me toca;
pues os ampararé ignorando
vuestra culpa y mi congoja,
no es justo que conociéndolas
os abandone traidora.
En nombre de Jesucristo,
que dió su vida en el Gólgota
por salvarnos a los dos,
id libre, Guzmán.

-Señora...

-Id, y que en cuenta me tome
resolución tan heroica,
al llamarme ante su juicio
en mi postrimera hora.

Atónito el caballero,
quiso hablar, mas imperiosa
abrió la-dama la puerta
que fuga le brinda cómoda,
y mostrando con un gesto
una escalerilla lóbrega,
tomóla, asiendo la lámpara,
y el caballero, siguióla.

Volvió a los pocos momentos
pálida y acongojada,
y cayendo arrodillada
ante la imagen de Dios
exclamó, oyendo a don Pedro
que escapaba a toda brida:
«Señor, si ese hombre lo olvida,
tenédmolo en cuenta vos.»

Todo lo devora el tiempo,
todo; y el bien como el mal,
como el vicio la virtud,

se hunden en su obscuridad.
Todo se borra y se olvida,
todo al cabo viene a dar
en la sima del silencio,
en el caos de la edad.
No porque la noble viuda
pudiera olvidar jamás
al hijo de sus entrañas,
al desdichado don Juan;
no, ¡por Dios! En su hora última,
luchando el alma tenaz
por desasirse del cuerpo,
fue éste su postrer afán.
Mas del hijo y de la madre
ninguno respira ya,
que a aquél le mató don Pedro,
y a ésta la mató el pesar.
Mas queda el autor del duelo,
y años transcurridos van
desde aquella horrible noche;
y aquel suceso fatal,
y aquel perdón que debió
del cielo a la gran piedad,
¿quién sabe si en su memoria
borrados al cabo están?
¿Quién sabe si los recuerda
como una aventura más
de su existencia azarosa,
de su vida militar?
¡Tal vez a la corte vuelto
tras largos años Guzmán,
ni de Toledo se acuerda,
ni pensó en volver allá!
De todo el mundo ignorada
la mano que audaz, oculta,
causó la muerte de un hombre
provocándole a lid tal,
preséntase por doquiera
don Pedro, y doquier que va,
recibido es cual merece
caballero tan cabal.

Bien mirado por su Rey,
de grandes en amistad,
sin más familia allegada,
ni deudos por quien mirar
que un mozo de quince abriles,
hermano suyo carnal,
con buen humor, libre tiempo
y oro largo que gastar,
se encuentra en el apogeo
de la dicha mundanal;
y dicen los que le tratan:
«¡Dichoso es al tal Guzmán!»

Y si no lo es, ¡vive Dios
que lo sabe aparentar!
porque es la vida que lleva
un continuo carnaval.
Siempre de un festín en otro
va pasando sin cesar:
o amigos se los aprestan,
o él a amigos se los da.
Las damas de más belleza
le quieren por lo galán;
los hombres más envidiosos,
por lo franco y liberal.
Nadie tiene más apuros
ni aventuras que contar,
nadie más oro prestado,
que nunca cobrar podrá;
mas nadie tiene un amigo
más sincero y más leal,
ni a nadie se halla más pronto
en cualquier necesidad.
Salúdanle los mendigos
con silencioso ademán,
porque saben ya que en él
es no tener el no dar.
Y como en gastar dineros
no va nunca más allá
de lo que pueden sus rentas,
vive sin necesitar

pedir lo que dio prestado
a sus amigos, lo cual
hace que eterna le guarden
incólume su amistad.
Y envíanle los soldados
su brío y porte marcial,
y los cortesanos todos
su noble afabilidad.
Recibe su hermano de él
educación bien cabal,
mas como la suya propia,
educación militar.
Las armas y los caballos
predilección especial
gozan en ánimo de ambos,
y las fiestas de lidiar.
Los toros son y las cañas
su diversión familiar,
la caza y el ejercicio
su remedio universal
para matar el fastidio
y el dolor para calmar.
Y como en tales recreos
aliciente es principal
la compañía de gentes
de activa jovialidad,
todos sus amigos se hacen
alegres hasta cansar,
y a prestarle compañía
todos dispuestos están.
Don Pedro, que hombre es de mundo
y de mente perspicaz,
lo ve, lo calla y lo aprecia
en lo que vale no más;
mas no don Félix, su hermano,
que el mundo conoce mal,
y aun en la amistad se fía,
y fía en la lealtad
de cuantos quieren venderle
un cariño fraternal.
Y aunque sus potros lo montan

y usan sus armar, y van
a todas partes con él,
de él dejándose obsequiar,
ni interés sospecha en ellos,
porque de él es incapaz,
ni sus frases, con sus obras
pondera en balanza igual.
Y este fue su paso en vago,
este el impulso no más
que a triste fin lo condujo
con violencia fatal.

Alto, robusto y de gentil talante,
aunque apenas aún le apunta el bozo,
es, franco de alma y de jovial semblante,
don Félix de Guzmán un bravo mozo.
Sencillo en el vestir, mas ataviado
de la corte a la usanza,
de las damas alcanza,
tal vez, favores, y en secreto amado
es de alguna beldad, sin esperanza.
Tal vez pagado él mismo
de su belleza juvenil, aspira
a un imposible amor que loco admira,
a través de dorado idealismo.
Doña Ana de Alarcón, noble doncella,
es en su corazón la preferida;
mas ésta, desdichada cuanto bella,
a un milanés muy noble prometida
por su familia está, por lazo que ate
políticas discordias elegidas,
aunque la fuerza del dolor la mate.
Hombre es el milanés en tramas ducho,
y hay quien lo juzga de su patria huido,
y que ocultos amañes ha traído,
y en favor de Milán maquina mucho.
Bien recibido de la Corte se halla,
gasta con profusión, y que no tiene
con el Gobierno en sus antojos valla,
dicen, y se susurra por lo bajo
que mucho a España su amistad conviene,

aunque cuesta creerlo harto trabajo.
Don Félix, a quien nadie da pavora,
y que en el milanés ve solamente
una cualquier humana criatura,
va adelante en su amor, harto imprudente,
y prudente anduviera
si a sí mismo no más se lo fiara
y a su lengua pusiera
un candado, que a fe que lo acertara.
Mas tenía un amigo
de quien fiaba sus secretos todos,
que era de él como eterno compañero,
sabedor de sus hechos o testigo.
Joven como él, como él sin experiencia,
de otros varios fiaba sus secretos
y los del buen don Félix. ¡Imprudencia
a que están muchos jóvenes sujetos!
Contaba, pues, sus necios amoríos
e inventaba amorosas aventuras,
y entre sus mal fraguados desvaríos
contaba de don Félix las venturas,
contaba de una dama misteriosa
las encubiertas citas,
y contaba, en la noche silenciosa,
del dichoso don Félix las visitas.
Contaba cómo él solo
el compañero de esas citas era,
y en la inmediata calle,
por si lance fatal aconteciera
por acaso o por dolo,
quedaba las espaldas a guardalle.
Y aunque jamás nombraba la persona
a quien don Félix por la reja hablaba,
en tan nimias señales se paraba,
que a poco que el discreto discurría,
por el sitio y las señas que citaba,
la casa de doña Ana conocía.
Y sabedor en tanto del suceso,
a él nada más don Félix suponía,
y de franqueza le perdió el exceso.

En una lóbrega noche
en que las nieblas ofuscan
la opaca luz que la prestan
las estrellas y la luna;
de esas noches en que el aire
con sordas ráfagas zamba,
por las esquinas rasgándose
y por las torres agudas;
de esas noches que parece
que en hondo caos sepultan
al universo dormido,
y el cielo y la tierra enlutan;
de esas noches que recuerdan
las espantosas y absurdas
consejas de las nodrizas,
con que a los niños asustan;
noches que traen a la mente
los concilios de las brujas,
los conjuros de los magos
y las sombras insepultas,
como tales, en silencio,
a pasos rápidos cruzan
don Félix y el necio amigo
una callejuela oscura,
de la calle de doña Ana
y del Real palacio junta.
En silencio van los dos,
porque a los dos los ocupan
melancólicas ideas,
cual no las tuvieron nunca.
-¿Sabes lo que pienso, Félix?
dijo al pararse en la última
esquina el otro.
-¿Qué piensas?
replicó Félix.
-Que es mucha
necedad ir esta noche
de nuestra doña Ana en busca.
-¿Por qué?
-Porque es imposible
que ella a la ventana acuda.

-¿Por qué?
-Porque supondrá
que con legítima excusa
no vendrás en una noche
en que formidables luchan
airados los elementos.
-Y no lo yerras, sin duda;
mas ya que estamos aquí,
volvemos también, en suma,
sin ver si sale o no sale,
también fuera en mí locura.
-Como quieras.
-En tu sitio
queda, pues.
-Félix, escucha:
¿Ves allí un bulto parado?
-Qué, ¿tienes miedo?
-¿Te burlas,
Félix?
-No; mas como veo
que ese embozado te turba.....
-Dejémosle que se aparte.
-Juzgo cosa más segura
queje hagamos apartar.
-¿A la fuerza?
-¡Qué pregunta!
Si no se aparta de agrado,
A ella es fuerza que recurra.
-Vamos, pues.
-Tú queda inmóvil,
que no necesito ayuda.
-Entiendo.-Y así diciendo,
fuése con planta segura
don Félix al embozado,
que de situación no muda.
Paróse a tres pasos de él,
y con gentil apostura
dirigióle estas palabras
con voz ajena de injuria:
-Hidalgo, si grave empeño
tal vez no os lo dificulta,

dejadme libre un momento
la calle.
-Y ¿qué es lo que busca
en ella vuestra merced?
-Busco una casa.
-¿La suya
tal vez?
-Estime el hidalgo
la cortesía que se usa
con él, y responda atento,
que mi paciencia se apura.
-Perdone el buen caballero,
y echo adelante si gusta.
-Es que os habéis de apartar.
-Si haré.
-Gracias.-Hizo punta
el embozado hacia arriba,
tomando en la calle ruta,
y echó hacia abajo don Félix
hasta ver por las junturas
de la reja de doña Ana
la luz que en el cuarto alumbra.
Pasó por frente a la reja,
volvió a pasar; hizo, en suma,
para llamar su atención
cuanto no fuera hacer pública
con la presencia de un hombre
de doña Ana la conducta;
mas ni se abrió la ventana,
ni se oyó señal alguna.
Ya el corazón se lo prensa
de los celos con la furia,
ya negros y pavorosos
presentimientos le turban,
y ya dudaba afanoso
entre si era o no cordura
el volverse o el quedarse
hasta que verdad descubra,
cuando hacia él, calle adelante,
vio correr con gran premura
a su amigo, que le dice:

-¡Huye, don Félix!
-¡Que huya!
¿De qué?
-El milanés maldito
tenía su gente oculta
para dejarte pasar,
y con mano más segura,
encerrado en esta calle,
abrirte en su centro tumba.
-¿Estás seguro que es él?
-Sí, Félix; sin duda alguna.
-Ganemos, pues, la otra esquina,
que fuera cosa hartó dura
morir aquí como perros
a las manos de tal chusma.
Pero mañana, la mía
será la primer figura
que a sus ojos se presente,
y veremos si su astucia
de su corazón desvía
de mi tizona la punta.
Vamos.-Y así pronunciando,
a alejarse se apresuran.
Mas no bien a la otra esquina
tocaban, cuando a ellos juntas
dos espadas se vinieron,
que toparon con las tuyas.
Duró la lid un instante,
y ya vencer se figuran,
pues a estocadas los llevan
los dos mancebos con furia,
cuando corriendo llegaron,
con las espadas desnudas,
otros tres por sus espaldas.
Siguió momentos la lucha,
como valientes lidiando;
mas ¿qué el valor les ayuda
donde a traición contra ellos
cinco cobardes se juntan?
Cayó primero don Félix,
y aunque en la tapia se escuda

para lidiar cara a cara,
los ojos ¡ay! se le anublan
con la sangre que derrama,
y a cuchilladas le abruman.
Riñó como bravo el otro,
mas fue inútil su bravura,
pues todos en torno suyo
villanamente se agrupan,
y al cabo de unos momentos
cayó con heridas muchas,
de boca, a impulsos de un tajo
traidor, sentado en la nuca.
Tomaron la calle arriba
los viles, y en voz confusa,
unos a otros, marchando,
que muertos son se aseguran

Amanecía apenas
el inmediato día,
cuando sus horas de quietud serenas
a don Pedro Guzmán interrumpía
siniestra y tumultuosa vocería.
De su casa en la puerta
con aldabadas dobles,
a cuyo impulso sus macizos robles
resistencia oponían, pero incierta,
llamaban tenazmente;
y ya en tropel juntábase de gente,
y ya don Pedro presto,
con prisa airada y soñoliento gesto,
las ropas se vestía,
porque ningún doméstico lo hacía.
Ya de su larga bata
las puntas coge y las presillas ata;
y al balcón se dirige,
cuando un viejo criado
que ha muchos años que su casa rige,
llegó a él con semblante desolado.
-Fermín, ¿qué es lo que pasa,
dijo don Pedro, para ruido tanto,
que parece que a hundirse va la casa?

Y amargo llanto derramando el viejo,
-No salgáis dijo, ¡por el cielo santo!
-Mas ¿qué pasa? ¿Quién es?
-Es la justicia.
-Y en mi casa, ¿qué quiere?
-¡Oh! Con vos nada,
señor, nada con vos.
-Pues, a quién busca?
Fermín, sea cualquiera la noticia
fin me has de decir, por desastrada
que sea, dila pronto.
-¡Sosegaos, señor!
-¡Voto a los cielos,
que valen más que el susto tus recelos!-
Y tal diciendo con airado tono,
dirigióse a la puerta;
mas el viejo Fermín interponiéndose,
con sollozos le dijo interrumpiéndose:
-Vuestro hermano, señor, hoy no ha dormido
dentro de casa.-Y comprendiendo al punto
don Pedro lo demás, lanzó un gemido
arrancado al dolor y la ira junto.
Y apartando al anciano suplicante,
lanzóse por los cuartos adelante.
Al pie de la escalera,
en hombros de unos hombres compasivos,
yacía, desgarrando de los vivos
el corazón, y de su muerte fiera
con horrendas señales mutilado,
don Félix desdichado.
De siete anchas heridas
por las sangrientas bocas
la vida se lo huyó, y compadecidas
de tan triste espectáculo, pudieran
en lágrimas romper las duras rocas.
La horrible escena de dolor y saña
a que don Pedro se entregó, sin duda
que es a mi pluma extraña:
que a períodos poéticos acuda
para pintarte con verdad, en vano
será, ¡oh caro lector! Llama en tu ayuda

tu propio corazón, y pesa el duelo
que fuera en él si un padre o un hermano
de modo tal te arrebatara el cielo.
Con tan grande dolor, con pena tanta
don Pedro de Guzmán enloquecido,
largo rato anudada en su garganta
sintió la voz, y se esquivó el sonido;
y sobre los despojos
del infeliz hermano
llanto vertieron sus nublados ojos;
trémula y fría separó su mano,
a su dolor cediendo sus enojos;
mas luego que en su mente
volvieron a ordenarse las ideas,
y al corazón ardiente
volvió el valor, un punto adormecido,
su centelleante vista, de repente
tendió por el concurso enmudecido,
diciendo con acento enronquecido.
-¿Quién fue el traidor cobarde
que en un mancebo imberbe todavía
de tan salvajes iras hizo alarde?
Y en derredor tendió fiera mirada
Guzmán, mas nadie le repuso nada.
-¿Todos, dijo don Pedro, aquí lo ignoran?
¡Todos callan! ¡Pardiez! ¿Dónde fue muerto?
¿No hallaron la verdad los que lo lloran,
los que le traen a domicilio cierto?
¿Quién le reconoció? ¿Quién pudo acaso
de quien le recogió guiar el paso?
Volvió a tender en torno su mirada
Guzmán, y nadie le repuso nada.
Entonces, ya con tono descompuesto
y semblante iracundo,
hijo de su pesar justo y profundo,
a un Alcalde de corte que con gesto
impasible y severo le había oído,
cuya ronda a su hermano ha recogido,
dirigióse Guzmán así diciendo:
-Amigo soy del Rey, y pues tan necia
en los crímenes anda la justicia,

sabr  el Rey que su ley se le desprecia,
y que el miedo la tuerce o la malicia.-
Y volviendo la espalda Guzmán, fiero
pidió a Fermín su capa con su acero;
viendo lo cual el juez, tras él echando,
y a Guzmán de los otros apartando,
díjole: -O dme, pues, buen caballero.-
Y de la estancia fuera,
platicaron los dos de esta manera.

DON PEDRO

Decid.

ALCALDE

Con vuestro hermano
otro joven halló, que al par herido
fue con don Félix por la misma mano.

DON PEDRO

Y  quien es?

ALCALDE

Fue don Carlos de Aguilera.

DON PEDRO

 Muri  también?

ALCALDE

También.

DON PEDRO

 Oh suerte fiera!

ALCALDE

Mas vivió lo bastante
para decir con hálito expirante,
y jurar por la fe de caballero,
y de la eternidad por el gran paso,
de tan traidor y lastimoso caso
el autor verdadero.

DON PEDRO

Y  quien es, vive Dios!

ALCALDE

Antes, don Pedro, de saber su nombre
juradme que escondido en vuestro pecho
le guardar is, que es hombre
que por bueno pasar puede lo hecho;
y que al Rey solamente
lo habéis de revelar secretamente.

DON PEDRO

S  juro; mas si fuese
el mismo Rey, señor Alcalde, habría
de hacer justicia en sí, o  por vida mía,
que puede que me oyese
lo que de nadie oír esperaría!

ALCALDE

A la venganza yo no os pongo coto;
mas si no sois del Rey muy grande amigo,
no mov is con quien fue mucho alboroto;
y esto, Guzmán, que os digo,
lo que os puedo decir es, y es mi voto.

DON PEDRO Mas ¿quién es? Acabad.-Y aquí al oído
de don Pedro acercándose el Alcalde,
dijo, y de nadie pudo ser oído:

ALCALDE El milanés que habita en la Embajada
de Inglaterra.-Y don Pedro,
tal nombre oyendo, al lado de la espada
llevó la mano, y con feroz mirada,
-Bien está, dijo al juez: lo entiendo todo.

ALCALDE ¿Solo el Rey lo sabrá?

DON PEDRO Solo, y de modo
que a la historia añadir no podrá nada.
Y los dos apartándose.
para dejar la historia bien redonda,
desde allí cada cual siguió entregándose,
don Pedro a su dolor, y él a su ronda.
Pero puede el discreto
imaginar, que en calma
no podría encerrar dentro del alma
don Pedro de Guzmán este secreto,
y que a vueltas y a solas andaría
más segura buscando
del autor del delito tan infando
fiera venganza en oportuno día,
y que el día fatal quedó aguardando.

Y a la mano en pocos días
la ocasión le vino pronta,
que quien para el mal la busca,
siempre se la encuentra próxima.
Seguido de un escudero
por honor de su persona,
y por ayuda en un caso
de una asechanza traidora,
por fuera de Recoletos
una tarde nebulosa
el de Guzmán se pasea
rumiando tristes memorias.
Víasele entre los árboles
como una siniestra sombra,
el monasterio cruzando
desde una esquina a la otra,

la larga espada en la cinta,
embozada la persona,
descolorido el semblante
y con la mirada torva.
Todo su exterior, en fin,
revela que su alma a solas
en los cálculos se abisma
de meditaciones hondas,
y que una idea inmutable,
íntima y desoladora,
lastima su inquieta mente
y el corazón lo acongoja.
Piensa en su hermano don Félix
y en la más fácil y próspera
ocasión de la venganza
de muerte tan elevosa.
En esto, el Prado adelante,
por dos yeguas voladoras
que lo pacieron la grama
al Guadalquivir en Córdoba,
arreatada venía
sin camino una carroza,
pues torpe mano, a las yeguas
acosando, desbocólas.
Al punto vio la impericia
Guzmán, cuya generosa
sangre a ayudar le impelía
al que así necio se arroja;
y conociendo que pronto,
dejando la arena cómoda,
se entraran por los vallados
las dos bestias poderosas,
con su escudero lanzóse
por si contenerlas logra,
y aquel peligro desvía
de quien la muerte provoca.
Los que en el carruaje vienen,
gritaron en voces roncadas:
«¡Fuera! ¡Fuera!», por si acaso
con el espanto empeoran
los animales, y alcanzan

caída más desastrosa.
Mas a sus voces haciendo
Guzmán las orejas sordas,
como hombre sereno y ducho
en semejantes maniobras,
colocándose a ambos lados,
la vista y la mano prontas
caballero y escudero,
al enfilear la carroza
con un instantáneo arrojito
asiendo las bridas rotas,
a una yegua el caballero,
y el escudero a la otra,
consiguieron, lastimándolas,
pararlas, y a mucha costa.
Saltó en tierra un caballero
a la más estricta moda
equipado, y de presencia
muy bizarra y muy airosa.
Mas al llegarse a don Pedro
a darle gracias, la gola
le aferró con ambas manos
el de Guzmán, con furiosa
voz diciéndole: «¡Asesino,
caiga en ti su sangre toda!»
El milanés (que no era otro),
que aquella sangrienta historia
recordó viendo a don Pedro,
dióse por puesto en la horca.
Mas soltóle el de Guzmán,
y treguas dando a su cólera,
lo dijo: «Hacia aquí apartaos;
veamos si vuestra hoja
corta igualmente de cara
como por la espalda corta.»
Echaron a Recoletos,
y de tapia protectora
amparándose, sacaron
al aire sus dos tizonas.
Perdió el milanés la suya
con muchísima deshonra,

y yendo a herirle don Pedro,
como una espantada zorra
a quien los perros persiguen,
tomó fuga vergonzosa.
Indignado el de Guzmán
viendo con alma tan poca
a quien tan traidoramente
asesina entre las sombras,
echó tras él, ya resuelto
a darle muerte alevosa.
El milanés, conociéndolo,
con intención previsor
ganó u la iglesia la puerta,
y la capilla más próxima.
Entró tras él Guzmán, ciego,
mas a una imagen devota
de Cristo viéndole asido,
de la mujer generosa
se acordó que dio la vida
al matador de Zamora.
Soltó su mano la espada,
con voz descompuesta y cóncava
diciendo al otro, que le oye
con alma y con faz atónitas:
«Idos, que yo os dejo libre;
válgaos la buena memoria
de una mujer que por mí
osó hasta acción tan heroica.»

Y saludando a la imagen
con reverencia piadosa,
dijo: «Hasta aquí mi venganza:
¡Dios me la tenga en memoria!»
Dudándolo todavía,
ve el milanés que abandona
la iglesia, mas de ello al cabo
sus sentidos se cercioran.
Y a su carroza volviendo,
por hazaña milagrosa
contó en la corte el suceso,
que admiró la corte toda.

Y por verdadera hazaña
contada de boca en boca,
a don Pedro apellidaron
El de la buena memoria.

A mi amigo D. Juan Eugenio de Hartzenbusch

Mi querido Juan Engenio:
Mi tomo octavo publico,
y al cabo te lo dedico
en holocausto a tu ingenio.
Ve si contigo me porto
un cuento te he prometido,
y un tomo te doy cumplido;
no me acusarás de corto.
Otros buscan con su obra
destinos o protección;
yo no gravo a la nación,
conmigo mismo me sobra.
Mientras siga el editor
versos y libros pidiendo,
irá libros escribiendo,
que lo tengo por mejor
que pedir al poderoso,
mendigar del ignorante,
y rogar al arrogante,
que soy yo muy orgulloso,
Buscar un crítico enfático
que alabe mi obra, no quiero,
que tan bien como el primero
puedo ser yo catedrático.
Y a más, para entra los dos,
los criticones de hogaño
no nos harán mucho daño;
saben poco, ¡vive Dios!
No se echan muchas vigiliass
hoy en críticos estudios;
tras poquísimos preludios,
hoy de crítico te filias.

Con ir un mes a París
y almorzar con Víctor Hugo,
vuelves y, pones el yugo
literario a tu país.
¡Las letras están fatales!
vienen diciendo de allá.
Las artes ¡lástima da!
¡No están en el Congo tales!
Pues ¡los teatros? ¡Da grima!
¡Ni de talento hay destellos!.....
Y escriben comedias ellos
como maestros de esgrima.
Tajo aquí, cercén allá,
ora a la regla, ora al gusto,
cada escena nos da un susto
si calambre no nos da.
Y viendo al fin que no atinan
por medio ninguno humano,
cortar el nudo gordiano
ex cathedra determinan.
Con nuevas nomenclaturas
sus disparates bautizan....;
y tanto la luz atizan
que nos dejarán a oscuras.
Quien de la *escuela moderna*
genio innovador se llama,
barba, galán, paje y dama
despacha a la vida eterna.
Quien se dice *de la antigua*,
en cánticos pobrecitos
de la otra cambia los gritos,
y que da sueño averigua.
Yo, que tal veo, me digo:
¡Tanto valen, a fe mía!
Con que firme en mi manía
de andar con entrambas siglo.
En lo que no hago ¡por Dios!
mas que, con maña oportuna,
tentar a la par fortuna
por cualquiera de las dos.
A veces, de sangre un río

vierto, en situación acerba,
y a veces, con una hierba
como un tonto me extasío.
Y en esto, sin duda alguna,
con sesudo estoicismo,
pruebo que me da lo mismo
por las dos que por ninguna.
Sin embargo, de mi afán
me daré por satisfecho
si no te enfada lo hecho
en *Montoya el Capitán*.
El pueblo me lo contó
sin notas ni aclaraciones;
con sus mismas expresiones
se lo cuento al pueblo yo.
Inútil es que me pidas
para medirle compás;
el pueblo tiene no más
el compás con que lo midas.
La gente crítica y docta,
que por decidir se muere,
califíquele si quiere
de milagro o de aneodota.
Se me da, Eugenio, un ardite
que lo juzgue bien o mal,
que lo llame obra inmortal
o de necia la acredito,
porque según lo que vemos,
no hay obra, y más siendo ajena,
que sea a su juicio buena.....
Conque pregunto: ¿y qué hacemos?
Escucha los silogismos
con que vengo a deducir
que debemos escribir
sin miedo a nosotros mismos.
Si apenas entre unos y otros
hay un buen libro que hojear,
fácil es de remediar,
escribámoslo nosotros.
Tal vez en el *item* demos,
y si no damos, peores

que los demás escritores
a fe que no quedaremos.
Y además, si es el placer
de los sabios *mal-decir*,
si damos en no escribir,
¿qué mil diablos han de hacer?
Yo soy terco, y lo confieso,
pues lo que escribo critican,
escribo porque se pican,
y ambos roemos el hueso.
Que al cabo va convenciéndome
la experiencia por de pronto,
de que no faltará: un tonto
que se divierta leyéndome.
Y concebirse no puede
que no tenga un solo amigo
que aplauda lo que yo digo,
como a muchos les sucede.
Yo sé que en ambas escuelas
habrá quien haga a este prólogo
allá a solas un monólogo
como a una fluxión de muelas.
Mas yo vivo, por fortuna,
en tan dulce escepticismo,
que se me importa lo mismo

por las dos, que por ninguna.

△

y en esto sólo habló bien. El escultor y el duque

Cuento dedicado a la Señora Doña Matilde O'Relly de Zorrilla.

Empecé la publicación de mis poesías
conociéndote, y las concluyo con tu nombre.

Madrid, Octubre 10 de 1840.

(Nota del autor a su mujer.)

I

Año de más o de menos,
si no miente mi memoria,
mil quinientos veintidós
corren, y una tras de otra
por la preferencia luchan
las muy exquisitas obras
con que un escultor de Italia
admira a Sevilla toda.
Sin dar tiempo a que se olvide
la fama que una le cobra,
reputación y caudales
siempre la última le dobla.
Siempre dél espera el vulgo,
y siempre el vulgo se asombra
al ver el nuevo prodigio
de su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
ni comunidad, por corta
o pobre que sea, a quien
una efigie no se rompa,
que habiendo por precisión
de buscar quien la componga,
más vale hacer otra nueva,
siquiera por la mejora.
Aquí tienen una Virgen,
pero es de mano muy tosca;
allí un crucifijo, y bueno,
pero la cruz es muy corta;
acá un San Juan de rodillas,
¡cosa estupenda! mas sobran
dos líneas de la peana,
y nunca bien se acomoda;
allá hay una Magdalena,
¡soberbia estatua! ¡gran cosa!
mas dicen que por desnuda
no es imagen muy devota.
Y así cada cual encuentra
pretextos que le ocasionan
del taller del Florentino
la visita rigurosa;

y así su fecunda mano
sin darse descanso brota
para uno un San Aquilino,
para otro una Dolorosa.
Y no es que maña o agrado
emplee, pues fama goza
que dar crédito pudiera
al pirata Barbarroja.
Alto, vigoroso, altivo,
aire audaz, mirada torva,
barba crecida hasta el pecho,
aliento recio y voz ronca,
mejor que artista parece
bandolero, y más importa
guardarse de él, que guardar
sus estatuas primorosas.
Alcanza fuerzas hercúleas,
cólera mucha y muy pronta,
y son de largos sus hechos
lo que sus frases de cortas.
No se acompaña con nadie,
ni a nadie contó su historia;
ni los valientes le arredran,
ni a los que callan provoca.
Es con las damas cortés,
y aunque frío con las mozas,
no es con ninguna grosero,
y retrata a las hermosas.
Es largo con los soldados,
que las armas le enamoran;
saluda siempre que alcanza
las banderas españolas;
y aunque con todos severo,
jamás los chicos lo enojan,
aplaude a los revoltosos
y acaricia a los que lloran.
Lo mismo el sayo se ciñe,
que se revuelve la cota;
lo mismo sacude el mazo,
que sacude la tizona;
y sin que aperciba grande

diferencia de uno a otra,
lo mismo sierra un madero
como una cabeza corta.
Extranjero, y sin su gente
que en su lengua lo responda,
que le recuerde sus gustos
o le llore sus zozobras,
ni conoce jerarquías,
ni distingue de personas;
jamás su trabajo lleva
quien pródigo no le compra.
Ni tiene ni quiere amigos,
que por experiencia propia
sabe que, muy raras veces,
los que no cansan, no estorban.
Y si los negros recuerdos
de sus pesares le acosan,
obscureciéndole el alma
como tempestades torvas
que con negros nubarrones
al son del viento se agolpan,
con la fatiga del cuerpo
los duelos del alma ahoga.
Y el pensamiento en Florencia,
la ambición puesta en su gloria,
para vivir solo y triste
todo lo demás le sobra.

II

En un claustro de un convento,
como a las tres de una tarde,
hay gran reunión de gente,
toda atenta y toda grave.
Tornados tienen los ojos
todos a la misma parte,
los nobles y el populacho,
los soldados y los frailes.
De cuando en cuando se escucha
murmullo y cortadas frases
de los que no han visto y llegan
y de los que ven y parten.

Unos dicen: «¡Brava pieza!»
Dicen otros: «¡Cosa grande!»
y se empujan y encaraman
los de atrás en los de adelante.
Uno alaba los contornos,
lo leve otro del ropaje,
otro las manos del niño,
otro el rostro de la madre.
Quién dice que la cabeza
es un prodigio; admirable
dice otro que es la invención,
citando reglas del arte,
y todos al par confiesan
que ella es de las más cabales
obras que a pública vista
se han puesto cien años hace.
El que no entiende, ve y calla,
y en ver hace lo bastante,
que al buen callar llaman Sancho,
y sobre ver, esto baste.
Lo más que a alguno le ocurre
de los muchos que *no saben*,
es, volviéndose a algún monje,
preguntar: -¿*Quién lo hizo, padre?*-
A lo que con voz sonora
dice satisfecho el fraile:
-Se la encargó a un italiano,
y ¡es gran cosa! Bien lo vale.-
Como quien dice:-¡*Sé compra,*
porque no habrá quien lo pague.
Y el vulgo, que atento lo oye,
se queda a obscuras como antes.
Fuese al fin disminuyendo
la concurrencia, y la imagen
quedó cercada en el claustro
de unos cuantos personajes,
todos ellos gente hidalga
si se exceptúan los padres
del convento, que les ríen,
y lo que dicen aplauden.
Mas entre todos hay uno

cuyo exterior respetable
decoran altas insignias
civiles y militares,
que con mirada severa
y desabrido semblante
mirando estuvo gran trecho
la escultura venerable,
y recogidos los párpados,
fruncido el ceño, fugándose
las miradas de los ojos
cual si mucho le pesase
que sospechen de la estatua
lo que piensa o lo que sabe,
está en situación confusa,
difícil e inexplicable.

Mostráronle una tras otra
las bellezas y bondades
de la estatua, lo armonioso
de la escultura y lo fácil,
la expresión y el movimiento
del conjunto, y de las partes
el desempeño y estudio,
todo a cual más estimable
Mas él, a las advertencias
contestando con señales
de atención poco expresivas,
contemplábala el semblante.

Y a fe que el de la Madona
era cosa de admirarse,
rostro peregrino y bello
en efigie cuanto cabe.

Representóla el artista
sonriendo al tierno infante
que la colocó en los brazos
a su pecho alimentándose.

Reía el niño y mirábala,
sonreía ella mirándole,
y revelaban entrambos,
el placer más entrañable,
él libando de sus pechos
néctar dulcísimo y suave,

ella dándole la esencia
de su purísima sangre,
y en situación tan sencilla,
verdadera e infame,
que era imposible sin lágrimas
a sangre fría mirarles.
Por último, anocheciendo
y necesaria faltándoles
luz, se apartaron del claustro
los hidalgos y los frailes.
Cerraron cuidadosamente
la puerta con dobles llaves,
y hasta, el pórtico salieron
tras el frío personaje,
que devolvió sus saludos
con atentos ademanes,
como quien tal los merece
y harto en recibirlos hace.
Quedaron en pie los monjes
hasta que volvió la calle,
y él dió el brazo a un caballero
que deja que lo acompañe.

III

Cerraba espesa la noche,
fría y amagando lluvia,
por lo que aprietan el paso
y los embozos se cruzan.
Y entre el rumor de sus huellas,
entrecortada y confusa
de los dos nobles a trozos
la conversación se escucha.
-¿Qué os ha parecido, Duque?
-Exquisita es la escultura.
-Mucha atención la pusisteis.
-¿Lo echasteis de ver?
-Sin dada.
-Más de una hora habéis estado
delante de ella.
- Me gusta;
y os lo confieso, Marqués,

a estar hoy en venta pública.....

-¿Eso os detiene? Pedidla.

Vos sois en Sevilla.....

-Nunca;

eso fuera prevalerme

de mí posición, segura

mi ganancia; y pues los monjes

la obra encargaron, ya es suya.

Siguieron cruzando calles,

tomando señas en unas,

equivocándose en otras,

como quien camino busca,

y al cabo de muchos pasos

y equivocaciones muchas,

llegaron frente una casa

de una callejuela oscura.

-Aquí vive, dijo el Duque.

-¿Quién?

-¡Alabo la pregunta!

-¿Me habéis dicho adónde vamos?

-¿No?

-No.

-Pues muy oportuna

es la ocasión para verlo.-

Y a una violenta y ruda

aldabonada, la puerta

estremecida retumba.

Oyéronse en la escalera

pasos, y por las junturas

penetró la luz movible

con que por dentro se alumbran.

-¿Quién es? preguntó dulcísima

una voz suave que anuncia

una mujer, cuya forma

aun a la vista se oculta.

-*Hidalgos*, dijo el de fuera.

- *Y ¿a quién los hidalgos buscan?*

-Al escultor Torrigiano.

¿Vive aquí?

-Sin duda alguna.

Se abrió la puerta, y entrando

los dos hidalgos a una,
sus dos ánimas quedaron
estupefactas y mudas.
Y aunque expresión muy diversa
muestran sus rostros, acusan
los dos el asombro interno
con que sus afectos luchan;
y a fe que asombro merece
lo que a contemplar se agrupan,
lo que aun a creer no aciertan
pasmados de la ventura;
porque asida al picaporte
y a la luz trémula y turbia
de una bujía, que al soplo
del aire brilla insegura,
delante sus ojos tienen
bella aparición nocturna.,
de la Madona del claustro
la exactísima figura.
Aquel peregrino rostro,
aquella trenzada y rubia
cabellera, aquellos ojos
que al cielo el color anublan,
aquella sonrisa de ángel
tan celestial y tan pura,
aquellos brazos tornátiles
y aquellas manos menudas,
son ¡vive Cristo! las mismas
de la divina escultura;
y ello será brujería,
pero ambas a dos son una.
Mirábase el uno al otro
los hidalgos, y confusa
mostrábase ella, su espanto
sin saber a qué atribuya,
hasta que el Duque, el embozo
bajando, la faz ceñuda
mostró a la luz, y la niña
conociéndola se turba.
-¡Hola! dijo aquél subiendo.
Mucho de casas te mudas.

Y ella contestó cerrando:
-Ya veis, don Juan, que era mucha
la exposición de vivir
a solas con mi fortuna.
-¡Hem! dijo el Duque lanzando
una tos seca y profunda.
*No es mala tu compañía
si mucho tiempo te dura.*
Y mascullando otra tos
que la garganta le anuda,
llegó a una sala cuadrada
donde el Florentino estudia.

TORRIGIANO

Púsose en pie el escultor,
y arrimando dos sitiales,
excusó ceremoniales
hablando en este tenor.

¿A qué fortuna merezco
el honor de esta visita?

DUQUE

A un señor que necesita
una obra, y os la ofrezco.

TORRIGIANO

Acepto, si la sé hacer
a gusto de esa persona

DUQUE

Es copia de una Madona
que habéis concluido ayer.

TORRIGIANO

¿El tamaño?

DUQUE

A vuestro gusto
como me la hagáis igual;
la semejanza cabal
es en ella lo que ajusto.

¿Aceptáis la condición?

TORRIGIANO

Si no es como la prometo,
a dárosla me someto
sin gozar retribución.
Pero si igual ha de ser,
francamente os quiero hablar,
tengo allí que retratar
a mi hijo y mi mujer.

DUQUE

¡Cómo!

TORRIGIANO

Tuve ese capricho
en la que ayer concluí,

DUQUE

y a no ser la estatua así,
es imposible lo dicho.
¿Y ese amante desvarío
puedo yo culparos? No.
Haré vuestro gusto yo
al vos me cumplía el mío.
Callaron por un momento
como quien recela duda,
y un punto consigo mismo
su resolución consulta.
Y el hidalgo y el artista,
que uno de otro se aseguran,
al mismo tiempo dejando
su actitud mediatunda,
cambiaron como por prendas
de la confianza última
esta respuesta el hidalgo,
y el artista esta pregunta:

TORRIGIANO

Pues que no ancluvimos parcos
de explicaciones los dos,
¿me diréis si es para vos?
Llevádsela al Duque de Arcos,
que no os pesará, ¡por Dios!

DUQUE

IV

Y yendo y viniendo días,
y sin tregua el escultor
trabajando, a los cuarenta
la Madona se acabó,
copia completa y exacta
de la Madona anterior,
hija de la misma mano
y la misma inspiración.
Cifra en que el fogoso artista
su cariño formuló,
fue el suspiro postrimero
que exhaló su corazón;
porque el arte es un amigo
benigno y consolador,
que paga con un instante
muchos años de aflicción;
es un suave y encantado

y aromático licor
que el brío rejuvenece
de la perdida ilusión,
que provoca el entusiasmo,
la esperanza y el amor,
y vuelve a encender el fuego
de la fe que se apagó;
es un bálsamo escondido
del ánimo en un rincón,
que cicatriza las llagas
que la desventura abrió.
Y hay un sacro y absoluto
momento de bendición
en que el placer del artista
lo concibe sólo Dios,
pues no halla la mariposa
con tanto gusto una flor,
ni halla una floresta el ave
que de la jaula escapó,
ni halla afanada la abeja
la miel de que vaga en pos,
ni halla el mísero cautivo
la luz que ver no esperó,
con tan intensa y tan pura
celestial satisfacción
como halla el cansado artista
lo que él a solas creó.
Es un sueño venturoso
que en alas de la ilusión
muestra al alma un ignorado
paraíso encantador;
es el beso de una madre
al hijo que le nació,
por cuya vista ha sufrido
largas horas de dolor;
que le ama más cuanto más
le cuesta su posesión;
y no hay símil de ambas cosas
más exacto ni mejor.
Y pues su linda Madona
Torrignano concluyó,

en ese cielo del arte
dejemos al escultor.

A la mañana siguiente
la preciosísima efigie
esperaba al Duque de Arcos
que acabara de vestirse;
y mientras miran y admiran
lacayos y ministriles
la verdad y la hermosura
de la inanimada Virgen,
en la retirada calle
donde el Torrigiano vive
está pasando otra escena
que no es justo que se olvide.
Dejemos al noble Duque,
en armas y amor insigne,
que la divina escultura
enamorado acaricie;
dejemos al Florentino,
que de su mano recibe
repleto saco, que augure
horas tras su afán felices,
y entrémonos en su casa,
donde su amorosa Tisbe
está a la reja esperando
que dé la vuelta el artífice.
No se sintió por su ausencia
la esposa nunca tan triste,
ni de su inquietud secreta
la extraña razón concibe;
mas su ardiente pensamiento
mil sobresaltos la finge,
y el corazón con mil ansias
no acierta qué vaticine;
y ello es un hondo misterio
y un arcano incomprensible;
mas tiene presentimientos
el corazón infalibles.
Mirando estaba impaciente
de la calle los confines

por ver si llega más pronto
o más pronto le apercibe,
cuando un hombre que se acerca
rápido, con mano firme
tira un papel por la reja
y contestación la pide.
En vano tal osadía
querido hubiera impedirle,
y en vano algunas palabras
de justo enojo le dice.
El hombre pasa y no escucha;
le llama..., le grita, y sigue,
y allá hacia el fin de la calle
vuelve a pararse impasible.
A poco rato, el mismo hombre
paso a paso se dirige
otra vez a la ventana;
y esto que advierte la Tisbe,
toma la carta del suelo,
aguarda que se aproxime,
y con desprecio tirándosela,
que despejo le repite.
Cerró los vidrios de golpe,
pero ni tiempo consigue
para encajar la falleba,
porque el hombre, que se sirve
de ambas manos, deteniéndolos
con vigor irresistible,
volvió la carta diciendo:
-Sin respuesta no he de irme.
Y al ir palabras más duras
colérica a dirigirle,
apareció el Torrigiano
y palideció la Tisbe.
¿Qué es eso, Tisbe?
Un infame
que dos veces ha pasado
y ese papel ha tirado
por la reja.
El papel dame,
que, a lo que veo, él ha huido;

TORRIGIANO

TISBE

TORRIGIANO

mas ¿qué tiembblas, alma mía,
no ves que de su osadía
tú la culpa no has tenido?

TISBE
¡Ay, Pedro, que ese papel,
me da recelos fatales,
y me parecen puñales
cuantas letras hay en éll

TORRIGIANO
TISBE
¡Calla, inocente!
No le abras,
Pedro.

TORRIGIANO
¿Saber no es mejor
de qué mal es portador?
Y al fin, son cuatro palabras.
(Abriendo la carta, a Tisbe:)
Pero, Tisbe, es para ti;
tu nombre al principio viene.....
Veamos lo que contiene,
y escucha, que dice así:
(Lee.)
«Tisbe, elige; está en tu mano
mi ventura y su sentencia:
*un día de resistencia
da la muerte al Torrigiano.»*

TISBE
¡Ay, Torrigiano, ay de mí,
que con mi negra hermosura
te traje la desventura
y acaso muerte te dí!

TORRIGIANO
Mas ¿qué misterio penetras
en ese papel, que a voces
mi muerte auguras? ¿Conoces
quién hizo, Tisbe, esas letras?

TISBE
No; lo adivino no más:
de un villano que en tu ausencia
con inaudita insolencia
me enamoró, son quizás.
Toda Sevilla corrí,
de casas mudé esquivándole,
y logré, desorientándole,
vivir escondida aquí.
Cobrále un horror intenso
desde el momento de verlo,

TORRIGIANO y sólo supe temerlo,
y no lo bastante, pienso.
Y ¿por qué no me has mostrado
a ese traidor cara a cara,
y en mis manos acabara,
que era morir muy honrado?

TISBE A verte una noche vino,
y en mi cuarto me encerré
como quien siente y no ve
los pasos de un asesino.
Y ni escucharos osaba,
porque tal horror sentía,
que aun de su voz, si la oía,
no sé qué me recelaba.

TORRIGIANO (*Desesperado.*)

¡Y yo, necio, se la dí;
se la llevé yo en persona!.....

(*A Tisbe:*)

TISBE Y viendo aquella Madona
que se parecía a ti,
¿no lo adivinabas tú?
Temí, Pedro, que tus celos.....

TORRIGIANO

¡Cargue, voto va a los cielos,
con tu miedo Belcebú!
¡Ira de Dios, y qué a punto
con mi maldita escultura
yo mismo, de tu hermosura
fui a presentarlo el trasunto!
¡Por ella su lengua fatua
me hará de irrisión objeto!.....
¡Maldito si no le meto
en el cerebro la estatua!

Y esto el escultor diciendo,
la espada en el cinto pone,
y desatinadamente
la mano en el picaporte.
No basta que de rodillas
ante él la hermosa se postre,
ni que las suyas abrace,
pues sus intentos supone;

que ni advertencias admite,
ni fríos consejos oye,
ni lo que intenta concibe,
ni ve lo que se propone.
El hombre en aquel momento
sólo necesita un hombre,
y pues encontrarlo es fuerza,
sin duda que sabe en dónde.
Quedóse la Tisbe sola
y a los vidrios asomóse,
los ojos llenos de lágrimas
y el corazón de temores.
Así estuvo largo tiempo,
sin que distraerla logren
de sus pensamientos tristes
y negras cavilaciones,
ni de la luz reflejada
por el cristal los colores
brillantes, ni las figuras
de la calle, ni las voces,
hasta que, vuelta a sí misma,
de los cristales quitóse,
y viendo aún en el suelo
el papel infausto, asíóle.
Tendió, sin ver lo que hacía,
los ojos por sus renglones,
y helóse al ver estos cuatro,
no leídos hasta entonces.
«Esta profana escultura
diviniza una pasión,
y enviada a la Inquisición,
os abre la sepultura.»
Lanzó la infeliz un grito,
y como el tiro conoce,
hacia el palacio del Duque
desataleada corre.

V

El sombrero hasta las cejas,
fiera y sombría la cara,
atenazados los dientes

y echada al hombro la capa,
como una sombra fatídica
de algún panteón escapada,
por la escalera del Duque
audaz Torrigiano avanza.
De cuatro en cuatro las sube,
y un tramo tras otro gana,
cual si entrepar con tal brío
alguna apuesta ganara.
Las salas resuelto cruza,
y a detenerle no bastan
las señas de los porteros
y las voces de los guardas.
Al uno con un bufido
de ira o desprecio le espanta,
al otro de una embestida
le tumba en tierra de espaldas.
Y así, sin más miramientos,
llegó, de una en otra estancia,
del gabinete del duque
hasta tocar la mampara.
Asióla del picaporte,
y por si en abrirse tarda,
con sacudida violenta
del quicio la desencaja.
Sintió el estrépito el Duque,
y al ir a volver la cara,
ya el Torrigiano tenía
la mano en su hombro posada.
-¿Qué me queréis, señor mío?
-Mi escultura.
-Está comprada.
-Ahí tenéis vuestro dinero,
no quiero venderla, dádmela.
Y el Torrigiano en la mesa
tiró el saquillo de plata
que en precio de la escultura
recibió por la mañana.
Rióse el Duque, y lo dijo:
-¿Sabe, buen hombre, a quién habla?
¿Sabe que sólo mi voz

para aniquilarlo basta?
Rugió el Torrigiano de ira,
y dijo con voz ahogada:
-Será si la dejo yo
que pase por la garganta;
y no piense que eso es sólo
lo que a mi cólera basta.
Ahora venga la escultura;
luego, pues dagas y espadas
tenemos, y hombres nacimos,
saldrá de aquí lo que salga.
Y abalanzándose rápido
a las puertas que la estancia
tras de la mampara cierran,
con resolución exclama:
-O defendeos, u os mato,
que os juro que vuestra carta
otra respuesta no tiene
que un párrafo de estocadas.
Y ya sin otro remedio,
asíó el Duque espada y daga,
y trabóse la contienda,
que ¡por Dios! que fue empeñada.
El artista, que se sirve
cual del cincel de su arma,
el pecho de su contrario
a cada momento amaga.
Y aunque de audaz y valiente
con reputación sobrada,
no se dió por muy seguro
el Duque, que ya pensaba
en ganar tiempo, aunque acaso
toda la honra costara;
mas la rapidez del otro
hasta la voz lo embargaba,
y se perdían sus ojos,
y sus manos no bastaban
a parar tan recios golpes
y tan recias cuchilladas
y aunque muy bien se defiende,
que al fin le va vida y fama,

ya en el rincón de una puerta
el escultor le acorrala;
y ya el feroz Torrighiano
que ve cerca su venganza,
en coserle contra el quicio
con negra intención pensaba,
cuando tremendo tumulto
que por defuera se alcanza,
llegó en confuso desorden
hasta la pieza inmediata.
Crujía asida la puerta,
y caer amenazaba,
y miedo el Duque perdía,
y el Torrighiano esperanza.
Aquél ganaba terreno,
y así la lid comenzada,
cambió de aspecto en un punto
de consecuencia y de causa,
porque al dar el Torrighiano
en una pared de espalda,
se abrió al empuje, de lienzo
una puertecilla falsa.
Cayó en aquel aposento,
cerró el Duque, y en la estancia
donde quedó el escultor
topó con su efigie infausta.
y rebosando despecho,
y de otro enemigo a falta,
«¡Maldita seas!», la dijo,
y dióla una cuchillada;
a cuyo momento, entrando
pajes, corchetes y guardias,
dijo, señalando el Duque
los pedazos que rodaban:
-A la Inquisición llevadle,
las imágenes maltrata;
si se resiste, amarrarlo;
y si grita, una mordaza.
Lanzáronse al Torrighiano,
que en la triunfante mirada
que le lanzó su enemigo

vio bien lo que le restaba.
Tomaron, pues, los pedazos
de la destruida estatua,
y desgarrado el vestido,
las manos atrás atadas,
sacáronle del palacio
entre broqueles y lanzas,
y echaron al Santo Oficio
atravesando la plaza.

CONCLUSIÓN

¿Qué te valió, buen soldado,
con noble empeño lidiar
para comprar con tu sangre
el sol de tu libertad,
si Pisa y el Garigliano
sólo en tu memoria están
como bajeles perdidos
en la llanura del mar?
¿Qué te valieron, artista,
tus largos días de afán,
tus largas noches de vela
y de esperanza tenaz,
si en tus cadenas traidoras
tu gloria se va a estrellar,
y no habrá en tu sepultura
de tu nombre una señal?
¡Sueños de la juventud,
sueños de gloria fugaz
que en un negro calabozo
fuisteis al fin a parar;
cifras con que fulminaron
una sentencia fatal,
su acongojada memoria
no tiranicéis jamás!
¡Delirios de amor dichosos
que vinisteis a alumbrar
de su tormentosa vida
el continuo vendaval,
id a vuestras alas viento
en otra ánima a buscar,

y en sus cadenas dormido
al pobre artista dejad!
Dejad que duerma un instante,
y ese instante pueda hallar,
entre sus sueños febriles,
de triste felicidad.

¡Ay, cuán duro, Torrigiano,
te va a ser el despertar
al rumor de los cerrojos
y a la odiosa realidad!
Duerme tranquilo, soldado,
reposa un momento más,
que al cabo así no es tan duro
con el castillo volar.

Duerme sin temor, artista,
que los nudos del dogal,
el laurel de tu corona
no han de poder deshojar.
Duerme, despechado amante,
que a morir por tu amor vas,
y no temas de tu Tisbe
un olvido criminal.

Duerme, mientras sollozando
bajo tus rejas está,
y sus suspiros te roba
al airecillo fugaz.

En vano a tus carceleros
ansiosa fue a preguntar,
en vano oró largas horas
en la santa catedral;
en vano quiso a tus jueces
con lágrimas conquistar,
que ni la tierra ni el cielo
oído a sus penas dan.

Sí; mientras tú te resuelves
a morir en soledad
y a darles muerta la carne
que quieren ver palpitar,
ella resuelve contigo
llegar a la eternidad,
y al pie de tu calabozo,

cuando expires, expirar;
que está segura que su alma
saldrá tu alma a buscar,
y cuando aliento te falte,
aliento la faltará:
tierna paloma que el grano
no sabe sola encontrar,
y expira cuando la falta,
quien alimento la da.
Duerme, Torrigiano, duerme,
que es muy duro despertar
al rumor de los cerrojos
y a la odiosa realidad.
Oyéronse por defuera
rudamente rechinar,
y abrió el escultor los ojos
a la negra obscuridad,
y aun de los lazos del sueño
sin poderse desatar,
el ruido oyó, y el soldado
preguntó altivo: «¿Quién va?»
Pero al ver con sus linternas
la gente del Tribunal,
la noble cerviz al pecho
tornó el mísero a doblar,
y para oír su sentencia,
dada sin juicio quizás,
aguardó en mustio silencio
a que quisiesen hablar.
-¿Cómo os llamáis?
-Torigiano.
-¿Sois de Florencia?
-Es verdad.
-¿Soldado?
-Con una espada,
no lo pudierais dudar.
-¿Tenéis amor a las armas?
¿Si os dieran una.....
-¡Ojalá!-
Y a esta idea, el escultor,
como quien la puede usar,

echó mano a su cintura,
de donde faltaba ya.
Lanzó el artista un suspiro,
y tornándose a sentar,
dijo, en derredor mirando:
-Es inútil; despachad.
Siguió preguntando el hombre,
deletreando a la par:
-¿Habéis hecho aquesta imagen?
Y el triste, a pregunta tal,
volvió los ojos a su obra,
y al cabo..., rompió a llorar;
y echando al busto los brazos
con desesperado afán,
pidió que antes de romperla
se la dejaran besar;
lo cual, demencia juzgado,
y deseando abreviar,
por respuesta lo leyeron
el pergamino fatal,
donde sin apelación,
con tres palabras no más,
al fuego le condenaba
por hereje el Tribunal.
Volviéronle, pues, el rostro,
y uno, o compasivo asaz
o no alcanzando en qué uso
aquel madero ocupar,
díjole con befa estúpida:
-¡Vaya, buen hombre, tomad!-
Y el busto de su Madona
le echó a los pies al cerrar.
Cuando a la fin de tres días
llegó la hora tremenda
de cumplir en Torrigiano
el rigor de su sentencia,
llegaron hasta su encierro
los que debían ponerla
por obra, y los seis cerrojos
descorrieron de su puerta.
A voces y por su nombre

lo llamaron desde fuera,
mas sus voces se perdían
en lo hondo de la caverna.
Tornaron a llamarle ellos
y a faltarles la respuesta,
hasta que, asiendo una antorcha,
penetraron en la cueva.
*-Vamos, dijeron, hereje,
que está ya ardiendo la hoguera.-*
Y en faz amenazadora
avanzaron a su presa.
Mas Torrigiano yacía
inmóvil y sentado en tierra,
las manos en las rodillas,
y en las manos la cabeza,
que asidas convulsamente
y enclavijadas con fuerza,
guardaban algún objeto
que se adivinaba apenas.
-¡Arriba! a gritar tornaron;
pero mirando su inercia,
empujáronle con ira
y dió de rostro en la tierra.
Rodó por el pavimento
aquel busto de madera,
que el rostro de una Madona
en su Tisbe representa,
y a sus pies quedó tendido
el escultor, que les deja
su gloria con su cadáver,
de su ejecución en prenda,
que quien nace hidalgo y fiero,
no puede con la vergüenza
de acabar con ignominia
en una patria extranjera.
¡Pobre Tisbe! ¡Cuán en vano
en ese dintel le esperas,
pasando noches y días
del Santo Oficio a la puerta!,
Resuelta estás a morir
sobre esas heladas piedras,

o a ver otra vez el alma
de tu marchita existencia;
mas como ese Tribunal
jamás su víctima suelta,
colige de ambos a dos
cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues sólo el Torrigiano,
en su desventura fiera,
aguardó para morir
a poder delante de ella,
y Tisbe amor tan inmenso
para el Torrigiano encierra,
que ser no sabe sin él
ni alentar donde él no alienta,
aquellas dos nobles almas,
la una de la otra existencia,
al cielo a la par volaron,
y si hay Dios, ¡dichosas ellas!

△

La azucena silvestre

Leyenda religiosa del siglo IX

△▽

Primera parte

△▽

Capítulo primero

En que comienza la narración de la presente historia

Más pura que la luz de blanca luna
que en arroyuelo límpido riela;
más hermosa que el cisne en su laguna
cuando en ella se baña, nada o vuela,

y alegre más que en soledad moruna
suelta y errante y tímida gacela,
en gracias y virtud feliz crecía
la bellísima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abriles
de noble estirpe y a reinar nacida,
ajena a devaneos mujeriles,
velada por su bien siempre servida.
flor era pronta a dar tallos gentiles
a los besos del céfiro mecida,
y a exhalar de su cáliz, aun cerrado,
delicioso perfume embalsamado.

Caía en anchas ondas de su frente
larga madeja de flotantes rizos,
y de inquieto mirar, mas inocente,
dos ojos revolvía antojadizos;
en su blanca mejilla transparente,
centros ambos a dos de sus hechizos,
marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
luceros ambos que robó a los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
su padre el buen Wifredo, y la corona
ceñirla aguarda de la tierra extensa
del condado feraz de Barcelona.
Sólo en su bien y en su fortuna piensa,
y honrada, sin rival, feliz matrona
en tiempo incierto de la edad futura
su ambición paternal se la figura.

Único amor del varonil guerrero
única prenda de su muerta esposa,
tiene Wifredo su cariño entero
puesto no más en su María hermosa;
y único amor el noble caballero
del alma de la niña candorosa,
en una el alma de los dos se encierra,
y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde, ennoblecida
con los laureles mil de mil campañas;
su ciudad populosa, defendida
por su tendido mar y sus montañas;
la mitad de los años de su vida;
la memoria y la prez de sus hazañas,
todo lo diera el caballero noble
por ver de su hija la fortuna doble,

Lumbrera del fanal de su esperanza,
riquísimo joyel de su cariño,
manantial de su interna bienandanza,
vuelve a su pecho el corazón de niño;
se le roba a la guerra y la venganza,
se le torna más puro que el armiño,
se le lava de impulsos terrenales,
se lo inunda en delicias celestiales.

Por eso da su corazón sincero
gracias humildes al Señor, y cuenta
por eso día a día el caballero,
y su esperanza en cada uno aumenta.
Y bendice al Señor, que lisonjero
a su vejez el tiempo representa,
de su edad concediéndole al otoño
tan hermoso y purísimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida
el padre tierno concebir no sabe,
a otro mortal alguno concedida
más sagrada misión, cargo más grave;
ella es para él, del cielo bendecida,
de su dichosa eternidad la llave,
y del futuro en perspectiva bella,
todo lo aguarda de su Dios y de ella.

Mas cuán falsas ¡ay Dios! y cuán livianas
las cosas son de la mudable tierra.
¿Quién sondará las leyes soberanas
que el misterioso porvenir encierra?
Aura que arrastra en pos las hojas vanas,

la torre abate que al peñón se aferra,
y las menudas ondas de los mares
socavan las montañas seculares.

En una tarde del quemado estío,
que entolda nube negra y tenebrosa,
de su palacio en el jardín umbrío,
la niña entre los céspedes reposa.
De casto sueño dulce desvarío
la divierte la mente candorosa,
sonriendo, al gozar su fantasía,
el purísimo labio de María.

La casta mano de marfil, velada
entre su espesa y negra cabellera,
bajo la sien tranquila colocada,
y bajo seda fácil y ligera,
su modesta figura contornada,
el pie breve no más dejando fuera,
parece, sobre el césped, su figura
ejemplar de bellísima escultura.

Y ¡cuán bella y feliz es una niña
que con sus dichas infantiles sueña,
y sus caprichos, inocente, apiña,
de universo ideal soñando dueña!
Con infantiles galas se le aliña,
y en poblarle con fábulas se empeña,
y lo goza de fábulas henchido,
hijas de un corazón no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se vía
de su sueño infantil con las visiones,
de su palacio, en el jardín, María,
mientras sobre ella en densos nubarrones
el nublado, apiñándose, crecía,
y amagaba, al rasgar sus pabellones,
sobre la tierra desplomar airado
todos los males de que va preñado.

Ya se sentía por su vientre obscuro

ronco el trueno rodar; ya se aspiraba
el aura ingrata del vapor impuro
que en su cargado seno fermentaba.
Y cual dragón enorme, que seguro
ala invisible en el ambiente traba,
avanzaba el nublado a paso lento,
cerrando en sombra la región del viento.

Viéndolo el buen Wifredo, iba afanoso
por el jardín buscando su hija amada;
mas de no amedrentarla cuidadoso,
moviendo en su redor planta callada.
Ya su ojo paternal en el frondoso
césped la vio durmiendo descuidada,
y ya en su labio paternal bullía
el dulcísimo nombre de María.

Cuando hondo, ronco y repentino trueno
el nublado al rasgar crujió estallante,
se alzó la niña, el corazón ajeno
de aquel peligro de que está delante;
mas al abrir los ojos fue de lleno
a herírseles relámpago brillante,
y exhalando agudísimo lamento
volvió en tierra a caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos
y alzóla en ellos el varón robusto,
de pena el corazón roto en pedazos,
trémulo el cuerpo al repentino susto;
mas ni al calor de tan amigos lazos,
ni a su voz, que le turba pavor justo,
vuelve la pobre niña dolorida
señal a dar de movimiento y vida.

Por medio del horrísono aguacero
que se desgaja ya, corro exhalado
con su hija, para él peso ligero;
y con nerviosa fuerza a ella abrazado,
pasa el jardín, el pórtico, el crucero,
revuelve el caracol mal alumbrado,

y en su cámara y lecho al cabo posa
carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus briosas voces acudieron
cuantos siervos tenía en su palacio,
cuantas damas en él su voz oyeron,
cuantos curiosos admitió su espacio;
y empíricos y sabios acudieron,
con cuyo pronto auxilio no reacio,
Wifredo logró, en lágrimas deshecho,
volver la vida a su virgíneo pecho.

-¡Ay! dijo la doncella, y exhalando,
débil suspiro perceptible apenas,
abrió sus ojos, en redor girando
miradas ¡ay! al parecer serenas.
Mas ambas manos con afán llevando
a las pupilas, de su llanto llenas,
volviolas a apartar la desdichada,
gritando con pavor:-¡No veo nada!

-¡Hija! exclamó poniéndose delante
de sus ojos Wifredo. ¡Hija del alma!
Mira, mira: ¡yo soy! Torna el semblante,
mírame aquí,....-Mas con siniestra calma
la doncella hacia él tendió anhelante
la vista, no la descarriada palma;
y al asirle, burlando su deseo,
repitió tristemente:-Nada veo.

Volvió iracundo la ensañada mano
el trémulo varón contra sí mismo,
los cabellos mesándose inhumano,
y como ser en quien sopló el abismo
espíritu infernal, matando insano
la luz de la razón y el Cristianismo,
al cielo alzó los inflamados ojos,
torpe o blasfemo murmurando enojos.

Mas pronto a su razón, más sosegado,
el mísero volvió, y al mismo cielo

tornó a elevar los ojos humillado,
ambas rodillas oprimiendo el suelo.
Breve oración al corazón cuitado
prestó resignación, si no consuelo,
y con doliente voz que al alma llega,
dijo a los que le oían: -*¡Está ciega!*
¡Ay, Dios! Era muy cierto:
la lumbre centellante
del fúlgido relámpago,
que al despertar la hirió,
de sus hermosos ojos
mató la luz radiante,
y un velo de tinieblas
ante ellos extendió.
Los sabios más famosos
en vano convocaron;
los siervos de Mahoma,
los hijos de la Cruz;
los sabios de Judea
al fin desesperaron
de dar a sus pupilas
la apetecida luz. Hermosa como siempre
la cándida María,
fingiéndose esperanzas
de curación feliz,
al angustiado Conde
prestárselas quería,
y le lograba sólo
hacer más infeliz. Atento y cariñoso,
con paternal anhelo
el brazo la ofrecía
y la guiaba el pie,
sirviéndola de día,
y al piadoso cielo
orando por la noche
con encendida fe -¡Qué día tan hermoso
debe hacer hoy! decía
la niña, el sol sintiendo
sobre su blanca faz;
y oyéndola Wifredo,
del párpado sentía

una abrasada lágrima
huírsele fugaz. y su silencio acaso
María comprendiendo,
las manos alargaba,
sus ojos a tocar;
-y en ellas de su padre
las lágrimas sintiendo,
decía:-Y ¿por qué lloras?
y echábase a llorar.
Erraban a las veces
en dulce compañía
por una y otra senda
de su feraz jardín,y el amoroso padre
coronas la tejía
de frescas siemprevivas
y pálido jazmín.
Gozaba sus aromas
la niña, e inocente,
cediendo a los impulsos
de instinto femenino,
ornaba con las flores
su candorosa frente,
mostrándose con ellas
más linda y más gentil,
Y en las tranquilas noches
del abrasado estío,
a otro viajero acaso
volvían a escuchar,
ya bajo el verde toldo
del emparrado umbrío,
ya sobre el alto muro
que lame inquieto el mar.
¡Oh, cuán sencillos tiempos!
¡Cuán grata es su memoria!
¡Cuán dulce y cuán sabroso
oír en nuestra edad
las mágicas leyendas
de su olvidada historia,
sus crónicas sacando
de añeja obscuridad!

Edad por dos pasiones

regida y dominada,
guiada por dos astros,
la gloria y el amor.
La España por aquélla,
de moros rescatada;
por éste la hermosura,
corona del valor.
La edad de los prodigios,
la edad de las hazañas,
sin duda fue; nosotros,
de corazón sin fe,
sus crónicas leemos
llamándolas patrañas,
y en ella es donde el dedo
del Criador se ve.
Entonces juntamente
sin crimen invocaba
su Dios y sus pasiones
el rudo corazón,
y el cielo justo, a oírle
tal vez no se negaba
porque mezclara rudo
la fe con la pasión.
Entonces era el justo

columna de justicia;

valiente y obstinado,
más franco el criminal;
y ajeno aún en su crimen
de hipócrita malicia
obraba malamente,
mas confesaba el mal.

Entonces se creía;

la religión severa,
objeto del sarcasmo
jamás al necio fue,
ni la mentida ciencia
se la atrevió altanera,
de sus razones santas
a demandar por qué.
Pastor el sacerdote,
de su rebaño en vela,

guiaba o instruía
la ciega multitud,
y aquélla le escuchaba,
siguiendo sin cautela
la senda señalada
por senda de virtud.

Porque de Dios la recta

virtud apetecida,
no está en el racionio,
que está en el corazón;
y el que en el suyo guarda
su fe bien defendida,
le sobran los sentidos,
le sobra la razón.

Por eso, en la alta noche,
cuando en silencio y calma
del buen Wifredo todo
yacía en derredor,
enviaba al firmamento
las cuitas de su alma,
en oración humilde,
con sincero fervor.

Y oraba por su hija,
mientras cercana ella,
en cámara vecina,
oraba al par por él,
y entrambas las plegarias,
del noble y la doncella,
subían a las plantas
del Santo de Israel.

Como al pie del altar, del vaso de oro
de perfume oriental se exhala y sube
pura, ligera y transparente nube,
que embalsama la regia catedral,
así a los cielos la oración del justo
sobre sus alas místicas se eleva,
y el soplo de los ángeles la lleva
de Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina Madre del Dios hombre,
al acoger benigna la plegaria

de la inocente virgen Solitaria,
que invocaba su amparo en la aflicción,
al ángel vaporoso de los sueños
la enviaba, y en sus alas vaporosas
bello tropel de imágenes dichosas
descendía a su casto corazón.

Capítulo II

De las razones que tuvieron el Conde y su Hija para emprender una peregrinación a
Montserrat, y lo que allí pasó.

I

Y yendo días, y viniendo días,
tras dos años de angustias y de afán
y de buscar inútiles remedios,
que no pudieron remediar su mal,
en una noche del templado Mayo,
por la ribera del tranquilo mar,
a la pálida luz de la alta luna
el Conde y su hija silenciosos van.
Las ondas transparentes, murmurando
se vienen a sus plantas a estrellar,
rodando lentamente unas sobre otras
con eterna y monótona igualdad.
A lo lejos tal vez se divisaba
la blanca lona del bajel pasar,
y la canción del pescador se oía,
llevada por la brisa desigual.
A veces se elevaba en la llanura
el ronco y melancólico graznar
de las marinas aves, que en la playa
buscan mansión, sustento y libertad.
¡Noche serena, deleitosa noche
a quien la puede sin dolor gozar;
melancólica noche para el triste
en cuyo pecho la aflicción está!
Tristes ideas en su mente excita
su nocturno silencio y soledad,
y aun el consuelo que le inspira, junto

con la hiel del recuerdo se lo da.
Y así una noche del templado Mayo,
por la ribera del tranquilo mar,
a la pálida luz de la alta luna
Wifredo y su hija silenciosos van.
Y acaso desde lejos percibiendo
la forma de la virgen blanquear,
y las armas lucir del caballero
que la presta su apoyo paternal,
creyeran que el espíritu doliente
de náufrago infeliz que expele el mar,
en los brazos del ángel de las aguas
encontraba el amparo celestial.
Y acaso al ver en la nocturna niebla,
rodeando la lóbrega ciudad,
creyeran que velándola vagaba
el espíritu de ella tutelar.
Y así sumidos en memorias tristes
la hermosa ciega y el varón feudal,
iban vagando con pisada ' incierta
por la ribera del tendido mar,
cuando a la tibia luz creyó el guerrero
negra figura distinguir quizá,
que a lento paso hacia los dos viniéndose,
con cada paso se aclaraba más.
Rápido impulso de temor muy vago
sintió en su pecho varonil brotar,
e incomprensible repugnancia interna
al ser que llega junto de ellos ya.
Era un anciano, cuya blanca barba,
cuyo cuerpo inclinado por la edad,
movía a reverencia más que a miedo,
ministro acaso del divino altar.
Báculo tosco a caminar la ayuda,
ciño sus miembros áspero sayal,
y al suelo vueltos los humildes ojos,
muestra severa y penitente faz.
-Padre, ¿quién llega? preguntó María
sintiendo de aquel ser la vecindad,
cual si pavor le diera el que llegaba
no más que por instinto natural.

-Es un anciano, contestó Wifredo.
-No sé por qué, desconocido afán
al sentirle probé, padre. -
-Hija mía,
cálmate y calla, porque ante él estás.

-Dios vele sobre ti, noble Wifredo,
dijo llegando, con humilde voz
el viejo anacoreta.
-Él os ampare,
el Conde cortésmente replicó.
Y trabando de aquí plática entrambos,
siguieron luego ya su vez los dos,
y de este modo con sonrisa dulce
el anciano extranjero la empezó:
¿Cómo tan tarde en tan desierto sitio?

WIFREDO
EL ANCIANO

El aura por gozar de la estación.
El aura de la mar es insalubre
para su mal.

WIFREDO
EL ANCIANO

Sabéisle?
Y ¿cómo no?
La fama de esa inmensa desventura,
la España entera recorrió veloz.

WIFREDO

¡Ay de mí, y cuán en balde! En toda ella,
remedio nadie a mi pesar halló.

EL ANCIANO

Las hierbas de la tierra y sus virtudes,
secas, Wifredo, e impotentes son
cuando en el mismo mal, compadecido,
su dedo paternal no pone Dios.

WIFREDO
EL ANCIANO

Noches y días con fervor lo ruego.

WIFREDO
EL ANCIANO

Busca quien goce su feliz favor.

Vos, anciano, tal vez.....

Tente, insensato;
para tanto intentar, ¿qué puedo yo,
pecador miserable? Hay en la tierra
otros más justos, que lo harán mejor.

WIFREDO
EL ANCIANO

¡Ah! ¡Por Dios, explicaos!
Los peñascos
de Monserrate, en su áspero fragor,
la luz esconden que sus rayos toma
en las pupilas del potente Dios.

WIFREDO
EL ANCIANO

¿En Monserrate?
Sí; Dios manifiesta
el poder de una santa intercesión
con divinos portentos cada día.
Lleva, pues, a la hija de tu amor,
si la quieres sanar, a Monserrate;
y en la grieta más honda de un peñón
que en las nubes esconde su alta cresta,
el justo habita, y con el justo Dios.
Y así diciendo, el misterioso anciano
sus pasos adelante enderezó,
de la esperanza el bálsamo vertiendo
de María en el limpio corazón.
-¿Dó vais? dijo atajándole Wifredo;
en mi palacio reposad, señor,
y admitid a lo menos hospedaje
por esta noche.
-Es lejos donde voy;
las horas de la noche son muy breves,
y todas me hacen falta, replicó,
siguiendo su camino, el extranjero.
Todavía insistiendo el buen varón,
-Mis gentes, mis caballos, todo es vuestro,
le dijo; y el anciano, en ronca voz,
-Basta, repuso; límites no tiene,
Wifredo, para mí la creación;
y la raza del hombre toda entera,
no podrá nunca lo que puedo yo.-
Y así diciendo, como arista leve
que arrebatara del suelo el aquilón,
una sonora ráfaga pasando,
al monje entre sus ondas arrastró.
Tembló María al percibir su rastro,
arrodillóse atónito el varón,
y de ir a Monserrate voto hicieron,
a vista del prodigio, ambos a dos.
Cual marinero errante, que perdido
su soberbio bajel contra las olas,
lucha a los restos del bajel asido,
cercana viendo la ribera ya;
cual golondrina errante, que los mares

cruza extraviada, y la cansada pluma
agita, conociendo los lugares
donde anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío
sedienta vaga por el bosque espeso,
y el agua oyendo del cercano río,
hacia él se lanza cuando el agua ve,
así impaciente la infeliz María,
en alas del deseo y la esperanza,
llegar a Monserrate apetecía
con inspirada y religiosa fe.

Wifredo, al par, con la esperanza misma,
el sol de la partida apresuraba,
y con la misma fe ver esperaba
la omnipotencia santa del Señor.
Inmensa suma de regalos y oro
y comitiva inmensa provenía,
y un santuario fundar se proponía
y hacer del penitente un fundador.

«En medio de las peñas solitarias,
monasterio suntuoso se levante,
memoria eterna que el prodigio cante,
señal eterna del favor de Dios.
Bajo sus anchas bóvedas, eternos
himnos de gracias al Señor resuenen,
y sus campanas el desierto atruenen,
el alma al cielo remontando en pos.»

Así exclamaba el piadoso Conde,
de su fe en el fervor,
con tamaños intentos emprendiendo
su peregrinación.

Del fresco Mayo en la postrer mañana
al despuntar el sol,
con su hija y comitiva numerosa
de la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba
su inmensa población,
todos rogando por la hermosa niña
a la piedad de Dios.

Y así de Monserrate enderezaron
al áspero fragor,
y en la distancia del camino largo
la comitiva santa se sumió.

Aun se alcanzaba de las altas torres,
como leve vapor,
el polvo espeso que sus pies alzaban;
pero también al fin se disipó.

A Monserrate van. Pero ¿quién sabe
lo que les guarda en su honda soledad
el que posee del corazón la llave,
el que puede medir la eternidad?
Sí; Dios es Dios, y Dios tan sólo puede
romper el velo a la futura edad;
sólo a sus ojos el destino cede:
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

II

Entre los rudos peñascos
que por la extensión desierta
de Monserrate, en las nubes
esconden sus altas crestas;
entre los cóncavos huecos
de sus oscuras cavernas,
guarida oculta y salvaje
de reptiles y de fieras;
en medio de aquellos valles,
do en lagos el sol fermenta
los vapores que son nubes,
empezando en leve niebla;
allí donde humanas voces
a los ecos no despiertan,
ni el humo de los hogares
en espirales se eleva,

de un gigantesco peñasco
en la socavada grieta,
pasa sus días un hombre
en áspera penitencia.
Rústico sayo le viste,
e insípidas le alimentan,
agua de un arroyo manso,
raíces de cruda hierba;
y a su escondida morada
diez años ha que no llegan
más que las águilas que hacen
su nido en aquellas peñas.
Una de techo le sirve,
y audaz la naturaleza,
por un capricho inclinándola,
la colocó de manera,
que el corazón más valiente
temblara entrar bajo de ella,
por miedo de que al hundirse,
su sepultura no fuera.
Tosca cabaña de troncos,
espinos y ramas secas,
construyó allí el eremita,
por su morada eligiéndola,
y allí los días y noches
en soledad y abstinencia
pasando, el cielo conquista
y en paz a la muerte espera.
Y ni el alma de aquel justo
rumor mundano atormenta
con sus pasiones mezquinas
de vanidad y de tierra,
ni su alma, en sus devociones
sumida, jamás recuerda
los humanos devaneos
ni las delicias terrenas.
Es todo cuanto sus ojos
en torno sayo contemplan,
a Dios solamente mira,
a Dios nada más encuentra.
Las florecillas silvestres

que escasas tal vez vegetan;
los arbustillos que exhalan
campesino olor; la tierra
que da al gusano guarida
y sustento a aves y a fieras;
los mil vistosos insectos
que por la atmósfera vuelan,
al sol tendiendo sus alas,
que sus rayos transparentan,
todo, todo de su Dios
el poder le manifiesta,
y él le conoce y le adora
en sus obras más pequeñas.

Así pasa Juan Guarino
su virtuosa existencia,
siendo del cielo delicia
y haciendo al infierno guerra.
Y aunque en el uno fiado,
tal vez al otro desprecia,
Satán, que es muy poderoso,
fieros combates le apresta.
Y aunque con astucia inútil
de continuo le guerrea,
y con oración y lágrimas
Juan de continuo le ahuyenta,
es mucho lo que la irrita
su virtud y penitencia,
para que Satán el campo
de la tentación le ceda.
Ángel que bebió algún día
del manantial de la ciencia
con que el Hacedor Supremo
cuanto es y será penetra,
del corazón de los hombres
conoce bien la flaqueza,
y por su entrada más débil
sus tiros sagaz asesta.
Contrario irreconciliable
del Dios cuya omnipotencia,
conoce, hollado y vencido

por su poderosa diestra,
ya que contra el mismo Dios
volverse otra vez no pueda,
en buscar imperfecciones
sobre sus obras se empeña.
Y de sus manos, el hombre,
siendo la obra más perfecta,
de su despecho a la saña
es la obra mas expuesta.
Y, «mío es el mundo», exclama,
viendo la locura ciega
con que al pecado los hombres
desbocados se despeñan.
Mas cuando en medio su turba
un justo a encontrar acierta,
por derribar a aquel justo
olvida su raza entera
Y, ¡ay si a impulso de su astucia
o de su malicia inmensa,
logra engañarle o vencerle,
que, tras la culpa primera,
tal vez le arrastra al abismo,
y a Dios insulta y blasfema!

Y así, de aquellos peñascos
entro las cóncavas grietas,
entro consuelos y lágrimas
que Dios y Satán le aprestan,
pasa el justo Juan Guarino
su virtuosa existencia,
siendo del cielo delicia
y haciendo al infierno guerra.
De las agudas montañas
tras de las enhiestas lomas,
una alborada de Junio
rayaba apenas la aurora.
Ya el sol a través brillaba
de nubes de azul y rosa
con que al salir, los espacios
del horizonte se alfombra;
y los purpúreos destellos

de su lumbre creadora
reflejaban del rocío
en las cristalinas gotas
y en las aguas del arroyo
y en las relucientes rocas
cuya superficie pulen
los vientos que las azotan,
y a su influencia se vían
de las quebradas recónditas
elevarse transparentes
nieblecillas vaporosas,
y al reflejo de la lumbre
que desde lo alto las dora,
tomaban ricos cambiantes
y tintas encantadoras;
ya de sus lóbregas grutas
a las escondidas bocas,
los reptiles asomaban
a ver su luz bienhechora,
y abajo en el valle obscuro
las avecillas canoras
himnos cantaban al alba,
despertando bulliciosas,
cuando saliendo Guarino
a la entrada de su choza,
y de rodillas poniéndose,
al Dios que amanece adora.
Mas con harto asombro suyo,
rompiendo la pura atmósfera,
a sus oídos llegaron
voces de humanas personas.
Tendió la vista a la falda
de las empinadas rocas,
y de gran tropel de gente
las vio rodeadas todas.
Todos los ojos se tienden
hacia él, todas las bocas
le llaman, todas las manos
suplicantes se le tornan.
Delante de aquella turba,
por una senda tortuosa,

conduciendo un cortesano
a una niña encantadora,
subía a espacio, acercándose
a su cabaña. Medrosa
el alma de Juan Guarino,
juzgando farsa ilusoria
de tentación infernal
cuanto ve sobre las rocas,
siguió orando de rodillas,
como quien sabe que logra
vencer la o ración constante
las tentaciones diabólicas.
Y en el espacio los ojos,
que le nublan ardorosas
dos lágrimas penitentes,
en su devoción se arroba,
sin que de la gente el ruido,
que ya de cerca le acosa,
su pensamiento distraiga,
turbe su oración devota.
Virtud que sólo concede
de Dios la misericordia
a quien en él cree de veras,
a quien de veras le invoca.
¡Ante esta virtud sublime,
ante esta fe religiosa,
postraos enmudecidas,
mundanas pasiones locas!
Callad y desvaneced,
necias y mundanas glorias,
que el nombre de inspiraciones
os apropiáis mentirosas!
¡Inspiración del que canta
torpes y profanas trovas;
inspiración del que pinta
desnudez escandalosa;
inspiración del que a mármoles
da provocativas formas;
a esta inspiración postraos,
que es más santa que vosotras!
DIOS ES EL GENIO: Él inflama

su inspiración vigorosa
en las almas que con ella
a altas hazañas se arrojan.
DIOS ES EL GENIO; y donde Él
no enciende su luz radiosa,
ni hay inspiración ni hay genio,
no hay más que miseria y sombras.
Y esta inspiración divina
es la que Guarino goza,
cuando María y Wifredo
ante él humildes se postran.
Y de ese célico arrobo
es del que Guarino torna,
cuando estas palabras oye
del Conde de Barcelona:.,

-Hombre santo, en quien habita,
el espíritu sublime
del Dios cuyo aliento solo
alimenta cuanto existe,
mira a tus plantas, y duélante,
dos seres a quien aflige
pena por el cielo impuesta
en su juicio incomprensible.
Relámpago repentino
cerró las puertas sutiles
del ver a los claros ojos
de esta doncella; y humildes
a suplicarte venimos
que otra vez los ilumines,
y del Dios en que creemos
la grandeza patentices.
¡Apartaos, tentadores!
¡Vagos fantasmas, huidme!
Dios su poder no demuestra
por instrumentos tan viles.
Dios es grande, sí, muy grande,
mas prodigios tan insignes
no ha de fiar a mis manos,
hechas de tierra y de crimen.
¡Dejadme, apartad!

JUAN GUARINO

WIFREDO

En vano
vuestra humildad se resiste;
la voz del cielo, a estas peñas
milagrosa nos dirige.

GUARINO

Señor, si me da el orgullo
esta tentación horrible,
si este poder me atribuye
Satanás por afligirme,
o dadme fuerza, Señor,
y fe para resistirlo,
o mostrad vuestro poder
y que el soberbio se humille.

Así exclamó el penitente,
y a la doncella la voz
dirigiendo, dijo: -Eleva,
mujer, en nombre de Dios,
al firmamento los ojos,
y alúmbretelos el sol.
Y obedeciendo María,
miró a los cielos y vio.

Postróse el Conde de hinojos
adorando al Criador:
la comitiva, asombrada,
por tierra se prosterno,
y elevando Juan Guarino
al cielo su corazón,
las manos al sol tendidas,
un punto en silencio oró.

Gozaba absorta María
de la luz el resplandor,
por todas partes mirando
con grata enajenación;
y pasaban sus miradas
en escrutinio veloz
de una peña en otra peña,
de una flor en otra flor,
recordando con delicia
las ideas que guardó,

de su ceguera en las sombras,
de la luz y, del color.

Lanzó el infierno un gemido
de despecho y confusión,
contra Guarino aprestando
todo entero su furor.

Y el justo, que interiormente
el ataque presintió,
preparóse a resistir
su más fuerte tentación.

Y comenzando avisado
por el contrario mayor,
vuelto a Wifredo y su gente,
de esta forma les habló:

-Ya Dios de remediaros fue servido:
de vuestra alma adoradle en lo profundo,
y apartaos de mí, que con el mundo
no puedo nada de común tener.

Mis votos escucharos me prohíben,
y está robando a Dios vuestra presencia
el tiempo de oración y penitencia
de que mi salvación ha menester.

Así habló el justo, y acogerse quiso
al fondo de su gruta retirada,
cuando María le atajó, postrada
cayendo ante sus pies, hablando así:

-La luz de Dios por mis cegados ojos
entró en mi pecho, y a su luz divina
la niebla del futuro se ilumina,
y leo lo que guarda para mí.

Las inmensas riquezas de mi padre
me elevarán un santo monasterio
en medio del silencio y el misterio
de esta extensa y desierta soledad.
Yo eternamente en su recinto sacro
alabaré de Dios la omnipotencia,
y en él ha de acabarse mi existencia,
y ha de empezarse en él mi eternidad.

De esta montaña, en cuya excelsa cumbre
volví a gozar la luz del mediodía,
no bajaré ya más; la planta mía
otra tierra a pisar no volverá.
Tembló al oír el penitente austero
tan gran resolución, al punto mismo
el lazo viendo que el contrario abismo
tendiendo astuto a su virtud está.

Presentóse a su mente la grandeza
de su alta santidad; mundano orgullo,
brotando cual vapor en su cabeza,
descendió a obscurecer su corazón,
y un momento en la duda vacilando
de la afanosa e interior pelea,
calló, temiendo que vencida sea
la recta fe por mundanal razón.

A María con lágrimas Wifredo
postróse a suplicar, pero fue en vano;
ella le dijo: -No, padre, no puedo
a la voz de los cielos resistir.
Tornó el padre a insistir y a negarse ella,
la religión y el mundo largo trecho
combatiendo de entrambos en el pecho;
pero túvose el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos
de la desierta montaña,
cabe la de Juan Guarino
otra rústica barraca,
y el Conde y los suyos yéndose
a la ciudad más cercana,
en la soledad dejaron
a la doncella, con lágrimas.
Wifredo, desde aquel punto
las órdenes necesarias
para alzar el monasterio
expidió por la comarca.
Cundió por ella el prodigio,

y a Barcelona llevándola
la fama, la celebraron
con fiestas y luminarias.

Capítulo III

Que trata de un misterio que se aclara más adelante y en oportuno lugar

En tanto, allá en las alturas
de las peñas solitarias,
el ermitaño y María
al cielo en unión alaban.
Y la doncella, de hinojos
ante la imagen sagrada
de la Madre del Dios niño,
las horas orando pasa;
y el eremita, en su choza,
con toda la fe de su alma
dando por tales favores
a Dios acciones de gracias.

Era del día siguiente
la hora apenas del alba,
cuando el penitente austero
salía de su cabaña.
Ya en el césped de la roca
de hinojos María estaba,
bendiciendo al Dios que alumbra
la luz que el Oriente baña.
Y suelto el cabello rizo
por la mal cubierta espalda,
cuyas hebras de azabache
mece revoltosa el aura,
al cielo alzados los ojos,
ambas las manos cruzadas
sobre el pecho, y el semblante
alumbrado por la blanca
luz de una aurora de Junio

que entre nubes de oro radia,
parecía la doncella
imagen leve y fantástica
que crea el sueño de un niño
sin comprenderla ni amarla.
Los ojos de Juan Guarino
la vieron, y contemplándola
quedaron por un instante
con indecisas miradas.
Pidióle al verle la niña
su bendición, y él, al dársela,
sobre la hermosa cabeza
tendió las enjutas palmas.
-Orad, la dijo, y velad,
porque muy rudas batallas
que sostengáis será fuerza
contra Satán.... -Y, apenada,
repuso ella: -Padre mío,
Dios por vuestros labios habla
sin duda, y en vuestro pecho
su fuerza depositada
tiene; guiadme, instruidme,
y si batallas me aguardan,
enseñadme a resistirlas,
acostumbradme a afrontarlas.
-Sí haré, mi deber es éste;
y si en mí el Señor derrama
su luz y su omnipotencia,
su fe en mi pecho no apaga,
sobre el ángel de tinieblas
ha de apoyarse tu planta.

Y así diciendo Guarino,
de la doncella se aparta,
perdiéndose de las peñas
entre las hondas quebradas.

De mil varios pensamientos,
de mil sensaciones varias
su espíritu atormentado,
por el monte caminaba.

Y apoyándose de un pino
en una nudosa rama,
por el desierto callado
el buen penitente avanza.
Penoso es, duro, terrible,
el viaje que hacer nos manda
la justicia del Señor
cuando a la tierra nos lanza.
Terribles son en el mundo
las tentaciones mundanas,
y allí en contra de los hombres
mucho Satanás trabaja.
Pero ¡con cuánta más furia
su infernal poder desata
contra el alma que del mundo
en el desierto se guarda!
Todo le desencadena,
toda su astucia nefanda
contra la virtud del justo
empeña por derrocarla.
Traidores lazos le tiende,
viles amaños le fragua,
de varias formas se viste,
de varios modos le asalta.
Dios lo dejó gran poder
e infinita perspicacia,
y el espíritu satánico
aborrece nuestra raza.
¡Ay de aquel cuyos sentidos
tan alerta no se hallan,
que con alguna quimera
el espíritu le engaña!
Tiéndale el Señor su mano,
porque si el Señor le falta,
será su virtud despojo
de la diabólica audacia.

La punta de alto peñón
el eremita doblaba,
que de un abismo a la boca
sobresalía inclinada,

cuando al apoyar el pie
sobre la vereda escasa,
faltóle un punto la tierra.
Las manos extendió rápidas,
mas, lejos de todo apoyo,
ya el cuerpo se despeñaba,
cuando sintió que le asía,
con ayuda inesperada,
una mano vigorosa
que a la muerte lo robaba.
Fijó los pies en seguro,
y volviendo la faz pálida,
vio a otro severo ermitaño
que a tenerse le ayudaba.
Hízosele a Juan Guarino
allí su presencia extraña,
mas dióle sinceramente,
después de a los cielos, gracias.
Y entendiendo la extrañeza
que Juan Guarino mostraba,
entabló de esta manera
el otro ermitaño plática:

-Veo que mi presencia en estos sitios
os extraña, ¡oh Guarino!

GUARINO Sí, en verdad;
diez años ha que los habito, y sólo
en ellos siempre me creí.

ERMITAÑO Ya va
más de un invierno que sus rudas peñas
a mí también habitación me dan.

GUARINO Nunca os he visto, ni noticia tuve,
santo eremita, de fortuna tal.

ERMITAÑO Algo lejos de aquí me hice una choza,
y de ella salgo rara vez.

GUARINO ¿Quizá
sitio buscáis mejor?

ERMITAÑO No; vengo a veros,
que la fama hasta allí me fue a llevar
la nueva del prodigio que habéis hecho,
y venero tan grande santidad.

GUARINO Dios fue servido a mis mortales manos
por un momento su poder prestar.

ERMITAÑO Y yo vengo a adorarle en sus prodigios;
la feliz criatura, ¿dónde está?

GUARINO En esas rocas su morada ha puesto,
do quiere un monasterio edificar.

ERMITAÑO Y ¿así la abandonáis?

GUARINO Dios es muy grande,
mas débil es mi corazón mortal;
me alejo del peligro,

ERMITAÑO Juan Guarino,
injuria a Dios tan ruin debilidad.
Quien muestra en vos su grande omnipocia
¿su auxilio en el combate os negará?
Por vos estos desiertos, lo preveo,
de austeros monjes a poblarse van;
flores fragantes que del mundo impuro
van el árido campo a embalsamar.
Por vos Guarino, sus ejemplos santos
muchas almas al cielo volverán;
muchos impíos sus contritos ojos
al pñadoso cielo han de elevar.
Y por no arrostrar vos peligro escaso,
de que os guarda vuestra alta santidad,
¿vais a dejar que la mujer voluble
ceda inexperta al tentador Satán?
Si él la recuerda la mundana pompa,
todo el terreno bien que deja allá,
acaso, sus designios olvidando,
a ese mundo otra vez quiera tornar.
Y entonces, ¡ay! en vez de monasterios,
en vez de monjes que a morar vendrán
sus claustros y estas rocas, en su seno
lloraremos nosotros nada más,
estériles palmeras infecundas
que ni sombra ni flor podremos dar.
Así hablaba el anciano, y sus palabras
con respeto y dolor oía Juan,
y le daba en el fondo de su pecho
la razón, imposible de negar.
Batallaba la suya acongojada,

suspensa entre el peligro y la verdad,
sin acertar a sacudir su espíritu
el peso enorme de tan hondo afán.
-Volved a vuestra gruta, le decía
el venerable viejo; id, Y soplad
el fuego santo que la enciende el alma,
y a su alma débil fortaleza a dar.
¿Qué puede la hermosura, ¡oh Juan Guarino!
atractivos tener a ojos que están
a contemplar de Dios acostumbrados
la hermosura y la lumbre celestial?
Id y venceos; conquistad del todo
para el cielo de Dios su alma inmortal,
y si a la vuestra Satanás se acerca,
como quien sois, con su poder lidiad.
Ese es vuestro deber.

GUARINO

Yo lo conozco,
santo ermitaño, y mi deber real
veo que Dios para intimarme os manda,
y obedezco su voz.

ERMITAÑO

Aun haré más:
pondré bajo esta peña mi cabaña;
a mi choza venid en vuestro afán,
y de la loca tentación el peso
dividiremos ambos por mitad.
Postróse ante sus plantas Juan Guarino,
y sintiendo sus fuerzas aumentar
a la voz del anciano venerable,
cedió humilde a su justa voluntad.
Quedó el viejo en el borde de la sima
viéndole hacia su gruta caminar,
su figura elevándose sombría
encima del peñasco colosal.
Es un anciano cuya blanca barba,
cuyo cuerpo encorvado por la edad,
a reverencia mueve más que a miedo,
ministro acaso del divino altar.
Báculo tosco a caminar le ayuda,
ciñe sus miembros áspero sayal,
y al valle vueltos los sombríos ojos,
muestra severa y penitente faz.

Pero la negra sombra que proyecta
sobre la roca cuando el sol le da,
mancha siniestra en el peñón dibuja
de contornos horrendos de mirar.
Sombra que vida en su interior parece
tener....; ilusión óptica quizás.
Al fin, tras el peñón desapareciendo,
volvió todo al silencio y soledad.

II

A más de la mitad de su carrera
ya en el cóncavo azul llegaba el sol,
cuando a los pies del venerable anciano
.prosternado con honda confusión,
escuchaba Guarino, él conminándole
de esta manera con airada voz:
-¡Miserable de ti! Tu infando crimen,
del mundo nos va a hacer la execración,
siendo por ti el escándalo del mundo
y objetos de la cólera de Dios.
Esa mujer, al acusarte, entera
traerá la raza humana en derredor
a maldecir la hipócrita malicia
que encerraba tu torpe corazón.
El prodigio real que por tus manos
piadoso Dios y omnipotente obró,
a diabólica magia atribuido
será sin duda, sí. Mira el baldón
con que cubres ¡infame! estos desiertos,
santuarios otro tiempo del Señor.
-¡Ay, ay de mí! exclamaba Juan Guarino
con eco del más íntimo dolor.
Todo el infierno a castigarme es poco,
a lavarme de crimen tan atroz.
-Pues piensa, le decía el otro anciano,
piensa en el modo que podrá mejor
ocultar a los ojos de la tierra
ejemplo de tan vil profanación;
al menos porque en todos no recaiga
la pena que uno solo mereció.
-Y ¿eso me aconsejáis? Y ¿es este el modo

de ayudarme a arrostrar la tentación?
-Y ¿qué puede tenerte, miserable,
en la senda del mal y del error?
Cubre al menos tu crimen en la sombra
del misterio, y al menos desde hoy
evita de tu crimen el escándalo,
pecado que maldice el Salvador.
Tal vez el vulgo crédulo, engañado
por tu virtud hipócrita anterior,
en un milagro más creyendo estúpido,
te tribute mayor veneración.
Borra astuto su rastro de la tierra,
engaña al universo por ta honor,
y piensa bien que volverá su gente
mañana, y urge que lo enmiendes hoy.
Y así diciendo el eremita anciano,
de hinojos en las peñas se postró,
abismado dejando a Juan Guarino
en horrenda y febril meditación.
Veíase que dentro de su pecho
empeñada traían con furor
espantosa batalla sus pasiones,
desgarrando su triste corazón.
Y en el borde sentado del peñasco,
fijo, inmóvil, en silencio.... daba horror
contemplar su semblante contraído,
de sus hondos tormentos expresión.
Así Guarino batallando a solas,
dos largas horas de pesar pasó,
y dos horas el monje venerable
sin entibiar un punto su oración.
Al fin Guarino, cual preñada nube
que arrebatada en sus alas el turbión,
con raudo paso y con temblor convulso
del anciano en silencio se apartó.
Dejó aquél su postura penitente,
sus miradas de Juan tendiendo en pos,
vaga sonrisa contrayendo el labio,
sus ojos infernal satisfacción.

Ya a Guarino, perdido entre las peñas,

no se alcanzaba a ver, mas él siguió,
cual si a través del monte le alcanzara,
mirándole con íntima atención.
En ella unos minutos pasó el monje;
de ellos al cabo, a parecer volvió
Guarino, descompuesto y alterado,
diciendo al monje con horrenda voz:
-Viejo, todo está hecho; no habrá escándalo.
¡Maldito el día que nacer me vio!

Ronca, histérica, horrible, soltó entonces
el monje repentina carcajada,
que de Juan en el ánimo espantada
como afilado acero penetró.
Volvió la vista atónita hacia el sitio
do vio al volver al eremita santo,
y su vista y su sangre heló de espanto
lo que a su lado en su lugar halló.

Gigantesca, satánica figura,
de inmensas alas que ante el sol tendía
y el resplandor del sol obscurecía,
sus fieros ojos en su faz clavó.
Sobre el monstruoso labio le mostraba
sonrisa de desprecio triunfadora,
y con solemne voz aterradora
en sarcástico tono así le habló:
-¿Quién trajo esa mujer a este desierto?
¿Quién de sus ojos apagó la lumbre?
¿Quién a par con la inmensa muchedumbre
el milagro de Dios reconoció?
¿Quién encendió un volcán en tus entrañas
de furiosa y carnal concupiscencia?
¿Quién diez años de llanto y penitencia
inutiliza en un instante? *Yo.*

Dijo Satán; y las enormes alas
en la nublada atmósfera tendiendo,
por el espacio se perdió, diciendo:
-¡Maldito el día que nacer te vio!-
Y los cóncavos ecos de las peñas,

al bronco son de su garganta heridos,
repite su voz estremecidos,
y estremecido el monte, vaciló.
Quedóse el penitente
al borde de la roca
sentado, sin aliento,
sin voz ni voluntad,
sumido en la amargura;
y por su mente loca
rodaban las ideas
en ronca tempestad.

Confuso torbellino
de espíritus impuros
escucha imperceptibles
zumar en torno de él;
sus labios se resisten
a preces y conjuros,
y el aire que respira
le amarga como hiel.

«¡Diez años de virtudes,
de austera penitencia;
diez años de esperanzas,
de lágrimas y afán,
perdidos en un punto!
¡Cedió mi resistencia
á la tenaz astucia
del tentador Satán!

»¡He cometido un crimen
horrendo, abominable;
un crimen que no tiene
disculpa ni perdón!.....
¡Soy presa del infierno!»,
decía el miserable
mirando hacia el abismo
con bárbara intención.

«Dios es muy compasivo»,
decía su conciencia.

«Mi culpa es infinita»,
decía su razón;
y entre la muerte fácil
que tiene en su presencia,
y el arrepentimiento,
vacila el corazón.

Capítulo IV

Donde verá el lector un capricho que tuvo el autor al escribir la presente leyenda

¡Ay, triste del viajero que pierde su camino
por el espeso bosque donde extraviado fue!
¡Ay, triste del que el cielo de su feliz destino
con negros nubarrones encapotarse ve!
¡Ay, triste del que siente que airado torbellino
la lámpara lo apaga de su dudosa fe!
Y ¡ay, triste del que sufre, cual sufre Juan Guarino,
tribulaciones tales de la montaña al pie!

El día, entretanto, pasando declina,
cercano al dudoso crepúsculo ya;
con rayos postreros el sol ilumina
la faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara
tan inmóvil yacer sobre el peñón,
por efigie sin vida le tomara,
por sueño vano o ideal visión.

Él sus ojos sombrío, errantes,
fijos tiene en ocaso, sin ver
los destellos del sol fulgurantes,
que se va el horizonte a sorber.
Y la pena de su alma
embrutece su razón,
y en siniestra y fría calma
paraliza el corazón.

Cual suele, tras sombrío
espeso nubarrón,
brotar en el estío
mefítico vapor,
que deja nuestro espíritu
sin fuerza ni vigor;
cual pesadilla odiosa
que en sueños nos acosa,
girando en fatigosa
perpetua confusión,
sin que podamos, débiles,
calmar su agitación,

Tal su ánimo, al peso
de crimen secreto,
prensado y sujeto
con miedo se ve,
y a impulso de asombro
que infúndele pánico,
el soplo satánico
ni espera ni creo.

Y solo y sombrío,
inmóvil, callado,
al borde sentado
del peñón está,
la sima profunda
mirando indeciso,
por sino preciso
teniéndola ya.
Y en tanto que siente
pesada la vida,
y al ánima olvida
y al cielo quizá,

Sepultando
su áurea lumbre,
tras la cumbre
el sol va,
sus postreros
resplandores

tembladores
dando ya.

Sobre el cárdeno
horizonte
a que el monte
pone fin,
se despide
de la tierra
que ha en la sierra
su confín.

Y se mira
la ancha hoguera,
de su esfera
vacilar,
más radiantes
y más bellos
sus destellos
al finar.

Y sus rayos
por las crestas
de las cuevas
al tender,
del prado hacen
por la alfombra
su ancha sombra
negreecer.

Rojas nubes
le coronan,
que amontonan
en redor
los vapores
que pasando
va creando
su calor.

Y sus pliegues,
más espesos

y más gruesos
cada vez,
entoldando
en masa densa
van su inmensa
brillantez.

Poco a poco
su cerrado
y agrupado
nubarrón,
en su centro
da al sol paro
un oscuro
pabellón.

Poco a poco
descolora
y devora
su arrebol,
y así el día
roba al orbe
cuando sorbe
todo el sol.

Queda envuelto
de este punto
todo junto
en luz igual,
y en el cárdeno
horizonte
sobre el monte
cardinal.

Jirón roto,
desgarrado
del cerrado
pabellón,
queda suelta
nube roja
que acongoja

al corazón.

Banda torva,
que tendida
por la corva
loma hendida
de las peñas,
va rasando
por las breñas,
de la cumbre,
y apagando
las centellas
de la lumbre
que da el sol.

Lienzo rojo
que demuestra
de alto enojo
la siniestra
señal santa;
y en pos suya
se adelanta,
y en pos suya
se levanta;
con él viene,
con él gira,
cuando nace,
cuando expira;
con él hace
su camino
matutino
o vespertino,
de él perpetuo
girasol.

Nube hermosa
que se inclina,
la colina
a transponer,
circundando
su camino

purpurino
rosicler.

Nube errante
pasajera,
vagarosa,
do contempla
Juan Guarino
el destino
que le espera;
que expirante,
congojosa
e indecisa,
a su labio
la sonrisa
postrimera
le arrancó;
y el agravio
a su Dios hecho,
en el fondo de su pecho
con su luz iluminó.

Luz postrera
de esperanza,
que ir ligera
Juan alcanza
desde el monte,
su alma ajena
no de pena,
mas de fe.

De la cresta,
de la roca
más enhiesta
puesto al pie,
contemplando
cuál con blando
movimiento
surca el viento,
se lo ve;
mientras rota,

informe, vaga,
su derrota
va acortando
pie tras pie.

Palidece,
se enrarece,
se consume,
desparece.....
Ya se sume,
ya se fue.

Y noche
sombria
tras día
fugaz,
aleja
su alma
de calma
y solaz.

Y feas,
y varias,
contrarias
ideas
están
su mente
quemando,
doblando
su afán.

Y el cielo,
y el suelo,
velando
se va;
la noche
se cierra;
la tierra,
pavura
de obscura
le da.

Y en tanto
que acude
al llanto
quizá,
cuanto
existe,
niebla
triste
puebla
ya.

Las sombras
más densas
y extensas,
doquier,
sus velos
despliegan,
y ciegan
el ver.

Y la tierra
toda inunda
la profunda
lobreguez,
montes, valles
y collados
sepultados
a su-vez.

Espesas nubes
que apiña el viento
al firmamento
robando van
su luna pálida;
las luces bellas
de sus estrellas
muertas están.

Y en vez de los ojos
sirviendo el oído

ya sólo es el ruido
quien guía los pies,
al alma infundiendo
sus vagos rumores
extraños temores
de mundo que no es.

y se oye por las peñas
sonar en las montañas
de fieras y alimañas
los pasos o la voz,
mostrando en sus sonidos
sus cóncavos gruñidos,
sus ásperos graznidos,
ya agudos y ya graves,
las fieras y las aves
su natural feroz.

Y a cada tenue lamento,
a cada salvaje son
de ave o fiera, de agua o viento,
se estremece el corazón.
¿Y quién podrá en tal momento
dar del desierto razón?
¿Quién puede los pasos seguir de Guarino
por medio tan denso nocturno vapor?
¡Quizá entre las peñas perdido el camino
sepulcro escondido le dió su fragor!
Porque, ¿quién los senos abrir del destino
podrá, ni del crimen medir el horror?

¡Lenta, amarga, terrible es la agonía
que su remordimiento al hombre da!
Quizá a Guarino, al despuntar el día,
sentado en el peñón le encontrará
de sí mismo espantado todavía,
muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido
monte, llano, río, desierto y ciudad
en lóbrega noche, doquiera dormido

cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento
resuena por los senos de las montañas ya.
Y sólo tal vez se oye el susurrar del viento
o el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día,
y la rosada lumbre de la aurora
tornó a ahuyentar la umbría
nocturna obscuridad; encantadora
con nueva juventud, con nueva vida,
tornó naturaleza
a mostrarse de nuevo enriquecida
con doblada belleza.
Y el día entraba apenas, cuando a lento
cansado caminar, por la aspereza
subía la montaña
Wifredo, y de María a la cabaña
llamó, llegado con pausado acento.
Mas nadie dentro respondió; María
ausente estaba de ella.
Llamó a la de Guarino,
mas ¡ay! estaba sola como aquélla.
Siguió el Conde a la altura
subiendo. Desde allí se descubría
gran trecho de montaña y de llanura,
mas no alcanzó a Guarino ni a María.
A voces los llamó, mas a sus voces
respondieron no más ecos lejanos,
cuyos sonos livianos
se llevaron las ráfagas veloces.
A su gente llamó desesperado;
corrió el pueblo exhalado;
sus siervos, sus vasallos, sus amigos
por doquiera los montes recorrieron;
en lo espeso del monte se metieron,
pero en vano en los montes se cansaron:
¡ay! con el rastro de ninguno dieron.
Presa el Conde de amargo sentimiento
y de fiebre ardorosa,

cercano de su muerte vio el momento,
y a manos de su horrenda desventura
lleváronle a su corte populosa
su enfermedad rayando en la locura.
Y el vulgo maldiciente
se perdió de una en otra conjetura
haciendo cada uno más obscura
la historia y la razón de este accidente,
y cada uno a su antojo
a Dios o a Satanás atribuyendo
la oculta causa del suceso horrendo.

△

Segunda parte

△▽

Capítulo V

De la extraordinaria alimaña que los monteros del conde de Barcelona cazaron
en las Peñas de Montserrat.

Un día y otro día
de púrpura y de grana
entre vistosos grupos
de nubes y arrebol,
igual, indiferente,
nacer cada mañana
para el alegre vemos
y para el triste el sol.

Antorcha que ilumina
la creación entera
en torno de ella vueltas
infatigable da;
mas cuanto con su lumbre
fecunda en la postrera
tornándolo en estéril

en la siguiente va.

El cubre los vallados
de flores y verdura;
él hace escaso arroyo
lo que ancho río fue;
él da a los secos árboles
fructífera espesura;
él cría el gusanillo
que les corroe el pie.

Y al que hoy dejó llorando
en abandono y duelo,
mañana encuentra alegre
y venturoso ya;
y al que dejó olvidado
en su placer del cielo,
mañana ve que hundido
en el dolor está.

Las unas tras los otros
los días y las horas
del mísero Wifredo
pasando van así;
las últimas acaso
de calma precursoras,
que el bien ni el mal eternos
jamás serán aquí.
Que en la mudable tierra
por diferentes modos
concluye todo luego,
varía sin cesar,
y al cabo en nuestros males
nos consolamos todos
de lo que ya ha pasado
con lo que va a pasar.

Seis años se pasaron,
y con la edad se fueron,
si bien de sus pesares
los torcedores no,

los males que al sepulcro
cercano le pusieron,
y aun sus recuerdos casi
el tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda enteras
el alma de Wifredo
las lúgubres memorias
de su pasado mal,
no vienen como un día
ministros de ira y miedo
a perturbar sus sueños
en círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
con lágrimas ardientes
que abrasan sus mejillas
la prenda que perdió;
cesaron sus extremos
esfuerzos impotentes
en pos de lo que airado
su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
tenaz melancolía
le prensa el amoroso
paterno corazón;
más grata si más triste
la aduerme cada día,
memoria, no esperanza;
recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa
pacífica y tranquila
en medio de su pueblo,
que idolatrando en él,
a distraer sus penas
en derredor apila,
atenta a su consuelo,
su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,
en danzas y cantares
los senos del palacio
llenando sin cesar,
de su señor ahuyentan
los íntimos pesares,
que sólo puede el tiempo,
rodando, consolar.

Con corazón sencillo,
leales los pecheros,
sus brazos y sus tierras
le vienen a ofrecer;
y extrañas fileras y aves
le cazan sus monteros,
que de lejanas tierras
le vienen a traer.

De su señor amigos
los graves cortesanos,
ancianos peregrinos
le salen a buscar,
que el ocio y el fastidio,
del corazón tiranos,
con mágicas leyendas
le vengan a ahuyentar.

Y así la vida pasa
pacífica y tranquila
en medio de su pueblo,
que idolatrando en él,
para atenuar sus penas
en su redor apila,
atenta a su consuelo,
la muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias,
el buen Conde adormecido
yacía, en silencio hundido,
en un cómodo sillón,
contemplando vagamente

en la inmensa chimenea
la llamarada que humea
con el húmedo tizón,

Vino a distraer su oído,
hiriéndole de repente,
confuso rumor de gente
de su casa en lo interior;
y confusión y tumulto
y pasos y gritería,
que se iba acercando oía
por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,
y a aquel son extraño atento,
la puerta del aposento
abriendo, al dintel salió,
deteniéndose asombrado
al ver que sus corredores
gente en tropel, con clamores,
tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
los artesanos y arqueros,
los nobles y los pecheros,
en revuelto pelotón,
avanzaban lentamente
por sus estancias adentro,
fija la vista en el centro
de la inmensa reunión.

-¿Qué es esto?-exclamó Wifredo
un pago a ellos avanzando.-
¿Quién entra aquí así, turbando
la quietud de mi mansión?
Hablad: ¿qué sucede ahora?
¿Hay en él puerto enemigos?
¿O es vuestra turba traidora
una osada rebelión?

¡Vivo Dios! Ea, explicaos.-

A cuyas voces airadas
quedaron paralizadas
las voces, quietos los pies.
Y el Conde, viendo que nadie,
contestaba, de un montero
asiendo, que iba el primero,
le dijo: -Explícate, pues.

-Señor-dijo éste turbado,
la rodilla hincando en tierra;
no es movimiento de guerra
lo que veis, no es rebelión;
es que en Montserrat cazamos
tres días ha una alimaña,
que creímos, por lo extraña,
digna de vuestra atención.

Miradla. -Y así diciendo,
la multitud dividiendo
ante los ojos del Conde
la alimaña presentó.
Y en redor de ella y Wifredo,
círculo extenso formando,
la alimaña contemplando
la muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos
una bestia más extraña,
ni en los ámbitos de España
la halló hombre alguno jamás,
ni de su forma recuerdo
guardó nadie en su memoria,
ni de ella en escrita historia
habló algún sabio quizás.

Era del jerbo y del mono
término, o compuesto acaso:
del jerbo tenía el paso,
del mono la formación.
La mirada melancólica
su interior pena exprimía,

y sus miembros encubría
largo y espeso vellón.

Ni mostraba a los amagos
ruda y salvaje fiereza,
ni a los hombres extrañeza,
ni a las caricias placer.
Mas de pavor con extremos
constantemente esquivaba
su mano, si la llegaba
a halagarle una mujer.

Absorto miraba el Conde
aquel ser desconocido,
dentro la jaula encogido,
insensible al parecer;
y por más que le miraba,
y por más que discurría,
la raza desconocía
más de que pudo nacer.

Mandó luego a sus monteros
que en su salón le pusieran
y allí libertad le dieran
para ver su condición;
pero la bestia su jaula
no abandonó un solo instante,
permaneciendo constante

en la misma posición.

△

Capítulo VI

△

De la extraña metamorfosis del enjaulado monstruo

Y fue por la ciudad de boca en boca
la relación cundiendo

de aquel monstruo cazado en una roca;
y así se fue extendiendo
por Cataluña entera,
relato extraño haciendo,
quitando y añadiendo
del caso cada cual a su manera.
Y de todo el condado
por ver el monstruo a la ciudad venía
el pueblo apresurado;
y el Conde permitía
que el palacio invadiera
y el monstruo contemplara
y su curiosidad satisficiera.
Llegaba, le veía,
se admiraba en silencio
el vulgo, se salía
y a su hogar se volvía
o absorto o satisfecho,
y contaba después a sus vecinos
lo que en la capital había hecho,
jurando que era el monstruo
de los más peregrinos.
El buen Conde entretanto
conservaba al tal monstruo en su aposento,
y a su tranquila condición atento,
la jaula noche y día
abierta le tenía;
pero jamás el monstruo la dejaba,
aunque claro Wifredo conocía
que cuando él de su cuarto se ausentaba
de su jaula salía
y por el cuarto en derredor andaba.
Consideraba el Conde
cada vez con más duda y extrañeza
su incógnita para él naturaleza.
Su forma casi humana,
su sobriedad extrema y mansedumbre,
la adquirida costumbre
de estar al parecer de buena gana
en su jaula metido
y acurrucado siempre y encogido;

su inteligencia rara
y la expresión de su velluda cara;
sus manos y sus pies a los del hombre
semejantes, traían confundido.
al Conde que del ser desconocido
no podía marcar raza ni nombre.
Ni caricias y halagos,
ni castigos y amagos
pudieron arrancar de su garganta
ni en su exterior marcaron
un gesto de amenaza ni un gemido.
Los criados tal vez le maltrataron,
y los perros de caza,
que alguna vez adonde estaba entraron
con ademán furioso,
a la jaula llegaron.
Él empero, ni hostil ni temeroso
Fe mostró; indiferente
sufría y silencioso
tranquila y mansamente.
Poco a poco esta calma
y extraordinaria abnegación hicieron
de Wifredo en el alma
incomprensible sensación, y al cabo
de curiosa extrañeza
pasó a ser compasión; hízola luego
costumbre la continua compañía,
y al cabo la costumbre
pasó a ser afición, luego cariño;
y vino al fin un día
en que el Conde pensó con pesadumbre
que apartarse tal vez fuerza sería
La monstruosa alimaña
por su parte también mostraba al Conde
una afición extraña.
Sumisa a sus antojos
admitía contenta sus caricias,
y a veces notó el Conde
lágrimas desprendidas de sus ojos.
Mostraba claramente su alegría
cuando el Conde hacia ella, se llegaba,

y tristeza en sus ojos se veía
si de ella se apartaba;
y cuando el Conde hablaba
como si le entendiera le atendía.
Mil veces la memoria
de la hija que perdió tan tristemente
le asaltaba la mente;
y el amoroso corazón transido
con el pesar de tan amarga historia
ponía al Conde mustio y abatido,
y lloraba a sus solas tristemente.
Contemplábale el monstruo de hito en hito,
y lloraba también, y su semblante,
mustio bañaba en expresión doliente.
Muchas veces delante
de sus nobles amigos,
de su desdicha y su dolor testigos,
recordada aquella hija malhadada,
encanto de su vida,
por él tan ciegamente idolatrada,
y a su paterno corazón perdida.
El monstruo entonces trémulo, encogido,
en medrosa postura,
y en el hueco más lóbrego escondido
de su jaula, mostraba una amargura
que natural hubiera parecido
en otro ser que comprender pudiera
del paterno dolor la causa entera.
Y en aquellos momentos,
su dolor expresando
con sones guturales,
semejaban su voz y sus lamentos
ayes de una persona que llorando
las palabras ahogando
exhalara suspiros, naturales
en quien está su angustia sofocando.
Esta rara tristeza,
que afinidad secreta y misteriosa
con la tristeza paternal tenía
entre el Conde y el monstruo, fácil cosa
de entender es, que entre ambos

vino al fin a doblar la simpatía.
Y acostumbrado el Conde
de la sumisa fiera
a la salvaje sociedad, tenía
entre los animales destinados
a su servicio o diversión el puesto
o importancia primera.
Y por temor que alguno la ofendiera,
los lebreles estaban atraillados,
los neblíes yalcones enjaulados.
Y de aquesta manera,
su casa y su condado manteniendo
en paz con sus cuidados,
iban días y meses transcurriendo.

Una mañana fresca y luminosa
del florecido Mayo,
en que el sol de su luz en cada rayo
un hilo vibra de color de rosa,
y el trecho que su luz abarca y ciñe
de este color purísimo se tiñe,
en una galería
que da al jardín de su palacio, y tiene
para él una escalera, y comunica
del Conde con el gótico aposento,
en un hondo sillón arrellenado
el buen Conde Wifredo
goza el ambiente puro y perfumado,
tranquila el alma y el semblante ledó.
Las hojas de los árboles frutales
orean susurrando los botones
de las flores tempranas
señalan el lugar en que más tarde
brotarán odoríferas manzanas,
rojas cerezas y ácidos limones.
Y al manso soplo de la errante brisa
tomando movimiento
sobre los tallos las abiertas flores,
embalsaman el aura, y el aliento
que Wifredo respira
se inunda en salutíferos olores.

Los nuevos ruiseñores,
generación de aquella primavera,
sus alas y sus picos ensayando
le regalan la vista y el oído,
tímido vuelo alzando
en derredor del nido,
y en la garganta armónica probando
el canto no aprendido.
Las leves mariposas
sus alas de colores
estremecen vagando entre las flores;
y las pardas avejas codiciosas
el néctar de sus cálices libando
vuelan en torno de ellas susurrando.
mil insectos distintos,
mil diversos reptiles,
conforme cada cual a sus instintos,
llenan auras y céspedes a miles;
y el agua que se escapa
del estanque horadado,
en transparentes hilos
y en gotas cristalinas
los pies fecunda de frondosos tilos.
Lilas blancas y rosas purpurinas
que, orlando los linderos
de los anchos senderos,
en cauces desiguales
con las fuentes vecinas
van a mezclar sus líquidos cristales.
Y a esta del mundo incógnita armonía,
y vida universal y movimiento,
el Conde, en el sillón en que yacía,
allá en su puro corazón sentía
nueva vida bullir y nuevo aliento.
Y en dulces esperanzas divertido,
del porvenir obscuro en las regiones,
tenía el pensamiento entretenido
en pos de mil quiméricas visiones;
e iba de ellas en pos tan abstraído,
que ni aun sintió a sus pajes,
que llegando uno a uno

su servicio a ofrecerle, uno tras otro
en silencio quedaron,
y a distraerle sin osar ninguno,
detrás de su sillón se colocaron.
Sus miradas tendían,
la dirección buscando,
que las miradas del señor seguían,
y en las ramas y flores se perdían,
objeto allí de admiración no hallando.
¡Ay! triste del que necio sus miradas
por un jardín en primavera extiende,
y que sea a otros ojos
de admiración objeto no comprende!
En tal instante, el Conde, rodeado
de sus callados pajes, y tendido
sobre su ancho sillón, junto a la puerta
del corredor traído,
el monstruo acurrucado
en su jaula entreabierta,
apareció por el jardín viniendo,
a su señor la joven jardinera
un ramo hermoso a su señor trayendo
de las primeras flores
que hizo dar al jardín la primavera.
En casilla apartada,
y en una punta del jardín alzada,
a aquella jardinera daba el Conde,
con su esposo, morada.
Rústico el jardinero, inteligente
cultivaba el jardín, eternamente
asido de la azada,
del hacha y de la corva podadera,
dejando a su mujer, más despejada,
de los demás negocios encargada.
Ella, pues, aunque pobre y campesina,
cuando moza soltera,
dulcificó sus rústicos modales,
y era lo cortesana
que pudo ser jamás una villana.
Agradecida a su señor, y atenta
a mantenerse de él siempre en la gracia,

su obligación tenía en mucha cuenta.
Y los primeros frutos
y las primeras flores
a su señor venían en tributos,
ya en primorosos ramos y hacecillos,
ya en pintados y frescos canastillos;
y en dulce paz y en íntima armonía
esta pareja así feliz vivía,
y a sombra del palacio
ornaba más y más enriquecía
del jardín el espacio,
donde a par de las plantas de cultivo
su rubia prole sin afán crecía
en sus dos revoltosos muchachuelos,
de su madre a la par retrato vivo.
De ellos con uno en brazo,
que apenas meses seis aun no cumplía,
la jardinera al corredor subía,
tendiendo él sus rosadas manecitas
a las flores del grueso ramillete,
y ella sonriendo
«míralas qué bonitas»
junto al rostro ponérselas diciendo.
Contemplábala el Conde complacido
llegar a él con el infante en brazos,
y el ramo de sus manos admitido
tendió los suyos al hermoso niño
con expresión de cándido cariño.
Mas el alegre infante,
sin fijar en el Conde su mirada,
tornó atento el semblante
a la fiera en su jaula acurrucada.
Dormía el monstruo al parecer, sumido
en su quietud estúpida,
y el niño le miraba distraído,
sin que de la afanosa jardinera
ni del risueño Conde a los halagos
el parvulillo su atención volviera.
A la tenacidad de esta mirada
en el monstruo clavada,
la suya al par siguiéndola tendieron

cuantos en torno había
a la fiera enjaulada
Ya el monstruo no dormía;
como si la mirada del infante
en la suya inflamara oculto fuego,
sus ojos abrió luego
y en los del niño los clavó anhelante,
permaneciendo inmóviles sus pupilas
cual si ante el niño se sintiera ciego.
Entre ambos atracción tan misteriosa
llamando al punto la atención entera
del Conde y de los suyos, en silencio
aguardaban el fin a que vendría
esta atracción del niño y de la fiera.
Mas a los pocos momentos
de estar el uno sobre el otro fijo
contemplándose atentos,
cuánto, el asombro universal sería
oyendo al niño, mudo todavía,
que con sonora voz al monstruo dijo:
*«Levántate, Guarino; harto te abona
»en el juicio de Dios y tu conciencia
»tu larga penitencia.
»Vuelve, pues, a tu ser; Dios te perdona»*
Y el monstruo su prisión abandonando
y su salvaje estupidez perdiendo,
la antigua humana forma recobrando
se arrodilló, a los cielos extendiendo
los brazos penitentes
la omnipotencia del Señor mostrando
a la faz de las gentes;
y asombrados dejando
a cuantos hubo en la ocasión presentes
la extraña metamorfosis mirando.
Luego a los pies del Conde
postrado humildemente
-Herid, señor-decía; -
la justicia de Dios omnipotente
quiere sin duda que la culpa mía
expíe a vuestros pies; hollad mi frente.
Y el buen Conde, que apenas comprendía

lo que decir quería,
respetuosamente
la mano le tendía
diciendo: -Levantad, que en quien Dios obra
prodigio semejante,
cualquiera humillación será de sobra
de otro mortal delante.

Mas viendo que obstinado
permanecía ante sus pies de hinojos
llanto vertiendo de sus tristes ojos,
mandó que todo el mundo despejara;
y cuando todos estuvieron fuera,
diálogo en soledad, y cara a cara,
se entabló entre los dos de esta manera:

.....

.....

Mas lo que dijo al Conde el penitente
relatará el capítulo siguiente.

△

Capítulo VII

El Conde y Guarino

EL CONDE	Quienquiera que seáis, vos en quien tales prodigios obra omnipotente Dios, alzaos, y éste que alcanzar no puedo explicadme.
GUARINO	Pues bien, oid, señor. Teníais una hija hermosa y pura, fruto gentil de vuestro casto amor, fragante flor que embalsamaba el vaso de vuestro amante y noble corazón. Un rayo que en la atmósfera nublada el infernal espíritu inflamó, en sus ojos ahogó la luz del día; y en nombre del altísimo Hacedor, con esperanza de milagro fácil, un monje en Monserrate os señaló,

por cuyas oraciones vuestra hija
tornó a ver y gozar la luz del sol.
De fundar un suntuoso monasterio
con piadosa y rectísima intención
del ermitaño a cargo vuestra hija
en la fragosa soledad quedó.
Mas ¡ay! En vano en el siguiente día
buscóla allí vuestro paterno amor,
ni ella ni el eremita en sitio alguno
fueron de nadie vistos hasta hoy.

EL CONDE

Mas ¿á qué renovar en mi memoria
el manantial oculto de dolor,
que las corrientes hasta entonces puras
del mar de mi existencia envenenó?

GUARINO

¡Ay de mí! Vuestra historia con la mía
mantiene tan estrecha relación,
que para hablaros de mí mismo, fuerza
ha sido que os hablara antes de vos.
Aquel santo eremita que los ojos
de María a la luz a abrir volvió,
aquel a cuyas férvidas plegarías
tan singular prodigio obró el Señor,
en lugar de velar por la olvejuela
que a su cuidado inerme se entregó,
lobo inhumano se tornó contra ella
en su sangre bañándose feroz.

EL CONDE

¡En su sangre!

GUARINO

Vertida gota a gota
fue, y el vil asesino he sido yo.

EL CONDE

¡Miserable de ti! Toda la tuya
saciar no puede el vengativo ardor
en que la mía oyéndolo se abrasa.

GUARINO

Tal vez para saciarla quiso Dios
ponerme en vuestras manos, exigiendo
la venganza de crimen tan atroz.

EL CONDE

¡Monstruo! ¿Qué fue lo que instigarte pudo
a delito tan vil?

GUARINO

Oid, señor,
y antes de dar mi sangre por la suya
sabed toda mi horrible confesión,
y doble la vergüenza de contárosla

la pena que la culpa mereció.
EL CONDE Habla, y abrevia tu relato infando,
y calma para oírte me dé Dios.
GUARINO Vos, en la soledad de las montañas
me dejasteis vuestra hija; pensé yo
que diez años de duras penitencias
habrían de mi frágil corazón
hecho castillo inexpugnable, y ciego
confié de mí mismo en el valor.
La misma santidad de vuestra hija,
su noble y celestial resolución,
y el gran milagro que por mí reciente
obró Dios, me sedujo y me animó.
Santa, pero mujer, joven y hermosa,
debí de encomendarla al Salvador
que la guardara bien y huir en ella
la infernal escondida tentación;
mas, yo, necio de mí, con falso orgullo,
con inútil y estúpido fervor,
en la fe y la virtud por mantenerla
mi virtud y mi fe Satán hundió.
Permanecí junto a la hermosa niña,
dando a su fe primero admiración,
y después admirando su hermosura
que allí el infierno por mi mal envió.
Mi vista que en el trecho de diez años
en los cielos no más, en la oración,
o en la tierra con llanto penitente
fervoroso o humilde se fijó,
a contemplar su terrenal belleza
tornóse con impúdica atención,
y el fuego de infernal concupiscencia
dentro de mis entrañas se inflamó.
EL CONDE ¡Basta, basta! Comprendo el fin horrible
de esa historia fatal.
GUARINO Santo temor,
soplo expirante de virtud dos veces
de la inocente hermosa me apartó,
y otras dos veces me arrastró hacia ella
la astucia del demonio tentador;
y al vértigo carnal de su apetito

EL CONDE
GUARINO

sucumbiendo mi imbécil corazón
víctima de mi torpe desvarío
su virginal pureza sucumbió.

¡Revelación horrenda!
Horrenda, pero
todavía la culpa fue mayor.

EL CONDE
GUARINO

¿Has hecho más aún?
Cometí el crimen,
y en cuanto mi maldad lo consumó,
sus consecuencias en tropel bullente
aglomeró en mi mente la razón,
y Satanás poniéndose a mi lado
me hizo entender y calcular su horror.
Los otros penitentes solitarios
que habitaban las peñas como yo
me trajo a la memoria, y que inocentes
de mi culpa a ser iban de ella en pos
sólo objetos de escándalo, y del mundo
a cargar con la injusta execración.
-Ve -me dijo el demonio- mira infame
adónde tu maldad te despeñó.
Al acusarte esa mujer, entera
traerá la raza humana en derredor
a maldecir la hipócrita malicia
que en tu impúdico pecho fermentó.
Ese milagro real, que por tus manos
piadoso Dios y omnipotente obró,
a diabólica magia atribuido
va con razón a ser. Mira el baldón
con que cubres, infame, estos desiertos,
santuarios otro tiempo del Señor.
Esconde de los ojos de los hombres
ejemplo de tan vil profanación,
al menos porque en todos no recaiga
la pena que uno solo mereció;
o al renegar de sus ministros viles
renegará su santa religión.
Cubra al menos tu crimen el misterio,
engaña al universo por tu honor,
no excuses otro crimen, si te salva,
y haz penitencia luego por los dos.»

Esto el infierno me inspiraba, y esto
que yo escuchaba de su falsa voz,
de una falsa vergüenza en mi conciencia
hizo brotar el humo embriagador.
Un pensamiento atroz, pero seguro
a mi mente febril se presentó;
y por sino fatal yendo arrastrado
a ponerlo en sangrienta ejecución,
privé de la existencia a la inocente
a quien privé primero del honor.

EL CONDE
GUARINO

¡Bárbaro!
Y en las rocas enterrándola
huí de Monserrate cuando el sol,
sumiendo en el Océano sus rayos,
el velo a las tinieblas desplegó.

EL CONDE

En vano te busqué por las montañas.
Mas hoy.....

GUARINO

Fui de mí mismo con horror
a la sagrada capital del mundo
mendigando mi pan; crucé veloz
ríos y montes, y llegando a Roma
del rebaño de Cristo ante el Pastor
postrado, de mis crímenes nefandos
hice entera y contrita confesión.
El Pontífice santo, del Eterno
en la tierra Vicario, mi dolor
y mi arrepentimiento contemplando
con estas condiciones me absolvió:
«Vuelve -me dijo- a Monserrate; pero
vuelve a morar en su áspero fragor
cual bestia, no cual hombre; dobla al suelo
tu frente como bruto; y posición
manteniendo de tal, de cuatro remos
sírrete para andar en vez de dos.
Y en penitente soledad, tu vida
pasa en el monte en tal degradación,
hasta que un tierno infante de seis meses
de ella te absuelva en nombre del Señor. «
Yo obediente al Pontífice supremo
me volví como bruto a la mansión
de Monserrate; de velludas lanas

mi macilento cuerpo se cubrió,
y destruida en mí la humana forma
cual monstruo me trajeron ante vos,
ante quien el milagro prometido
para fin de mi pena se cumplió.
Ahora, señor, pues aplaqué a los cielos,
que escarmienten en mí será razón
los hombres, y en la tierra á. su justicia
aplaque quien su ley atropelló.

Postró el penitente humilde
su venerable cabeza
hasta el suelo, en que sus plantas
el Conde ofendido asienta,
y así en silencio quedaron
uno en pie y otro por tierra;
uno al castigo ofreciéndose
y otro apreciando la oferta.
Pero al cabo el noble Conde
pesando allá en su conciencia
la justicia de su causa,
la inmensidad de la pena,
la razón de su venganza
y la prez de su nobleza,
rompió el silencio diciendo
con voz conmovida y trémula;
-Alzad, Guarín, que no es justo
que se muestre más severa
que la justicia del cielo
la justicia de la tierra.
Mi honra habéis ultrajado,
allí do con más pureza
se anidaba; con mi sangre
habéis regado las peñas
de Monserrate, mas de ambas
la mancha injuriosa y fea
lavado habéis con las lágrimas
de cristiana penitencia.
Yo os perdono como el cielo;
volveos a las desiertas
montañas,,y vida triste

pasad penitente en ellas.
Mas quiero una sola cosa
rogaros, única prueba
que exijo de vos, Guarino,
del perdón en recompensa.
Mostradme el oculto sitio
de aquellas fragosas sierras
en donde yacen los restos
que de mi María quedan.
Los que de mi extirpe nacen
su tumba tienen dispuesta
en más suntuoso lugar
que el que sus restos encierra.
-Vuestros criados, señor,
mandad que conmigo vengan,
que en el lugar en que yacen
tengo cavada una cueva
donde cual fiera he vivido
lamentando mi fiereza.
Sobre el césped que la cubre
brotó, y entre él se conserva
de los tiempos respetada,
una silvestre azucena,
símbolo de su desdicha
y pendón de su inocencia,
por los cielos levantado,
mantenido en nombre de ella.
-Yo mismo iré allí a llorarla.
-Señor, pues que pronto sea.
-Partamos al punto.
-Vamos.
Y antes que una aurora nueva
vuelva a alumbrar el oriente

saldréis con tan santa empresa.

△

Capítulo VIII

La azucena silvestre

Cual marinero errante, que perdido
su soberbio bajel, contra las olas
lucha, a los restos del bajel asido
cercana viendo la ribera ya;
cual golondrina errante que los mares
cruza extraviada, -y la cansada pluma
agita conociendo los lugares
donde a anidar acostumbrada está;
Cual cierva que en la fuerza del estío
sedienta vaga por el bosque espeso,
y el agua oyendo del cercano río
hacia él se lanza cuando el agua ve,
así impaciente, el padre de María
en las alas de una última esperanza
partir a Monserrate apetecía
con paternal y religiosa fe.

«¡De entre las yermas rocas se levante
su despojo mortal! Y en sitio digno
salmos la Iglesia a su memoria cante,
y ore por su alma el compasivo Dios.
Bajo las anchas bóvedas del templo
sus funerales místicos resuenen,
y las campanas su recinto atruenen
y álcese al cielo mi oración en pos.»

Así decía el piadoso Conde
transido de dolor,
con tamaños intentos emprendiendo
su peregrinación.

Y del florido Abril una mañana
al despuntar el sol,
con Guarino y escasa comitiva
de la ciudad salió.

Unos pocos jinetes enlutados
seguíanle en montón,
y unos cuantos obreros que la tierra

a cavar destinó.

Un monje, que al hallar el cuerpo, su alma
encomendara a Dios,
iba al par en silencio en medio de ellos
envuelto en su ropón.

La multitud encima de los muros
en silencio a mirarlos se agolpó,
rogando ansiosos por el triste padre
y por su hija al Señor.

Así de Monserrate enderezaron
al áspero fragor,
y en la distancia del camino largo
la triste comitiva se sumió.

Un punto aun desde los altos muros
como leve vapor,
el polvo de sus pies se percibía,
pero también al fin se disipó.

A Monserrate van. Pero ¿quién sabe
lo que les guarda en su honda soledad
el que posee del corazón la llave,
el que puede medir la eternidad?
Sí, Dios es Dios; y Dios tan sólo puede
romper el velo a la futura edad;
sólo a sus ojos el destino cede;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

Rayaba en el oriente
la claridad temprana
del alba transparente
de la fresca mañana
del día a aquel siguiente,
cuando el Conde a la falda de las rocas
de Montserrat llegaba con su gente.
El penitente Juan sus pasos guía
humillado al recuerdo vergonzoso
del delito que allí cometió un día,

y como iban subiendo,
al Conde el monje se acercó diciendo:
-Señor, desde este corro, que testigo
fue en día más dichoso
de la piedad de Dios para conmigo,
de mi crimen después y mi castigo,
solos ambos quisiera
que subiendo siguiéramos,
y solos cabo a nuestra empresa diéramos.

Entre estas cavidades,
penitente primero y luego fiera,
escándalo de aquestas soledades
largos años viví, y la edad futura
pluguírame que nunca conociera
el sitio de mi horrenda desventura.
Resto de orgullo humano,
que el mortal corazón mísero encierra,
sea tal vez, mas me dará tormento
saber que se hace público en la tierra
mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.
Tomo la tentación del diablo astuto,
y sé por experiencia
el trecho que marcó la omnipotencia
del racional al bruto.

Wifredo, su caballo deteniendo,
y al monje con respeto contemplando,
así le dijo con acento blando:
-Sea como queráis; vos que ante el trono
de Dios sois perdonado,
no habéis de ser por mí más castigado,
ni pasará de aquí con vos mí encono.
Secreto es vuestra historia
que de mi labio no saldrá, escondida
viviendo eternamente en mi memoria.
Diré que el cielo, de mi triste vida
tal vez compadecido,
a mí os ha conducido
para templar del alma la amargura,
el lugar escondido
mostrándome en que está su sepultura.
Pues si por vuestro crimen inaudito

debierais ser de mi venganza objeto,
por la mano de Dios estáis bendito,
y lo sois para mí de honra y respeto.
Guiad y solos vamos,
solos su sepultura cavaremos,
y si algo de sus restos encontramos,
hasta aquí a conducirlos bastaremos.
Y así diciendo el Conde, y al instante
mandando detener allí la gente,
solo siguió adelante
en pos del milagroso penitente,
y a los ojos de todos se perdieron.
Serenos estaba el día;
el sol, que por los cielos avanzaba,
con purpurada luz resplandecía,
y la tierra en sus luces se bañaba
y todo por la tierra sonreía.
El tomillo oloroso,
la madre selva espesa,
la ancha amapola en su capullo aun presa,
el silvestre jacinto
que a la margen sonora
crece del arroyuelo
y en su fresco color apenas tinto,
el áspero majuelo,
la todavía verde zarzamora
y el enredado endrino,
compañero del boj y del espino,
el retorcido enebro y la retama
que en medio crecen de la amarga grama,
aromaban los valles silenciosos,
y prestaban colores y verdura
a los lomos frágiles
de aquellos montes, cuyas hondas grietas
en las piedras escuetas
labra el agua que cae desde la altura.
La tierra por doquier juvenecida
por el sol fecundada,
de nueva y creadora primavera
se tornaba a mostrar con nueva vida
y con nuevo rubor robustecida,

con verdura mayor engalanada.
Nueva generación de mariposas
y de varios insectos zumbadores
ensayaban su vuelo en las bojosas
matas espesas de silvestres flores.
Los blancos conejuelos,
los alegres y libres cervatillos,
de su fuerza primera
iban ya haciendo alarde en la carrera;
triscando entre las zarzas y majuelos,
despuntando la grama y los tomillos
y horadando las faldas arenosas
de los secos y blandos montecillos,
al instinto cediendo que se encierra
en su naturaleza montesina
de socavar la tierra.
En la enramada verde
que a una fuente vecina
que entre las peñas al brotar se pierde
toma jugo en la linfa cristalina,
la nueva cría de ligeras aves
silba, gorjea y trina;
y el ronco cuervo, que con vuelo lento
se cierne mansamente sobre el viento,
grazna con notas ásperas y graves
la estación de las flores
presintiendo contento.
Naturaleza entera
brillante resplandece
ufana por doquiera
anunciando la hermosa primavera.
Y todo en ella juventud y vida,
todo en ella armonía, luz y aroma,
sólo al placer convida.
Y desde la ancha y verde y fresca loma
donde está detenida
la comitiva de Wifredo entera,
por la vega extendida
y escarpada montaña
goza la perspectiva placentera
que desde allí se alcanza embebecida.

En tanto su señor va lentamente
por las peñas trepando
detrás del silencioso penitente,
que por la soledad le va guiando,
el sitio en que pecó triste buscando.
La luz y la alegría
de la naturaleza,
de ambos se aviene mal con la tristeza
y la razón que allí les conducía;
y sumido en sus propios pensamientos
marchaba cada cual a pasos lentos.
Sube el monje la diestra asegurada
en nudoso bastón con que se ayuda,
y cruza el Conde la hojarasca ruda,
báculo haciendo de su larga espada.
Así, por senda que tortuosa lleva
de un aislado peñasco hasta la cima,
llegaron al lugar en que su cueva
labró Guarino, y cuyo centro estima
en más que los palacios colosales
que labraron del mundo los señores,
y que vienen a ser tan solamente
los nichos y las cifras sepulcrales
que sus nombres mortales
guardan un día más entre la gente.
Entre los huecos cascos
de los hendidos lomos
de dos duros peñascos
que las lluvias hendieron,
de intención de minarles con asomos
una grieta se abría,
que caverna de fieras parecía.
Un pico del peñón algo avanzado
sobre su ancha abertura,
del viento y de la lluvia resguardado,
un trozo de terreno mantenía,
que de tupido césped alfombrado
de la gruta a la entrada se veía.
Y de la estéril roca
por estrecha hendidura
bajaba de la cueva hasta la boca

un rico manantial de agua tan pura,
que a través de sus líquidos cristales
de la piedra en que cauce se formaba,
se contaban las vetas transversales
que el paso de la linfa había ido
puliendo en su caída, de manera
que en vez de piedra tosca se dijera
que en la concha mejor se había bruñido.
La sonora corriente
de esta escondida fuente,
hallando entre los céspedes descanso
en el llano terreno
que estaba de ellos lleno,
formó entre aquellas hierbas un remanso;
y entre ellas a su curso abriendo calle,
dejando aquel lugar verde y fecundo,
iba a perderse en la mitad de un valle
de los montes formado en el profundo.
De este remanso, el centro
formaba un montecillo
por el agua cercado,
seco, verde y aislado,
por aquel manantial fecundizado,
que de las altas rocas guarnecido,
cubierto por el pico adelantado
sobre la cueva oscura,
por la fuente regado
y en la pendiente randa concluido,
era un bello paisaje en miniatura.
Y de aquel montecillo, en el altura
cubierta de verdura,
fresca, olorosa, amena,
brotaba una purísima azucena,
la cual, aunque era flor sola y silvestre,
más que en jardín cuidado
brillaba hermosa en su rincón campestre
que estaba con su aroma perfumado.
Sus blancas hojas a la luz tendidas,
su simiente encerrada en los martillos
que de su centro se alzan amarillos,
sa tallo verde, fresco, alto, flexible,

mecido por el aura, que perdida
a aquel rincón llegaba imperceptible
dándola oculto movimiento y vida,
hacían de la cándida azucena
un animado ser, solo habitante,
solo genio y señor de aquella escena.
Al llegar de la gruta ante la boca
en que aquella hendidura
escondida en la roca
guardaba de este sitio la hermosura
y do la entrada de la cueva toca,
postróse de rodillas Juan Guarino;
y absorto el noble Conde,
viendo el primor que esconde
aquel sitio desierto y campesino,
se detuvo un momento
embebido en gozar el suave aroma
de la flor de aquel grato apartamiento.
-He aquí- exclamó Guarino derramando
lágrimas -el lugar en que escondido
mi delito lloró, sobre la tierra
do fue mi doble crimen cometido.
He aquí, señor, la tumba en que reposa
la hija de que os privé; bajo la altura
de ese montón de tierra y de verdura
duermen los restos de la más hermosa
e inocente criatura,
y esa blanca azucena
tal vez del jugo de su sangre pura
el jugo bebe que su cáliz llena.
Cuando en fiera tornado a esta montaña
me volví desde Roma peregrino
a cumplir penitente mi destino,
había aquí brotado
el manantial bullente y cristalino
que tenía cercado
el lugar a su tumba señalado.
La azucena sobre él ya abierta estaba,
y cual lugar sagrado
que el Señor me vedaba,
por mí en mi penitencia respetado

fue, y con mi llanto de dolor regado.
Yo he visto en esa flor siempre marchita
una futura prenda de esperanza
por el cielo bendita;
y en esa flor a quien jamás alcanza
el fin que a todas dio naturaleza,
de la mujer a mi maldad rendida
el símbolo miré de la pureza,
atropellada sí, mas no perdida.
único amor del triste solitario,
su única compañía en el desierto,
única luz del tenebroso osario
del mundo para el cual vivía muerto,
único paso a mi esperanza abierto,
mi corazón en ella ha concentrado
cuanta fe y cuanto amor ha conservado.
Única prenda que me liga al mundo,
sólo recuerdo de la edad pasada,
tras del amor a Dios, es el segundo
en mi alma con mis lágrimas lavada
el amor a esa flor inmaculada.
Yo creo ver en ella
vivir a la hija que lloráis, yo creo
que su alma pura y bella
vive dentro del cáliz conservada;
y entre sus hojas su semblante veo,
y oigo sonar su voz cuando se mece
entre sus blancas hojas,
y si el tiempo a mis ojos la agostara,
tanto cuanto lloré por el pecado
que dentro de esa tumba la encerrara,
sobre el tallo trancado
de esa azucena mística llorara.
Y así diciendo, el infeliz Guarino
por tierra prosternado,
de aquel último bien se despedía
tanto tiempo por él idolatrado,
la sepultura en que raíz tenía
a destruir él mismo preparado.
Y el Conde embebecido
en lo que al labio de Guarino oía,

en pie junto a él seguía ,
inmóvil, silencioso y distraído.

Wifredo, de repente
de esta meditación saliendo, dijo
con decidida voz al penitente:
-No perdamos, hermano,
el tiempo neciamente;
esa tumba cavemos
y apartemos de aquí su resto humano.
Y obediente Guarino,
resignado con calma a su destino,
con la azada en la mano,
resuelto se llegó a la verde altura
do la hermosa azucena
marcaba la campestre sepultura.
Y Wifredo, a su vez, la aguda pena
del corazón paterno
desahogando en dos lágrimas espesas,
gotas que lanza al manantial interno
que inextinguible en sus entrañas mana,
de otro azadón asiendo, se dispuso
lo que resta a buscar de lo que un día
fue de sus ojos luz, fue su María.
Con el secreto intento
de que aquella azucena perfumada
quedara, a ser posible, respetada
en el lugar en donde tiene asiento,
por el opuesto lado comenzaron
del fúnebre montón do está arraigada;
mas apenas hundieron
en tierra el azadón, de ver echaron
que el verde montecillo, que creyeron
tierra compacta y dura,
blanda y recientemente removida
estaba, y seca y leve mantenida
entre el agua, y debajo la verdura
que la tiene cubierta y circuída,
y cuanto con más tiento la tocaban,
más fácilmente, por entrambos lados,
sus golpes a la par desmoronaban

la tierra, y los arbustos que arraigados
en ella vegetaban.

Lejos de sí los instrumentos rudos
arrojaron, y a impulso de un instinto
igual, hundieron en la blanda tierra,
y a apartarla empezaron cuidadosos
con sus dedos desnudos.

Pronto dieron sus manos
con un oculto objeto
de la tierra distinto,
mas suave al tacto, con calor, con vida;
no era él objeto oculto el esqueleto
de enterrada mujer, a quien los años
y la tierra tendrían consumida.

El secreto terror y afán interno
heló la voz en su garganta, y ambos,
apartando en silencio el polvo leve,
descubrieron, y entrambos asombrados,
dos pies que, como el ampo de la nieve,
mantenía la tierra conservados.

Un ligero color rosado y puro
bajo su piel se percibía apenas,
y a través de la piel el trazo obscuro
se veía de sus venas,
cual si la vida aún de sangre líquida
las mantuviera llenas.

De aquellos pies purísimos la planta
verticalmente inmóvil,
que siempre en los cadáveres espanta,
lejos de dar horror; a la mirada
solamente exponía
la perfección, pureza y hermosura
de una obra de escultura
diestramente pulida y acabada.

El grato anhelo, la interior zozobra
que ambos a dos sintieron,
seguir les hizo la empezada obra;
y apartando los céspedes y tierra,
en silencio siguieron
hasta que el tronco entero descubrieron,
que envuelto en sus vestidos,

apenas por el agua humedecidos,
y apenas arrugados
por la tierra en que estaban enterrados,
envolvían el cuerpo de María,
que dormida y no muerta parecía.
Escondida no más de su belleza
quedaba la bellísima cabeza
y la garganta blanca,
donde una herida fresca se descubre,
desde la cual arranca
la raíz de la cándida azucena,
que sobre el sitio en que descansa brota,
y que fuerza será cuando el semblante
descubran que la flor se arranque rota.
Comprendiéndolo al par ambos, a un tiempo
las manos detuvieron,
y arrasados en lágrimas los ojos
ante aquellos para ambos
sagrados y bellísimos despojos,
gran trecho sin acción se mantuvieron.
Mas el Conde, por fin, de irresistible
voluntad impelido,
con un postrer esfuerzo despejando
el rostro aún escondido
de su María hermosa,
vio de la virgen la figura entera,
cuyo labio animaba
dulcísima sonrisa placentera;
cuya tez inmarchita coloraba
animado color de nieve y rosa,
y en cuyos tenues párpados cerrados
transparentó se veía
la pura luz que a su través lucía
en sus ojos aún iluminados
con la lumbre vital que dentro ardía.
Mas en tanto la flor fragante y pura
que sobre ella crecía,
y de la muerta virgen en el cuello
sus raíces asía,
por el suelo trancada
por entro el cósped húmedo yacía

roto su tallo, pero no manchada.
Tendió el Conde sus manos
a la prenda de su alma idolatrada
y a la caída flor el penitente,
cuando ésta de repente,
por invisible mano arrebatada,
se perdió en el azul del manso ambiente,
y la pura región del vago viento
armonizó una música divina
que venía del alto firmamento
detrás brotando de su azul cortina.
El celestial compás de aquella santa
misteriosa armonía, llamó al cielo
la atención de Wifredo y de Guarino;
y al ver el cuadro mágico y divino
que les mostró su descornado velo,
se borró de María en la garganta
la señal de su herida;
y a ver la aparición en luz radiante
que en medio de los aires suspendida
de su vista mortal está delante,
tornó a su corazón la dulce vida.

Por el sol coronada,
de las estrellas fúlgidas vestida,
de la luna calzada,
y de ángeles en hombros conducida,
la Madre del Cordero inmaculada
sonreía a los tres, que arrodillados
y absortos contemplaban
la divina visión embelesados.
La Purísima Madre del Dios Niño
en sus manos más blancas que el armiño
la azucena silvestre mantenlo,
y con celeste acento
que empapó la montaña en armonía
de son más apacible, grato y lento
que el murmullo del bosque, el mar y el viento,
con sonrisa hechicera
dijo vuelta a los tres de esta manera:
«Donde no hay voluntad, tampoco crimen;

ilesa, pues, la virginal pureza
María conservó, y en la aspereza
de los montes siete años penitentes
de otro castigo al matador redimen
en los juicios de Dios omnipotentes.
En medio de estas peñas se levante
sombrió monasterio,
que del Señor las maravillas cante;
otra vez a arraigar esa azucena
vuelva en las rocas de perfume llena,
prenda y señal de celestial misterio.
Y cuando en el sepulcro preparado
vuestro despojo corporal se suma,
sobre el sepulcro de los tres cerrado
la azucena silvestre se consuma.»
Expiró de la Virgen el acento,
y cesando la célica armonía
la mística visión deshizo el viento.
Volvió a brotar la flor, y a un tiempo ante ella
cayeron bendiciendo su destino
el noble Conde, la feliz doncella
y el santo penitente Juan Guarino.

△

△

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo